



RIDAA

Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Mazzaro, Cecilia

Saberes migrantes. Análisis de la producción, organización y comunicación de conocimientos profesionales y técnicos sobre la experiencia migratoria danesa en la República Argentina entre 1840 y 1930



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.

Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Mazzaro, C. (2016). *Saberes migrantes. Análisis de la producción, organización y comunicación de conocimientos profesionales y técnicos sobre la experiencia migratoria danesa en la República Argentina entre 1840 y 1930. (Tesis de maestría). Bernal, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/232>*

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Saberes migrantes. Análisis de la producción, organización y comunicación de conocimientos profesionales y técnicos sobre la experiencia migratoria danesa en la República Argentina entre 1840 y 1930

TESIS DE MAESTRÍA

Cecilia Mazzaro

plan_c_mazz@yahoo.com.ar

Resumen

Esta investigación presenta un análisis de los procesos de producción, organización y comunicación del conocimiento profesional y técnico de los inmigrantes daneses en Argentina desde mediados del siglo XIX hasta 1930. Gran parte de este período es conocido como la “Gran Inmigración” y está estrechamente relacionada a distintas circunstancias socio-políticas, económicas, educativas y culturales. Teniendo en cuenta la distancia entre estos contextos, el objetivo principal de esta investigación es identificar el origen de dichos procesos en las experiencias de los pioneros, a través del análisis de sus biografías y memorias, a fin de complementarlas con entrevistas a los descendientes de la colectividad dano-argentina.

Para ello, este trabajo examina los conceptos de “capital” (Bourdieu, Gutiérrez), “redes sociales” (Ramella, Bjerg y Otero) y tres nociones sobre “comunicación de la ciencia” (diseminación, divulgación y enseñanza de las ciencias). Con este marco conceptual se analizan once experiencias distintas para identificar en ellas aspectos o dimensiones relevantes sobre estas prácticas, vistas como procesos donde los pioneros construyeron su conocimiento profesional y técnico, a partir de la colaboración o competencia de intereses con otras personas o instituciones. En este sentido, el conocimiento es el resultado de las relaciones sociales y del intercambio de capital cultural. Sin embargo, la lectura de las memorias de y sobre los pioneros demuestra que la búsqueda por el saber no es el fin último de las once situaciones detectadas —aunque forma parte de ellas—, sino que se encuentra en relación con otros intereses económicos, sociales o simbólicos. Por esta razón, la presente propuesta busca identificar qué lugar ocupa el capital cultural y cómo leer la producción, organización y comunicación del conocimiento profesional y técnico adaptando el marco conceptual sugerido al contexto estudiado.

Abstract

This research presents an analysis on the process of production, organization and communication of professional and technical knowledge of the Danish immigrants in Argentina since the middle of the nineteenth century till 1930. Most of this period is known as “The Big Immigration” and it is closely related to different socio-political, economic, educational and cultural circumstances. Considering the distance between these contexts, the main objective of the research is to identify the origins of those processes in the experiences of the pioneers, through the analysis of their biographies and memories, in order to complete them with the information of interviews to the descendents of the Danish collectivity in our country.

To this effect, this work discusses the concepts of “capital” (Bourdieu, Gutierrez), “social networks” (Ramella, Bjerg y Otero) and three notions referred to “communication of science”. This conceptual framework allow us to analyze eleven different experiences and identify aspects or dimensions that are significant for this practices as processes related to how the pioneers “built” their professional and technical knowledge through the collaboration or competition of interests with other persons or institutions. In that sense, knowledge is the result of social relations and the exchange of cultural capital. Nevertheless, reading the memories of and about pioneers demonstrates that the search of knowledge is not the final meaning in the eleven experiences detected (although it is part of them), but it is in contact with economic, social or symbolic interests. Therefore, this text proposes to identify the role of the cultural capital in the production, organization and communication of professional and technical knowledge, adapting the conceptual framework to the studied context.

Director: Leonardo Vaccarezza

Co-directora: María Eugenia Rosboch

Fecha de Presentación: Marzo de 2016

*A mi familia, en el amplio sentido de la palabra.
En recuerdo de Inger Hansen y Carlos Vázquez.*

ÍNDICE

Partir del silencio

Construcción teórico-metodológica del objeto de estudio
Pioneros de dos siglos: el inmigrante danés entre 1840 y 1930
Experiencias sobre la migración de daneses hacia la Argentina
Producción, organización y comunicación de conocimientos
Referencias

Los daneses en la argentina
La situación económica
El gran proyecto educativo
El encuentro cultural
Los lazos sociales de los daneses
El perfil socio-productivo de los daneses
Referencias

El conocimiento en los relatos biográficos
Las fuentes de su educación y los modelos de enseñanza
La atención ante las enfermedades
Construcción de la vivienda
Técnicas y tecnologías del trabajo en el campo y en la ciudad
La construcción de los molinos y la producción de trigo
La producción de yerba mate

La construcción del aserradero
La producción láctea
Las cooperativas dano-argentinas
La producción de saberes para la administración local
Espacios de comunicación (de los diarios a los museos)
Referencias

Reflexiones finales
Bibliografía general
Anexo

PARTIR DEL SILENCIO

Hay un momento en mi familia que ocurre casi siempre cuando ciertas personas se acomodan alrededor de una mesa, unidas a veces por la casualidad de un evento cualquiera, o por la urgencia de una situación que atender. Según las circunstancias, se sientan animados o apesadumbrados y hablan, con una tranquilidad a veces increíble por lo que están contando, una tranquilidad que no es producto de la superación sino que al contrario, surge de la resignada certeza de que nunca conoceremos completamente a nuestros antepasados. Silencio. Porque “de eso no se hablaba”, porque “no era importante”, porque nosotros no preguntamos, porque “el dolor no se debe transmitir a los hijos”, porque querían olvidar lo que de cualquier forma no podían esconder. Ese es el silencio con el que convivimos los descendientes, creo yo, en cualquier parte del mundo.

Pero los relatos de los inmigrantes tienen además un dejo de nostalgia y un conflicto muy grande porque nunca se sabe en qué país empezó su historia. Cuando la cuentan — los que la cuentan—, parece una de esas películas que siempre se enganchan por la mitad: sabemos cómo termina y podemos interpretar lo que está pasando, pero el inicio sólo podemos suponerlo.

Ese es el segundo silencio. Y es el de ellos. Los que partieron de aquél lugar del que tampoco podían obtener respuestas, proyectar un futuro o tener la vida que habían soñado. En el mejor de los casos, cuando al llegar eran los primeros en todo, y estaba todo por construir, los daneses —que de ellos hablo—, tuvieron la posibilidad de forjarse una biografía distinta en cuyo libreto ya se empezaban a borrar los recuerdos negros y grises de

Dinamarca, a resaltar los principios y la moral del “ser danés” y algunos paisajes nevados.

Quienes sucedieron a esta primera generación, sólo podían escribir entre líneas, hacer pequeñas modificaciones, publicar nuevas versiones o escribir “precuelas”.

Los que nos acercamos a la colectividad dano-argentina sabemos que no podemos descubrir algo que no fue enterrado en nuestro suelo sino a muchos kilómetros de distancia y hace mucho tiempo, antes de quemar las naves para venir al sur del continente americano.

Ese es, para este escrito, el tercer silencio: la limitación de contar a partir de lo que los pioneros y sus descendientes contaron y rastrear, contrastar y completar ese relato con la materialidad de otras fuentes.

Sé que, en ese camino, sólo puedo apuntar a construir una nueva versión de la película, una que esta vez evidencie un aspecto también callado de los inmigrantes: el conocimiento construido por los daneses en Argentina. Ese conocimiento que contaba con la base de su particular educación y sus modelos de enseñanza; que les sirvió para saber

de qué manera atender sus enfermedades o cómo construir sus casas; que requirió de nuevas fuentes para comprender lo que precisaba el cultivo de la tierra, la producción láctea, de harina de trigo o de yerba mate; que los organizó en cooperativas; que los llevó a construir problemas y soluciones prácticas; que los vinculó con otras colectividades, con los nativos y con la administración local; que determinó su nivel de participación en medios masivos y museos.

El objetivo principal de este análisis es entonces identificar aquellas situaciones que permitan caracterizar procesos de producción, organización y comunicación de conocimientos profesionales y técnicos por parte de los primeros daneses que llegaron a Argentina y comenzaron a agruparse entre las décadas de 1840 y 1930.

Durante todo ese tiempo, las historias y relatos de vida sobre estos inmigrantes nos refieren a situaciones donde el encuentro cultural con nuestro país habla de saberes incorporados, objetivados o institucionalizados provenientes de Dinamarca que les permitieron establecer las bases de sus comunidades, pero también de aquellos que tuvieron que disputar y construir o quisieron imponer en esta tierra sudamericana. Estos procesos están sin dudas relacionados con un interés general en forjarse una identidad cultural definida y distinguible, pero que no puede restringirse a la prevalencia de tradiciones festivas, gastronómicas o folklóricas; el conocimiento también es un bien cultural, pero ciertamente, es un bien que genera conflictos y negociaciones y, en ese camino, tiende a reconvertirse según los intereses puestos en juego.

Por esta razón se plantea una lectura de las situaciones seleccionadas entendiendo al conocimiento producido, organizado y comunicado en clave de capital en disputa, esto es, cuando un determinado bien es elaborado y deseado por diferentes agentes. Esta dinámica obliga a leer también los elementos que habilitan la conformación de dichas relaciones asimétricas, los vínculos y redes que establecieron estos agentes (los pioneros daneses) con otros agentes (los grupos locales, los de otros inmigrantes, las autoridades nacionales), y analizar finalmente los espacios y acciones cuya intención específica es la comunicación de estos saberes. Esto significa que el conocimiento al que refiere esta investigación —que es principalmente de carácter técnico, práctico—, puede leerse como un proceso más o menos sistematizado de producción de sentidos entre una parte que lo genera y otra que se ubica como destinataria. El hallar estos puentes nos acerca a conocer las formas primeras (o primarias) de comunicación del conocimiento en el contexto analizado.

En este punto, al superar la producción de saberes como un camino para la propia subsistencia y en cambio ponerlos en juego como capital, someterlos al marco de relaciones y posiciones adquiridas y deseadas para finalmente, valorar y expresar su comunicación, el migrante es más que el portador de saberes o capacidades técnicas y en

cambio es entendido en su rol de experto, profesional, amateur, inventor o *bricoleur*¹.

No escapa a la intención de este estudio el interés de ampliar el uso de memorias, relatos de vida, biografías y autobiografías como fuentes estratégicas para la comprensión de los procesos mencionados, y en este sentido forman parte de las reflexiones finales algunas observaciones pertinentes sobre los aportes y limitaciones de estos materiales para este tipo de investigaciones. Con todo, entre las muchas preguntas que intenté hacerles a esos textos para extraer respuestas a algunos de los silencios, tales reflexiones no dejan de ser una propuesta de lectura para conocer el lugar otorgado al saber desde una minoría que se encontró con una cultura extraña, a veces adversa, pero en la que aún así, decidió incorporarse.

¹ Esta última categoría fue muy desarrollada por Claude Levi-Strauss en su obra *El pensamiento salvaje* (1962), donde dice del *bricoleur* que “su universo instrumental está cerrado y la regla de su juego es la de arreglársela siempre con ‘lo que uno tenga’, es decir, un conjunto, a cada instante finito de instrumentos y de materiales, heteróclitos además, porque la composición del conjunto no está en relación con el proyecto particular, sino que es el resultado contingente de todas las ocasiones que se le han ofrecido de renovar o de enriquecer sus existencias, o de conservarlas con los residuos de construcciones y de destrucciones anteriores” (1997 [1962]:37). Tal como se verá en el primer capítulo, Beatriz Sarlo (en *La imaginación técnica*, 1997 [1992]), describe de forma similar al *bricoleur*, distinguiéndolo de otros perfiles de interés para esta investigación, tales como el amateur o el inventor.

CONSTRUCCIÓN TEÓRICO-METODOLÓGICA DEL OBJETO DE ESTUDIO

Tomar como objeto de estudio *las experiencias de producción, organización y comunicación de conocimientos profesionales y técnicos sobre la migración de daneses en la Argentina durante el período de establecimiento de sus colonias —entre las décadas de 1840 y 1930—*, plantea la necesidad (y un poco el desafío) de construir un marco teórico-metodológico que facilite la comprensión y utilidad de los conceptos mencionados. Por ello es necesario adelantar algunas consideraciones respecto del recorte histórico propuesto, que faciliten en particular la definición de estos migrantes como “pioneros” y entender, en ese camino, las causas que llevan a un temprano movimiento migratorio transatlántico de mediados del siglo XIX.

Pioneros de dos siglos: el inmigrante danés entre 1840 y 1930

En general el movimiento inmigratorio de los daneses se divide en dos partes: una primera época (1860/70- 1890) en donde la mayoría de los daneses que migraban lo hacían desde Lolland; y una segunda etapa (1890-1930), en la que salían de Jylland. Esto se correspondería con el movimiento migratorio general que refiere a la década de 1860 como el inicio de políticas y marcos legales más flexibles en cuanto a la inmigración que lo que había sido el gobierno de Juan Manuel de Rosas² (1826-1853). Sin embargo, según el abogado y escritor argentino Gastón Gori (1964) existieron antes del período rosista algunos intentos de promover la inmigración para resolver el problema de la tierra pública desierta fomentando la agricultura, la industria, las instituciones y el comercio, tal como quedara expresado en las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República de Argentina* de Juan Bautista Alberdi (Gori: 10).

Las primeras intenciones políticas en torno a concebir como positiva la presencia de inmigrantes para el desarrollo de Argentina tienen un importante impulso hacia la segunda década del siglo XIX, cuando se busca fomentar la llegada de trabajadores europeos con la protección garantizada de sus derechos, mediante la creación de una comisión de inmigración (1824) y la sanción del Reglamento del General Las Heras, en 1825:

La comisión se integraba con ciudadanos y extranjeros residentes, poseedores de bienes raíces; el reglamento le fijaba normas de funcionamiento y de composición directiva, facultándola para nombrar agentes en Europa para la ejecución de los contratos. Esta disposición servirá luego como modelo de promoción de inmigrantes en otros Estados provinciales y los medios prácticos serán también los que se seguirán aplicando después de 1853, ampliados y perfeccionados (...) El Reglamento prevé la propaganda en periódicos “tanto del país como fuera de él”,

² Durante el período de Rosas no se registran colonos, no hay promoción de la inmigración, el Reglamento Las Heras de 1825 queda archivado, se anulan las cartas de ciudadanía otorgadas en 1829, y en 1839 también queda inactiva la Enfiteusis (Gori, 1964: 45-46).

sobre las ventajas que se ofrecían a los inmigrantes; además establecía: proporcionar empleo o trabajo a los extranjeros que vinieran al país sin destino; hacer venir de Europa labradores y artesanos de toda clase; introducir agricultores por contrato de arrendamiento con los propietarios y artesanos del país, bajo un plan general de contrato que sería acordado por la comisión y libre y espontáneamente convenido entre los trabajadores y los patrones que lo demandaren (Gori: 34).

En definitiva, el Reglamento era muy completo y abocado a la agricultura. Sin embargo, su aplicación fue relativa y poco eficaz, ya que Argentina era por entonces un país ganadero y la agricultura era una actividad que quitaba pasto a las vacas, tal como hubo de aprender Juan Fugl, pionero danés en el cultivo de trigo en la zona centro-sur de Buenos Aires, a quien le tocó ser contemporáneo —y un poco impulsor— de una legislación más favorable. Por esta razón la concreción deseada de colonias agrícolas se retrasó y con ella naufragaron los proyectos de la Asociación Agrícola del Río de la Plata alentada por Rivadavia.

Las Bases de Alberdi volverán a tener protagonismo en el proyecto de país que se presenta a partir de la Constitución de 1853, que fomenta el desarrollo de la industria y el comercio tanto para argentinos como para extranjeros, en cuyo caso se les otorgaba la ciudadanía luego de dos años de trabajo continuo. Es en el artículo 25 de esta misma Constitución que se alienta a la inmigración europea “de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias e introducir y enseñar las ciencias y las artes”.

Pero además de establecer con fuerza de ley las políticas deseadas de inmigración, la Constitución actúa como propaganda para Europa. Allí, los agentes como Aarón Castellanos (1853) o Beck-Herzog y Cía (1857) se desenvuelven siguiendo al detalle los procesos migratorios de los primeros colonos europeos en territorio nacional:

Los inmigrantes de las primeras colonias fueron reclutados en su gran mayoría entre gente pobre europea, a las cuales había que costearles el viaje, darles alimentos, herramientas o animales como anticipo, y como no todos eran agricultores de profesión hasta fue necesario impartir un tipo de enseñanza que los capacitara para ser agricultores en este país, teniendo en cuenta su conocimiento del suelo y de las épocas de siembra y cosecha, de los distintos productos, etcétera (Gori: 70).

Esta sucesión de leyes y normas destinadas al fomento de la inmigración derivaron entonces en la entrada paulatina de un determinado perfil de trabajadores extranjeros que, en términos cuantitativos, se incrementa desde la década de 1860 hasta alcanzar hacia 1920 el mayor porcentaje de extranjeros por cada 100 argentinos nativos (31,6). A partir de allí comienza a descender.

Sin embargo, en lo que respecta a las historias y relatos biográficos de los daneses, se han hallado materiales referidos a pioneros de esa nacionalidad que llegaron a la Argentina con anterioridad a esa fecha y fueron referentes determinantes de sus grupos o colonias.

El primero de ellos es la autobiografía de Juan Fugl, quien llegó a nuestro país en 1844 cuando ya había, según menciona, otros daneses asentados. La experiencia de su llegada, tal como se referirá más adelante, podría no haber sido tan excepcional si consideramos lo que cuentan otros textos, como el de Johannes Bennike (1936):

La fragata Bellona, de cuarenta y seis cañones, se construyó en 1830 en Copenhague y en 1840 la mandaron a una expedición a Sudamérica con el propósito de educar al personal de la Marina y también para mostrar la bandera en mares extranjeros con la posibilidad de extender los contactos comerciales. Ya antes se habían dado tratados comerciales con Brasil y con Venezuela, y ahora debían llegar a Argentina y a Chile³ (:47).

Esta Fragata llega finalmente a la Argentina en diciembre de 1840 y es probable que hayan sido este tipo de viajes (a los que le siguieron las conocidas expediciones de la Corbeta Galatea), los que motivaran la publicación de artículos como el que leyó Juan Fugl en el diario danés *Berlinske Tidende* cuando decide emigrar a nuestro país (1989 [1884])⁴.

En base a este recorrido, el período de análisis tomado para esta investigación amplía el corte habitual que considera la inmigración transatlántica a nuestro país entre 1860 y 1930, no porque lo modifique (tal como se mencionó oportunamente, es en ese período donde se hacen efectivas las políticas nacionales de promoción de la inmigración), sino porque nos permite incluir historias de vida más allá de los marcos generales de la Gran Inmigración. En esta ampliación se reconoce entonces que los inmigrantes que arribaron a nuestro país entre 1840 y 1860 no compartían del todo las características de aquellos que vinieron posteriormente a esa fecha pero, fuera de esto, se registran las dos etapas habituales que van desde 1860 hasta 1880 y desde entonces hasta 1930. Las mismas están marcadas por contextos diversos en términos de legislaciones, instituciones y, por supuesto, redes sociales disponibles para la producción y comunicación del conocimiento generado, lo que distingue no sólo a las etapas históricas sino también a los sujetos que las viven.

En este camino, a los daneses que llegaron en la década de 1840 y se asentaron mayormente en Tandil, le siguieron otros que fueron hacia el sur-oeste de ese punto (con centro en las actuales localidades de Tres Arroyos y Coronel Dorrego), extendiéndose también por Necochea y alrededores. Otros daneses que han dejado sus marcas autobiográficas migraron mucho más tarde a zonas como la Patagonia (hacia 1900), y Misiones (en la década de 1920), siendo igualmente pioneros en el lugar. La distancia entre estos contextos supondría grandes diferencias entre dichos grupos y con los primeros que arribaron a Tandil, pero las condiciones precarias con las que se encontraron

³ Traducido del original en danés por Svend A. Buus.

⁴ La anécdota de Juan Fugl refiere a que en ese diario "un navegante de apellido Wordinger, recomendaba más calurosamente la emigración a la Argentina, y se basaba especialmente en un buen clima, y sus tierras muy aptas para labranza, especialmente para la gente del agro como abundaba en Dinamarca" (1989 [1884]: 104).

para iniciar una nueva colonia allí donde apenas se evidencia la existencia previa de algún grupo de inmigrantes europeos (y ninguno danés) los acerca en términos de producción de conocimiento propio de esta colectividad: mayormente eran ellos vs. la naturaleza y algunos “obstáculos” que les presenta la política local; la economía nacional es relativamente poco nombrada en relación con las crisis mundiales o la actualidad de su país natal.

Situado entonces en este marco al sujeto del presente análisis, se desglosa a continuación el objeto para explicarlo en los siguientes apartados.

Experiencias sobre la migración de daneses hacia la Argentina

En primera instancia, las *experiencias sobre la migración de daneses hacia la Argentina* son las trayectorias de vida contadas en primera persona por los pioneros a través de sus memorias y autobiografías, o en biografías relatadas por terceros, tanto como las historias de familia que se relevaron de las entrevistas semiestructuradas realizadas a los descendientes de la colectividad dano-argentina sobre sus primeros antepasados en el país.

Estas tres fuentes conforman un corpus de historias y relatos de vida, entendidos estos últimos como aquellos

relatos biográficos acotados por lo general al objeto de estudio del investigador. Si bien pueden abarcar la amplitud de toda la experiencia de vida de una persona, empezando desde su nacimiento, se centran en un aspecto particular de dicha experiencia, por ejemplo el consumo de drogas. Por regla general se realiza una entrevista a un número variable de personas que han transitado por la misma experiencia (Kornblit, 2009:143).

En este caso, se analizan los relatos de vida (tal como se hará con las historias de vida) para extraer de ellas situaciones que evidencien la producción, organización y comunicación de saberes profesionales y técnicos por parte de los pioneros daneses en Argentina.

Por su parte, las autobiografías son herramientas para seguir procesos subjetivos, representaciones y percepciones, aspectos que pueden ser decisivos en este tipo de investigaciones. Tal como reconoce el sociólogo Karl Mannheim, las autobiografías constituyen una de las fuentes más valiosas porque

en primer lugar e indirectamente podemos observar de qué naturaleza eran en el pasado las actitudes introspectivas de los hombres, de qué modo y para qué fines se observaban a sí mismos; además, podemos ver cómo las distintas situaciones sociales e históricas han favorecido distintas formas de la personalidad y cómo estas distintas formas de actitudes introspectivas desempeñan inconscientemente ciertas funciones sociales (citado por Prieto, 1982: 12).

De igual manera debe tenerse en cuenta que el análisis de las autobiografías conlleva ciertas limitaciones:

Si el valor testimonial de la literatura autobiográfica pretende apoyarse sólo en la verdad de los datos y de los hechos consignados, debemos reconocer que tal valor es relativo y susceptible de frecuentes ajustes. Los intrincados mecanismos del olvido, la perspectiva del tiempo, la trama de intereses personales o de grupo, son eficaces auxiliares en la tarea de trastocar fechas, deformar anécdotas, invertir o suprimir el orden real de los sucesos (Prieto, 1982: 14).

En rigor, esta observación es válida tanto para las historias de vida como para los relatos obtenidos a través de las entrevistas, porque si bien las autobiografías son permeables a expresiones “oblicuas” (eufemismos de la época en que fueron escritas, gente a la que no se quiere nombrar, miradas románticas tanto de Argentina como del país natal), lo cierto es que describen, por ejemplo, procesos de generación de técnicas y tecnologías que rara vez se hallan expresados con tanto detalle en las entrevistas; como contraparte, los descendientes tienden a transmitir hábitos culturales y rescatan a través del relato oral la memoria colectiva más allá de su propia subjetividad y en algunos casos, sin temor a criticar a sus antepasados. Por tanto, la propuesta para evitar estas “trampas” de la memoria autobiográfica a la que hacen referencia Prieto y Mannheim —y considerando además que las biografías editadas en español son relativamente pocas y excepcionales—, es tomar como eje principal a las historias de vida que explicitan de forma más minuciosa sus situaciones de producción, organización y comunicación de conocimientos, y complementarlas con el testimonio de los entrevistados a fin de completar y contextualizar lo que aparece en las memorias de los pioneros. Esta complementariedad no implica, sin embargo, subordinar un discurso al otro, ni integrarlos en un relato homogéneo que desdibuje los límites entre las diferentes épocas, situaciones y personalidades expuestas, sino por el contrario, ir contrastándolos y procurando que ayuden a recomponer una imagen más completa (aunque nunca acabada) de la lectura que se pretende hacer de los inmigrantes y su vinculación con el conocimiento.

Por último, al ser dos tipos de fuentes distintas —el relato personal de los pioneros vs. el relato indirecto de los descendientes—, se establecieron diversas técnicas de recolección de la información según se tratara de memorias, biografías o autobiografías (1) o de descendientes dano-argentinos (2):

1- Se rastreó en medios de comunicación, bibliotecas de clubes e iglesias afines a la colectividad el mercado editorial específico que contenía estos materiales, identificando así quiénes eran los daneses referentes y en qué contexto sus historias de vida se hicieron tan relevantes como para trascender y ser publicadas.

2- La realización de entrevistas semiestructuradas requirió, en primera instancia, acercarse a los espacios públicos de reunión de la colectividad a fin de observar y participar de ellos, explicando a su vez la investigación a las autoridades presentes y luego a los concurrentes, siempre de forma personal. En este marco se realizaron las primeras entrevistas en dos eventos tradicionales de las ciudades de Tandil y La Dulce, en la Asamblea anual del Club Danés de Necochea y a los integrantes del programa de radio específico de la colectividad (*Dinamarca y su gente*) que se transmite por una radio necochense. En ese momento, se establecieron también los contactos para pautar otras entrevistas, esta vez, en los domicilios particulares de las personas seleccionadas. Además, se completó este corpus con los relatos obtenidos de descendientes de Tres Arroyos (la tercera ciudad que actualmente concentra, junto con Tandil y Necochea, la colonia con más integrantes asentados en Argentina⁵) y otros ajenos a este triángulo bonaerense, pero vinculados a grupos que se concentraron eventualmente en otras partes del país. La información así recabada permitió ampliar el material con un grupo de memorias y biografías inéditas.

La búsqueda de estos relatos biográficos fue, a su vez, complementaria al relevamiento y el procesamiento de informes e investigaciones referidos a la inmigración danesa en Argentina entre 1840 y 1930. En ese camino, también se procuró entrevistar a investigadores y autoridades de instituciones pertinentes⁶ para determinar los alcances de dicho proceso migratorio, el mapeo de las colonias y grupos de daneses establecidos en Argentina, y un mínimo reconocimiento de la cronología de acuerdos y leyes del Estado nacional con respecto a los inmigrantes en general y con los daneses en particular, a fin de identificar el contexto político y laboral que habilitaba las posibilidades de inserción en el país. También se recurrió a instituciones como museos y bibliotecas públicas de este grupo migratorio, a fin de reconocer qué parte de los saberes (materiales que reflejan un tipo de conocimiento profesional y técnico) de esta colectividad se encuentra organizado y

⁵ Puede establecerse un cálculo aproximado de este número considerando la cantidad de aportantes a las distintas congregaciones que, según los pastores, conforman alrededor de una quinta parte de los descendientes. De esta forma, la congregación de Tres Arroyos (que incluye San Cayetano, Lumb, Orense y Copetonas, entre otras localidades), suma alrededor de cuatrocientos aportantes, mientras que Necochea tiene alrededor de ciento cincuenta y Tandil, ochenta.

⁶ En este sentido, fueron especialmente valiosos los aportes de María Mónica Bjerg — investigadora del CONICET y profesora de Historia Social General de la UNQ, quien realizó un trabajo de posgrado sobre la colectividad danesa—, Alberto Sarracone —abogado argentino especializado en estudios sobre colectividades europeas en Argentina—, y Karen Sparholt, bibliotecaria de la Iglesia Dinamarquesa en Buenos Aires, que es la más grande del país en su rubro. También cabe resaltar las entrevistas a los cuatro pastores de las congregaciones de Tandil, Buenos Aires, Tres Arroyos y Necochea (Martín Olesen, Sergio López, Aldo Bidán y Steen Lerfeldt); a los conductores y productores del programa de radio de la colectividad (*Dinamarca y su gente*), Marcelo Caroni y Carlos Vázquez; y a las autoridades de clubes, centros y eventos daneses, María Eseverri (Necochea) y Esther Mikkelsen, Consuelo Ferreyra y Gabriel Rodríguez Daneri (Tandil), quienes fueron entrevistados particularmente por su labor institucional.

conservado para su resguardo o exposición pública; otra parte —en general menos tangible, como lo son las formas de hacer determinado trabajo—, se encuentra en diarios personales atesorados en colecciones privadas o expresada en intercambios epistolares que en pocos casos se publicaron.

El relevamiento completo permitió recopilar siete biografías publicadas y cuatro inéditas de pioneros en Misiones, La Pampa, Tandil y la Patagonia, todas traducidas al español; cuarenta y cinco entrevistas semiestructuradas ⁷; diversos documentos estadísticos, normativos, históricos y académico-investigativos que sirvieron para reconstruir el contexto y la situación de los inmigrantes daneses en la época estudiada.

Producción, organización y comunicación de conocimientos

Como se dijo más arriba, los relatos e historias de vida fueron analizados a fin de identificar situaciones que evidencien la presencia de procesos que impliquen conocimientos profesionales y/o técnicos en, al menos, tres dimensiones: su producción, organización y comunicación.

Estas tres dimensiones están atravesadas por una concepción del conocimiento definido, ante todo, como público y en tal sentido, colectivo, ya que se produce en (y por) el encuentro de distintos saberes y sujetos. Se trata de saberes profesionales y/o técnicos que los inmigrantes desarrollaron como parte de sus actividades cotidianas, ante necesidades prácticas concretas que no les exigían, en principio, nutrirse del conocimiento por el conocimiento en sí, sino sólo en la medida en que pudiera ser aplicado para solucionar sus problemas más urgentes: la construcción de la vivienda, la potenciación de la producción de cereal, la mejora de técnicas de arado, etcétera. El resultado de esto, trasladado a productos e inventos, estaba lejos de ingresar al mercado de bienes comerciables y en cambio se apoyaba en lo que la ensayista argentina Beatriz Sarlo llama “la moral del artesano-aficionado-bricoleur”,

que es una moral del reciclaje y el aprovechamiento de los desechos, las partes descartadas, lo roto y recompuesto, lo cambiado de función, el arreglo imposible que desafía la inteligencia práctica y la habilidad manual. El éxito, para esta moral, es precisamente obtener los mayores resultados con medios limitados por definición práctica (hay limitaciones tecnológicas y tecnologías inaccesibles al taller hogareño) y por economía simbólica. Por otro lado, en el pequeño taller no hay “de todo”: hay, simplemente, lo que hay: piezas que han sido usadas antes, herramientas que no siempre se adecuan del todo a las tareas, un estado permanente de necesidad no angustiosa y de precariedad no miserable (1997: 119-120).

Ciertamente, la posibilidad de construir sus propios talleres será para los inmigrantes daneses la apertura a nuevos públicos para sus producciones, donde especialmente los

⁷ En la tesis no aparecen los nombres de los entrevistados sino que la referencia es al número de testimonio (1 a 232).

niños de la familia y los vecinos podrán acercarse a aprender, jugando con las herramientas los primeros, observando atentos los segundos. Sin embargo, si se trata de caracterizar al inmigrante como sujeto cognitivo hay que considerar también otras categorías que lo acercan por ejemplo al rol de experto, el de amateur, el profesional o el inventor aficionado.

En la primera definición ayuda la conceptualización de los sociólogos Harry Collins y Robert Evans (2007), para quienes el experto por experiencia (*experience-based experts*) es aquel que tiene un saber particular adquirido a partir de las actividades que realiza o la experiencia compartida, aunque no tenga títulos que acrediten dicho saber. Ligado a esta idea los autores identifican que hay ciertas capacidades que funcionan como *interactional expertise*, que es la que permite a determinado sujeto interactuar con otro de distinto (y generalmente mayor) capital cultural. El conocimiento de un lenguaje técnico determinado, por ejemplo, puede ayudar a que la relación entre un experto y un profesional sea más colaborativa en estos términos:

La mayoría de los niveles de experticia (...) se aprenden a través de la interacción social y se mantienen a través de la interacción social. Como con el lenguaje, porque la experticia es análoga al lenguaje en el sentido de “saber lo que está hablando”, implica la incorporación exitosa en el grupo social que encarna la experticia⁸ (Collins y Evans, 2007: 7).

El poner en juego otros capitales (social, económico o simbólico) pueden compensar también la asimetría, pero siempre será una relación entre “no-pares”, siendo justamente esa asimetría el impulso constante que moviliza la disputa por el conocimiento como capital.

La figura del amateur tampoco cuenta con saberes acreditados en el campo en el que desarrolla sus aportes, sino que imita al profesional de la ciencia, en particular sus herramientas y procedimientos, pero con mucho menor valor simbólico en términos de reconocimiento sobre su credibilidad.

Y es que, en estos términos, el profesional es aquel que tiene determinados saberes y, lo que no es menor, éstos están acreditados por instituciones que también avalan a sus pares. De esta manera, no es sólo el capital cultural sino también el social y el simbólico el que adquiere peso en su figura.

Por último, en la definición de un perfil general de sujeto vinculado al conocimiento más propio del final de la Gran Inmigración, Beatriz Sarlo realiza una suerte de tipología de

⁸ “Most of the levels of expertise (...) are learned through social interaction and they are maintained through social interaction. As with language, so with the expertises analogous to language – coming to ‘know what you are talking about’ implies successful embedding within the social group that embodies the expertise” (traducción propia).

inventores que suponen una amplia gama de relaciones con la ciencia y la técnica de la época⁹. Esencialmente, esta

tipología del inventor incorpora, muy centralmente en Argentina, al aficionado de origen popular: no se trata de los asalariados de los laboratorios de invención a la manera norteamericana donde se levantaron verdaderas fábricas de innovaciones, sino de los amateurs de lo nuevo que compiten en condiciones tecnológicas que son extremadamente precarias y en un medio donde abundan los autodidactas (...) La educación técnica de estos aficionados no proviene de la universidad (...) Frecuentaban bibliotecas barriales, donde los libros técnicos tuvieron gran salida, las universidades populares, las exposiciones de radio, cinematografía y maquinarias; se anotaban en los cursos de enseñanza por correspondencia, que disparaban no sólo el deseo de saber sino la fantasía del triunfo económico y el ascenso social (Sarlo, 1997: 90 y 94).

En el lapso analizado pueden hallarse algunos de estos perfiles que denotan la cada vez mayor integración del inmigrante danés al desarrollo científico-tecnológico general de la Argentina a medida que se acerca el final del período. Tal integración, y el hecho de que cambien tanto los contextos como los perfiles de los inmigrantes daneses, hará que también varíen las propias disputas: de no contar con un capital cultural igual o superior, los diferentes sujetos descriptos anteriormente deberán apelar a distintas tácticas —en términos de de Certeau (1980)—, que serán por ejemplo la imaginación, las habilidades manuales, el dominio de una artesanía o de un oficio y el patrimonio de un conocimiento de cómo se hacían las cosas en Dinamarca; enfrente tendrán por ejemplo a la estrategia de la educación formal y los evaluadores profesionales. Entre las biografías de los pioneros daneses, hay un caso en el que se evidencia la disputa en condiciones de “igualdad” entre Juan Fugl y un inspector de Escuelas, al que sólo pudo convencer de la capacidad que tenía para encargarse de la educación en Tandil luego de mostrarle los títulos de Profesor obtenidos en Dinamarca; distinto es el caso de Oluf Johansen, que habiendo producido yerba mate en Misiones debió enviar un poco a Buenos Aires para que evaluaran su calidad; o incluso las discusiones de miembros de la colectividad en torno a la prevalencia de los *højskole* frente a los colegios oficiales argentinos.

La identificación de este tipo de prácticas ayudará a definir en qué casos se está frente a un tipo de conocimiento expresado por ejemplo en nuevos dispositivos para una

⁹ Completan la lista los inventores amateurs, los artesanos bricoleurs, los pioneros técnicos (diferentes a los inventores y reproductores de inventos), los inventores autodidactas (que son lo opuesto a los universitarios y al inventor científico), los inventores-empresarios, los lectores atentos o consumidores del periodismo técnico y científico, los inventores provenientes de las élites intelectuales y los radioaficionados. Todos comparten un interés común en lo que conciben como conocimiento, pero lo disputan desde diferentes lugares: por un lado estarán los “saberes del pobre” (aprendidos en revistas, en las conversaciones en talleres de inventores, en la oferta de cursos o dialogando en los correos de lectores de los diarios) y por el otro los saberes de las elites sociales, cuya ciencia se adquiere en la academia. Sin embargo, el hecho de que esta clasificación provenga de un estudio enmarcado especialmente a principios del siglo XX en la ciudad de Buenos Aires, implica en muchos casos una distancia notable respecto de las experiencias de los inmigrantes daneses, razón por la cual se restringe en este apartado la descripción de los perfiles a los ya mencionados.

máquina o un producto, si son afirmaciones científicas o tecnológicas sobre qué es y cómo hacer, etcétera.

En este marco, el acercamiento metodológico a las experiencias consideradas en el objeto de estudio se realizó a través de preguntas como: ¿Quiénes intervenían en la producción y comunicación de conocimientos dentro de la colectividad danesa (expertos, profesionales, legos)? ¿Hay muestras de trabajo colectivo o el conocimiento se evidencia en producciones aisladas? ¿Cuáles son los conocimientos y/o capacidades técnicas manifestados en la colectividad danesa? ¿Qué fuentes de conocimientos utilizaron? ¿Cómo se articularon con fuentes de conocimientos locales? ¿Qué transformaciones o adaptaciones realizaron a los conocimientos? ¿Cómo se registró, conservó y transmitió ese conocimiento? ¿Qué espacios u organizaciones se desarrollaron dentro de la colectividad danesa a los fines de conservar, organizar o comunicar los saberes propios o generados por la misma colectividad?

Como resultado de esta búsqueda, fueron identificadas y extraídas de las historias y relatos de vida once situaciones que expresaban el conocimiento según se lo definió en este apartado, que fueron analizadas luego con los criterios para reconocer en ellos los procesos de producción, organización y comunicación, tal como se los explica en los párrafos siguientes.

▪ ***Procesos de producción:***

Son aquellos que describen el desarrollo de mejoras a procesos o tecnologías destinadas a completar información, corregir problemas o potenciar tareas domésticas, laborales o culturales-educativas, si es el fin de estas últimas la generación o transmisión de conocimiento propio de la colectividad. Puede entonces tratarse de procedimientos, técnicas, dispositivos tecnológicos o emprendimientos novedosos que sean resultado de un aprendizaje tanto teórico como experimental, es decir, aquellos vinculados a la formación profesional original de los inmigrantes (si la tuvieron), tanto como los que fueron desarrollados en Argentina con el complemento de saberes de distintos grupos (hacia adentro de la misma colectividad, o entre colectividades con las que convivieron, o con pueblos originarios, etcétera).

En cualquier caso, la idea de producir conocimiento es, como se dijo anteriormente, colectiva, y en ese sentido cabe preguntarse qué impulsa esos vínculos y qué los mantiene “imantados” aunque sea temporalmente. Por ello se incorpora al análisis algunas ideas del sociólogo francés Pierre Bourdieu, en especial su comprensión del conocimiento como algo susceptible de ser disputado en las prácticas sociales y su caracterización de los capitales sociales, económicos, simbólicos y culturales.

La existencia de un bien material define en general al capital en disputa y con ello al campo donde se dirimen las negociaciones y conflictos entre los agentes que luchan por ese capital, siempre hablando en términos analíticos. Pero cuando este capital es intangible, como lo es el conocimiento, el análisis desde esta perspectiva sobre un objeto de estudio que ha quedado históricamente a tanta distancia (finales del siglo XIX, principios del siglo XX), sólo puede ser recuperado a partir de los relatos de las experiencias migratorias. De otra manera, las formas de pensar y analizar las cosas, el refuerzo de los valores y las representaciones sociales sobre lo que es danés, serían difíciles de aprehender a los fines de reconstruir los procesos de producción buscados.

Cierto es lo que el español Juan Manuel Fernández Fernández señala sobre Bourdieu al decir que este autor,

abandonando la complacencia fetichista que con frecuencia se otorga a la teoría, (...) la trata como “un *modus operandi* que oriente y estructure prácticamente la práctica científica”. Esta es la razón que aduce para justificar que jamás sintió la necesidad de trazar de nuevo la genealogía de los conceptos que ha forjado o reactivado, como los de *habitus*, campo o capital simbólico. “Es en la práctica de la investigación donde estos conceptos nacidos de las dificultades prácticas de la investigación deben evaluarse” (Bourdieu, 1992: 136) (Fernández Fernández, 2004).

Esto nos sirve para entender por qué en la amplia bibliografía del sociólogo es más complejo encontrar definiciones únicas de conceptos como “campo” y “espacio social” antes que estudios en los que los aplica. Son, en efecto, recortes teóricos determinados por la práctica que sirven para analizar la sociedad.

Atendiendo a estas consideraciones fue útil retomar la clasificación de los capitales de Bourdieu como los interpreta Alicia Gutiérrez (1994): el capital económico (que es el que apela a la disputa por bienes materiales y de producción); el capital social (que será entonces la “red durable de relaciones” que tiene una persona por pertenecer a un grupo en donde todos están “unidos por lazos permanentes y útiles”)¹⁰; el capital simbólico

¹⁰ Se tiene en cuenta que en la obra de Pierre Bourdieu, *Los usos sociales de la ciencia* (1997), el capital que analiza es definido como “capital científico” y es una “especie particular de capital social” (:18). Sin embargo, esta obra habla de un estado de la ciencia muy posterior a la del período aquí analizado, en donde la relación (y disputa) es por la autoridad científica que se otorga entre pares. Dentro del campo científico prima lo social porque para ingresar al mismo debe uno acrecentar sus lazos con ese tipo de agentes y las instituciones que los admiten; en tal caso, el capital cultural es el que se tiene para disputar el social. Los pioneros a los que refiere la presente investigación, en cambio, no se relacionan prácticamente con agentes científicos y no hay una disputa por ingresar en su espacio. En sus experiencias la búsqueda es por lazos sociales útiles para producir una determinada tecnología o solución práctica a un problema y en este sentido, el conocimiento (por tener o por imponer) es el que se disputa cuando ya se ha conseguido el social. Justamente la razón por la que Bourdieu propone analizar una dinámica de campos es porque un mismo bien puede ser disputado y “reconvertido en otras especies de capital” según los intereses que se pongan en juego. Por eso se reconoce en la tipología de Gutiérrez una interpretación que sirve para identificar los casos en los que el conocimiento aparece como un bien cultural y no social, económico o simbólico, más allá de que se relacione con ellos.

(vinculado a “prestigio, legitimidad, autoridad, reconocimiento”); y el capital cultural, que interesa particularmente a esta investigación porque

está ligado a conocimientos, ciencia, arte y se impone como una hipótesis indispensable para rendir cuenta de las desigualdades de las performances escolares. El capital cultural puede existir bajo tres formas: en estado incorporado, es decir, bajo la forma de disposiciones durables (*habitus*) relacionadas con determinado tipo de conocimientos, ideas, valores, habilidades, etc.; en estado objetivado, bajo la forma de bienes culturales, cuadros, libros, diccionarios, instrumentos, etc.; y en estado institucionalizado, que constituye una forma de objetivación, como lo son los diferentes títulos escolares (:24-29).

Estas definiciones avanzan sobre las que suelen tomar los estudios concernientes a la Tecnología, los cuales diferencian el conocimiento incorporado del desincorporado, entendiendo al primero como lo “depositado, guardado, acumulado, almacenado en cada una de las cosas elaboradas por el hombre y en el mismo hombre” y al segundo como aquello que “le permite abstraer, separar, desglosar el conocimiento, y sacarlo de los objetos y de las personas, con la finalidad de entender el mismo objeto o la persona” (Carvajal, 2013). Se refiere con esto último a “documentos, libros, manuales, programas que permitan servir de base para la retroalimentación de conocimientos y para mejorar un proceso” (Agudelo Venegas, 2015). Comparado con Gutiérrez, hay una correspondencia con los saberes incorporados y objetivados (respectivamente), pero si bien especifican la finalidad de los mismos, interesa también aquí la distinción del saber institucionalizado porque la acreditación es una de las características principales para definir y diferenciar al profesional de otros sujetos vinculados a la generación de conocimiento.

Así leída, la clasificación teórica de Bourdieu habilita el análisis de las situaciones identificadas en las experiencias migratorias en torno a la disputa por un determinado capital principal (económico, cultural, social o simbólico) que es, justamente, el conjunto de bienes acumulados que se producen, distribuyen, se consumen, se invierten, se pierden. En general, el identificar una disputa principal no excluye la tensión por los demás capitales, pero en términos analíticos la jerarquización de uno por sobre los otros tres define lo que el autor denomina “campo”, que es el sistema que forman los agentes al posicionarse según el poder que tienen o desean sobre un capital (Gutiérrez, 1994: 21 y 22).

En esta investigación, la jerarquización de capitales en disputa será de utilidad para dar cuenta de dónde circula el conocimiento, es decir, dónde se ubica en las situaciones detectadas la disputa por el capital cultural en relación con los otros capitales.

▪ **Organización:**

Significa rastrear a partir de qué criterios se organizaban las tareas de producción de conocimientos (en el sentido mencionado anteriormente) en las situaciones identificadas en las historias y relatos biográficos. Esto puede evidenciarse —con sus características particulares según la época—, en acuerdos, niveles de participación, actividades y funciones desempeñados por los migrantes daneses en el período estudiado, en la construcción de redes o vínculos sociales con organizaciones, agrupaciones políticas, cooperación con otras colectividades o con los nativos, entre otros posibles.

Para hablar de redes sociales es importante entender a los inmigrantes en su calidad de actores relacionales, que movilizan recursos y vínculos disponibles tanto porque los traen consigo desde Dinamarca como porque los construyen en el país de destino al insertarse en la nueva sociedad, el mercado laboral local, etcétera. De aquí se desprende el interés en revisar los estudios sobre inmigración y redes sociales compilados por los historiadores argentinos María Bjerg y Hernán Otero (1995), donde se incluye el caso de la inmigración danesa pero además advierten que para hablar de redes no se deben restringir los lazos sociales que las conforman a las relaciones de parentesco, y mucho menos a las legítimas, porque los vínculos establecidos para llegar al país —y a los que recurrieron una vez asentados en Argentina—, fueron ineludibles pero de carácter múltiple y variado (Ramella, en Bjerg y Otero: 10). Esto quiere decir que las personas que les facilitaron la salida del país escandinavo y la inserción en tierras sudamericanas no fueron necesariamente parientes o familiares, sino que el mercado donde circulaba la información relevante para impulsar tal tránsito incluía un abanico de opciones que se armaban incluso en encuentros eventuales en pensiones, parroquias o zonas de comercio. Por otro lado, la idea de los inmigrantes como aventureros adinerados lanzados hacia la nueva América sin que medie ningún tipo de lazo previo es parcial respecto de las situaciones registradas en las biografías y entrevistas, incluso al referirse a los pioneros de la colectividad. Sólo Oluf Johansen (2009) y Magnus Luring (1985) mencionan haber conocido alguno de estos casos, y lo hacen con marcado desprecio. Debe notarse, sin embargo, que hablan desde dos paisajes extremos —la selva misionera y la cordillera patagónica—, donde el ser “aventurero” era casi una condición siempre que estuviera acompañada de un irrevocable sentido de la supervivencia.

Si consideramos además que los primeros daneses llegaron hacia 1840, es posible encontrar que en el período conocido como la Inmigración Masiva, los inmigrantes formaran rápidamente parte de una comunidad constituida por personas originarias de sus mismos pueblos o ciudades y no necesitarán apelar a la aventura sino a la adaptación. Además, cuando se fortalece el proceso de inmigración transatlántica y los grupos disgregados de inmigrantes empiezan a ser parte del movimiento masivo que caracterizó a esa época, las estrategias y los motivos para vincularse resultan más complejos y afines

tanto al objetivo de escaparle a una crisis económica como a una elección de superación social, por ejemplo.

Una segunda advertencia respecto del uso del concepto de redes es evitar caer en explicaciones comunes a todas las biografías de los inmigrantes, opacando así sus diferencias y particularidades. Para contrarrestar esta tendencia, el análisis desde la microhistoria retoma el contexto espacio-temporal de estos sujetos a fin de comprender los hábitos y comportamientos que hacen que se relacionen de tal o cual manera (Ramella, en Bjerg y Otero: 12-13). En esta perspectiva, lo que se torna central es interrogarse no sólo sobre la dirección de los vínculos y entre quiénes se establecen dichas relaciones, sino también sobre lo que implican estos lazos (solidaridad, subordinación, filiación, alianza, etcétera), que es lo que conforma y define finalmente a los grupos sociales.

En este caso se tomaron nueve historias de pioneros, pero las situaciones que se rescataron de allí fueron contrastadas con las entrevistas, para ver cómo, con qué fin y con qué resultados, circuló el conocimiento profesional y técnico expresado en esas experiencias, y no para establecer si lo que hicieron los pioneros fue único o general de toda la colectividad.

En síntesis, el no restringir las redes sociales a los vínculos de parentesco socialmente legítimos, y evitar el encasillamiento de los sujetos que pueda influir negativamente en el análisis de los resultados de sus relaciones, observando para su comprensión el contexto en el que fueron generadas, enriquece el estudio de las particularidades —ya no silenciosas— que los inmigrantes daneses aportaron a las diversas formas de producción, organización y comunicación de conocimientos en su experiencia migratoria en la República Argentina.

▪ **Comunicación:**

Según Beatriz Sarlo (1997) la particularidad del saber técnico como posibilidad de desarrollo de nuevos conocimientos por parte de los inmigrantes es el “saber hacer” aprendido y ejercitado en las prácticas cotidianas y nutrido, en ocasiones, por libros, diarios, revistas y programas radiales de contenido técnico, que compensaban la falta de vínculo con los espacios de formación de los intelectuales y las élites letradas. Para los daneses, los espacios y materiales que facilitaban el intercambio de conocimiento no parecen estar muy mediatizados (mediados por medios masivos). Aunque se mencionan algunas revistas y diarios, parte de ellos estaban más atados a las perspectivas de vida del inmigrante que a la comunicación científica; la radio, por su parte, fascinó a los pioneros posteriores a la década de 1920, más por su tecnología que en su rol de transmisión de conocimiento especializado, y sólo en ese sentido se puede decir que evidenciaban la

vocación técnica porque el medio mismo significaba el triunfo de la comunicación a distancia.

Fuera de estos casos, la comunicación del conocimiento dependía mayormente de la observación del “público” y la transmisión oral, mediada por los maestros o profesores, familiares o expertos, lo que puede evidenciarse en la existencia de lugares, prácticas y materiales de intercambio de información especializada para los inmigrantes, entre ellos y con autoridades o residentes locales, actos de valoración o premiación generados o reconocidos dentro de la colectividad para fomentar la innovación, las capacidades técnicas o el desarrollo de tecnologías, etcétera.

Además de la circulación de capital simbólico que implica esto último, existen otros conceptos —provenientes sobre todo de la Comunicación Social, la Pedagogía y la Sociología—, que definen procesos de interés para esta investigación en torno a la comunicación de la ciencia: la divulgación, la difusión y la enseñanza de las ciencias¹¹.

Aunque pertenecen a reflexiones posteriores al contexto de la inmigración trasatlántica al país, estos conceptos ayudan a comprender las experiencias de los inmigrantes en torno a cómo es la relación entre sujetos (el plural refiere a la necesidad de contar, como mínimo, con dos agentes diferentes entre sí, pero que se requieren mutuamente para producir sentido en torno al conocimiento que se genera y mucho más al que circula en la sociedad), instituciones, lenguajes (expresado en una escala básica desde el más “especializado” hasta el más “universal”, tal como lo diferencia Pasquali —1980—), materiales y propuesta, esto es, con qué criterio e intención se conciben las distintas actividades planificadas y gestionadas alrededor de la comunicación de la ciencia.

En términos generales, “divulgación” es el concepto que tiene mayor ámbito de injerencia, “ya que comprende todo tipo de actividades de ampliación y actualización del conocimiento, con una sola condición: que sean tareas extraescolares, que se encuentren fuera de la enseñanza académica y reglada” (Marco y Lizcano, 2003).

“Difusión” refiere al “envío de mensajes elaborados en códigos o lenguajes universalmente comprensibles, a la totalidad del universo perceptor disponible en una unidad geográfica, socio-política, cultural, etc.” (Pasquali, 1980: 200).

“Enseñanza de las ciencias” refiere a practicar diferentes herramientas pedagógicas para facilitar su acceso a los alumnos, más allá de (pero siempre en vinculación con) lo ofrecido en la escuela (Hazen y Trefil, 1997: 46).

¹¹ A las formas mencionadas pueden agregarse: popularización, periodismo científico, diseminación, comunicación pública de la ciencia y la tecnología, percepción pública de la ciencia y las consideraciones derivadas de la teoría del déficit cognitivo; todos estos conceptos han sido desarrollados por la autora en diversos trabajos (principalmente su tesis de grado —defendida en 2008—, y artículos de revistas y ponencias, como los que se citan al final del capítulo —2010 y 2012—), en relación a la comunicación de la ciencia en contextos de crisis, innovación, desarrollo inicial o estabilidad.

CONCEPTO	EMISOR	RECEPTOR	LENGUAJE	PROPUESTA
Difusión de la ciencia	Científico	Determinado geográfica, socio-política y culturalmente	Universal	Científico
Enseñanza de las ciencias	Docente	Alumno	Adaptado	Científico
Divulgación científica	Científico	Masa	No académico	Extraescolar y científico

Una primera mirada del gráfico evidencia que el emisor primordial es el científico, con la única excepción de los docentes, que en relación a sus interlocutores —los alumnos—, igualmente detentan el lugar del saber institucionalizado, más allá de cómo fomenten la construcción de conocimiento en su propuesta pedagógica. En el caso de los daneses, esto se ve en las experiencias vinculadas a los espacios formales de educación (colegios dano-argentinos), cuya modalidad responde mayormente a las reglas generales del país en este ámbito.

Distinto es el caso de la difusión que, salvando las distancias entre el objeto y la emergencia del concepto, parece ajustarse mejor al perfil de eventos propios de los daneses, como el de los “8 Días”¹². Tal espacio es heredero de los *højskole* de Dinamarca y consiste justamente en una “vivencia de la educación” que aúna a la colectividad en torno al conocimiento de experiencias propias, antes que por una certificación de contenidos específicos. Allí, el lenguaje utilizado es “universal”, esto es, no intenta transmitir conceptos técnicos (si lo hace, los “traduce”) y su público es un colectivo relativamente homogéneo.

Finalmente, puede entenderse que entre los daneses circulaba algún tipo de divulgación científica, si consideramos especialmente aquella información a la que accedían por vías “mediatizadas”. En este caso, los mensajes no estaban dirigidos específicamente a ellos sino a la “masa” que consumía los mismos diarios y revistas que publicaban integrantes de la propia colectividad, pero sin la intervención de las lógicas y roles del periodismo científico.

Antes que ajustar las once situaciones seleccionadas a estas clasificaciones, lo que debe permitir este esquema inicial es la identificación de variables que puedan explicar qué sucedía con la participación de los inmigrantes daneses respecto de éstas y otras formas, estrategias y espacios de comunicación del conocimiento producido. Por ejemplo: ¿qué aportan en términos comunicacionales las memorias e historias de vida analizadas?

¹² Tal como se desarrollará más adelante, este evento se caracteriza por incluir en su programa charlas sobre diversos temas y experiencias contadas mayormente por profesionales y autoridades institucionales de Dinamarca y de la colectividad dano-argentina, tanto como actividades con dinámicas de juegos, comidas, sorteos, misas, música en vivo y bailes actuales y tradicionales, entre otros.

¿En qué documentos se apoyan los relatos biográficos de los pioneros? ¿Son informes? ¿Tienen gráficos los escritos de los inmigrantes? ¿Cómo contribuyen a este relato los intercambios epistolares?; luego, considerando el consumo de medios masivos, ¿Qué escuchaban en las radios? ¿Qué leían en los diarios y revistas? ¿Se ofertan materiales para la venta de aparatos o la asistencia a cursos en las publicaciones consumidas por daneses? Éstas y otras preguntas similares serán el insumo para organizar la información proveniente de la investigación de campo.

Entretanto, para comprender de forma más cabal estos cambios y contextualizar las experiencias seleccionadas en torno a nuestro objeto de estudio en sus tres dimensiones —producción, organización y comunicación— se desarrollarán brevemente en el siguiente capítulo las condiciones económicas, educativas, culturales y sociales que determinaron la llegada de los daneses al país y que permiten caracterizar el perfil socio-productivo específico de estos inmigrantes.

REFERENCIAS

- AGUDELO VANEGAS, Nelson A. (2015) *Unidad 1. Fundamento de Tecnología*. Documento del curso “Gestión de Recurso”, (UDEA, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. Disponible en: aprendeonline.udea.edu.co/lms/moodle/file.php/478/Capitulo_1/Basico/Lectura_1_Fundamentos.pdf (Consultado en marzo de 2016).
- BENNIKE, Johannes (1936) “Bellona og Manuelita”, En: *Danske Episoder ved la Platafloden*. Copenhagen: Nyt Nordisk Forlag · Arnold Busck, pág. 47.
- BJERG, María Mónica (1995) “Sabendo el camino o navegando en las dudas. Las redes sociales y las relaciones impersonales en la inmigración danesa a la Argentina, 1848-1930”, en BJERG, María y OTERO, Hernán (comp.) *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*. Tandil: Instituto de Estudios Histórico Sociales de la Universidad Nacional del Centro y CEMLA.
- BOURDIEU, Pierre (2000 [1997]) “Los usos sociales de la ciencia” Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión SAIC.
- CARVAJAL, Lizondo (2013) *Conocimiento incorporado y desincorporado*. Disponible en: www.lizardo-carvajal.com/conocimiento-incorporado-y-desincorporado/ (Consultado en marzo de 2016).
- COLLINS, H. M. y R. Evans (2007), *Rethinking expertise*, Chicago: University Press

- DE CERTEAU, Michel (1980). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana. México 1996
- FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, J. Manuel (2004) *Interdisciplinariedad en ciencias sociales: perspectivas abiertas por la obra de Pierre Bourdieu*. En: Cuadernos de trabajo social, ISSN 0214-0314, N° 17, pags. 169-193 Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- FUGL, Juan (1989 [1884]). *Memorias de Juan Fugl. Vida de un pionero danés durante 30 años en Tandil – Argentina*. Traducción de los manuscritos en danés existentes en la Biblioteca Real de Copenhague por Larsen de Rabal, Alice.
- GORI, GASTÓN (1964) *Inmigración y colonización en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires
- GUTIERREZ, Alicia B (1994) *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- HAZEN, Robert y TREFIL, James (1997) *Alfabetismo científico*. En: MARTINEZ, Eduardo y FLORES, Jorge (Comp.) “La popularización de la ciencia y la tecnología. Reflexiones básicas”, México, Fondo de Cultura Económica.
- KORNBLIT, Analía; VERARDI, Malena y BELTRAMINO, Fabián (2009) “El uso de las metodologías cualitativas en los estudios sobre drogadicción”, en MERLINO, Aldo (coord.) *Investigación cualitativa en Ciencias Sociales. Temas, problemas y explicaciones*. Buenos Aires: Cengage Learning Argentina.
- MARCO Roberto y LIZCANO Jesús (2003) *Entrevista con Manuel Calvo Hernando*. En: Encuentros multidisciplinares, Numero 13, Volumen V. Disponible en: <http://www.manuelcalvohernando.es/articulo.php?id=36> (consultado en mayo de 2013)
- MAZZARO, Cecilia (2012) “Relaciones institucionales para la comunicación pública de la ciencia”, en: Segundo Congreso Internacional de Comunicación Pública de la Ciencia (COPUCI) (ISBN: 978-950-609-074-6), Institución: Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y Universidad Nacional de San Luis, San Luis, Argentina.
- MAZZARO, Cecilia (2010) “Comunicar la ciencia. Perspectivas, problemas y propuestas”, en: *Psiencia. Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica* (ISSN 1851-9083), COBAND – AACP (Asociación para el Avance de la Ciencia Psicológica), Buenos Aires, Argentina, pág. 122-127. Disponible en: www.psiencia.org/index.php/psiencia/article/view/66/104 (Consultado en marzo de 2016).
- MAZZARO, Cecilia (2008) *Fronteras de papel. La ciencia expuesta a la comunicación pública*, tesis de grado publicada accesible en CDM – Biblioteca, Facultad de Pe-

riodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina.

PASQUALI, Antonio (1980) *Comprender la comunicación*. Caracas: Monte Ávila Editores. Segunda Edición.

PRIETO, Adolfo (1982 [1966]) *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

RAMELLA, FRANCO (1995) "Por un uso fuerte del concepto de red en los estudios migratorios", en: BJERG, María y OTERO, Hernán (comp.) *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*. Tandil: Instituto de Estudios Histórico Sociales de la Universidad Nacional del Centro y CEMLA.

SARLO, Beatriz (1997 [1992]) *La imaginación técnica*. Buenos Aires: Nueva visión.

LOS DANESES EN LA ARGENTINA

El marco legal y político que recibió a los inmigrantes transatlánticos en la Argentina, fue acompañado de otros contextos determinados por las condiciones económicas, educativas, culturales y sociales a las que los daneses debieron adaptarse y que terminaron por configurar tanto el mapa de su distribución como el perfil socio-productivo que los caracterizó en cada zona.

La situación económica

Hacia el último cuarto del siglo XIX, el fenómeno general europeo por el que la industria necesitaba nuevos recursos especializados, en Dinamarca no alcanzó a absorber a una población que crecía cada vez más y que no contaba con la posibilidad de heredar tierras si no se era el hijo mayor de aquellos que la poseían. Ante una modernización del país que se acoplaba al nuevo sistema económico, el campo y sus trabajadores – arrendatarios, pequeños agricultores, trabajadores rurales, en fin, la población mayoritaria del país en ese entonces-, las posibilidades señalaban o bien hacia las ciudades, o bien hacia otros países.

La primera opción tenía sus limitaciones: en las ciudades se encontraban tanto los *landarbejdere* y los *tyende* (peones y sirvientes), como los obreros y los artesanos que querían abandonarlas y ya habían encontrado insuficientes los lugares ofrecidos por nuevas industrias, que sólo proyectaban hacia el mercado interno. Es de destacar, sin embargo, que el largo proceso de emigración que partía desde Dinamarca se justificó no sólo por la situación económica sino porque la alternativa misma de la emigración se conformó como una posibilidad rentable y segura para los daneses. Según M. Bjerg,

Paradójicamente, la aceleración del movimiento migratorio parece haberse dado en una etapa de maduración de su economía, de salarios altos y de modernización productiva (...) Desde la década de 1870 (...) la inmigración se habría acelerado debido no tanto a la falta de empleo o a los bajos salarios sino (...) a causa del establecimiento de una tradición migratoria sustentada en una red de contactos interpersonales (2001: 37-39).

El reconocimiento de la emigración como una pauta cultural de esa época y lugar no es menor para esta investigación porque justificaría que a la Argentina no llegaron sólo sirvientes y peones sino también daneses especializados en oficios rurales y urbanos, e incluso profesionales calificados en disciplinas más alejadas de las tareas manuales, tal como se verá más adelante.

En términos económicos los 45 años que transcurren entre el primer y el tercer Censo Nacional (desde 1869 hasta 1914), la población destinada al sector primario (que era la que se procuraba incentivar, especialmente respecto de la actividad agropecuaria)

decreció hasta invertir el porcentaje mayoritario que tenía al inicio del período, para pasar a ocupar el último lugar en relación a los otros dos sectores:

El significado de la inmigración para la economía del país surge de manera muy clara cuando se examina la proporción de extranjeros en la población activa. En 1914, cuando los extranjeros en el país alcanzaban su nivel máximo, casi la mitad de las personas que intervenían en el proceso productivo habían nacido en el extranjero (...) La industria y el comercio son los sectores que cuentan con más alta proporción de extranjeros, siendo en cambio más reducido el porcentaje de los que intervienen en las actividades agropecuarias. Esta distribución funcional corresponde a la mayor concentración de extranjeros en las ciudades y en la región litoral (Germani, 1955: 136-137).

Sin embargo, esta concentración de la población extranjera en las zonas más urbanizadas del país no se corresponde con el caso de los daneses: tal como evidencia el último Censo Nacional realizado dentro del período de análisis (1914), de los 3.872 inmigrantes de esta nacionalidad, 2.181 se ubicaban en zonas rurales; de los restantes 1.691, 732 estaban en barrios de la Capital Federal. En este marco, el que los daneses se trasladaran a los campos y se hayan desarrollado como agricultores los acercaba al ideal del proyecto estatal argentino, lo que podría haber facilitado la relación con las autoridades, aunque esto no tuvo tanto impacto en la práctica.

El gran proyecto educativo

En lo referente a lo educativo el investigador y abogado argentino Alberto Sarrazone, estudioso de diversas colectividades asentadas en la Argentina, comenta en su obra *Inmigrantes y criollos en el Bicentenario* (2009) que

El otro gran objetivo de los forjadores de la unión nacional y de la Argentina moderna fue la educación gratuita, laica y universal para todo un pueblo que se multiplicaría por ocho en medio siglo. La gran mayoría de los inmigrantes prefería por entonces una buena educación para sus hijos antes que una educación étnica. Donde la oferta escolar del Estado aparecía, el número de alumnos de las escuelas comunitarias descendía hasta ser poco significativo o desaparecer (...) En forma esencial el sistema educativo contribuyó a forjar la integración y a eliminar las trabas que fueron surgiendo para reconocer a los inmigrantes y a sus descendientes sus derechos iniciales de habitante y el de ciudadano de pleno derecho y sin ninguna limitación (: 35 y 85-86).

La aceptación de los mecanismos formales de educación no estuvo exenta de desacuerdos y, de hecho, colectividades como la danesa conservan hasta el día de hoy instituciones de fuerte raigambre respecto de su país de origen. Igualmente, la integración de las minorías fue lenta y paulatina; por ejemplo, el Estado no ejerció presiones legales para que los extranjeros se asimilaran a la cultura local a través de la nacionalización.

Aunque más adelante se desarrollará de forma apropiada la concepción y organización que los inmigrantes daneses tuvieron respecto de la educación, es

importante resaltar aquí el nivel de intervención que tienen estos asuntos en la vida diaria, en el sentido de que prácticamente todas las situaciones están de alguna forma vinculadas a ella, desde la evaluación explícita de los sujetos según su formación, hasta el interés de la comunidad en generar espacios propios con dicho objetivo. Por ejemplo, parece singular dentro de la gran variedad de grupos migratorios que llegaron al país, que estos descendientes conserven como uno de sus eventos más tradicionales la ya mencionada fiesta de los “8 Días”, con una serie de charlas cuyo sentido de enseñanza es propio de Dinamarca y se trasladó a principios del siglo XX a los colegios dano-argentinos.

El encuentro cultural

El vínculo entre los inmigrantes daneses y los aspectos culturales locales es complejo para ser analizado en pocas líneas, pero Sarramone cita en su obra una teoría de interés para comprender la diferencia entre el panorama que se encontraron los pioneros y el de sus descendientes. Formulada por los estadounidenses Perry Duncan, Christine Galitzi y Philip Hitti en 1933, distingue las actitudes de tres generaciones de inmigrantes:

La primera generación es la de los recién llegados. La mayoría de ellos adopta algunas costumbres sociales y económicas del país receptor, pero formando grupos o instituciones étnicas para preservar la cultura de origen, con la cual naturalmente se sienten fuertemente identificados.

La segunda generación está conformada por hijos de inmigrantes, nacidos en el país receptor, que actúan como una generación puente, bajo la presión de tener que vivir en dos mundos; mantienen algo de la cultura familiar en ese ámbito, pero adquieren la del país receptor fuera de la familia (escuela, trabajo, etc.), lo que lleva a sus integrantes a convivir con una dualidad de costumbres y valores culturales.

La tercera generación es asimilada, ha cedido a las presiones de la sociedad receptora, por lo normal abandona parte de su vieja cultura y se mezcla del todo con la nueva, completándose así el proceso de integración en la cultura dominante.

Este análisis fue criticado por Marcus Lee Hansen, quien formuló la “Ley de Retorno de la Tercera Generación”, según la cual se produce una regresión por parte de sus nietos hacia la cultura original. Estos, afirmados en su pertenencia a la sociedad receptora nativa de ellos y sus padres, ya libres de complejos de sus progenitores, tienen ansias de conocer sus raíces, situación vivida cuando el traslado de las antiguas tradiciones no se ha operado, como en nuestro medio, en que nuestros abuelos casi no dieron a conocer no sólo los rasgos de la cultura que portaban sino, en muchos casos, ni siquiera el lugar de su nacimiento. En resumen: “Lo que el hijo desea olvidar, el nieto desea recordar” (2009: 81-82).

Esta teoría expone ciertos conflictos culturales, pero además habilita a pensar que, si el conocimiento es algo que se tiene a modo de pautas asimiladas con la cultura natal o local antes que con conocimientos acreditados, también su transmisión pudo haber estado afectada por aquellos conflictos. En ese sentido, sus estilos de vida, sus formas y espacios para vincularse y educarse son tan importantes como sus inventos o las técnicas y tecnologías producidas por ellos mismos.

Estas relaciones conflictivas o conciliadoras pueden pensarse igualmente entre las distintas olas de migrantes —es decir, las primeras generaciones de daneses instaladas en nuestro país y los que llegaban después—, ya que las segundas venían a un horizonte cultural similar al propio, lo que podría haber facilitado el despliegue de sus costumbres y modificar con ello las condiciones en las que establecían contacto con los grupos locales. En este aspecto Sarramone remarca la participación femenina como motor principal de este proceso:

[Las mujeres] debían atender las demandas de integración y el marco institucional del nuevo país, pero a la vez eran responsables del mantenimiento de las tradiciones europeas a través de la lengua, las canciones, las comidas, las vestimentas, etc., en el seno del hogar y en la comunicación con sus congéneres de la misma procedencia. Mantuvieron, también, excelentes relaciones con las mujeres criollas (2009: 61).

En efecto, el idioma constituye un elemento diferencial muy importante, en especial al estudiar colectividades como la danesa, cuyo lenguaje no tiene prácticamente punto de contacto con el español. Esto derivaría a simple vista en una clara desventaja en términos de comunicación e integración con otros actores del país receptor, pero contribuye en cambio a afirmar la identidad del grupo “al contener la particular cosmovisión de la cultura de origen, las normas, las coordenadas espacio-temporales y una cierta orientación afectiva hacia las cosas inicialmente pertenenciales” (Sarramone, 2009: 88).

Los lazos sociales de los daneses

Todas las condiciones y los rasgos identitarios mencionados hasta ahora implicaron que los pioneros del siglo XIX hasta la primera década del XX generaran vínculos diversos con los distintos grupos locales, que en más de un caso resultaron provechosos para ambas partes: con los indios (que veían al inmigrante como algo diferente al colonizador español y por ello establecían con ellos comercios en las fronteras), con los argentinos y otros inmigrantes (de los que en principio se diferenciaban excluyéndolos de sus asociaciones), con las autoridades municipales (donde tenían una participación relativamente baja en relación a las libertades de participación económica), y con las instituciones destinadas a los inmigrantes, como los hoteles de inmigrantes, que al igual que los agentes de propaganda funcionaban como intermediarios tanto de los contactos personales como institucionales.

Los últimos veinte años del período analizado encuentran a los daneses en un momento de entreguerras marcado por el incipiente desarrollo de instituciones académicas en el país, de expediciones movilizadas por la administración nacional, del acompañamiento de un proceso de modernización que trasciende nuestras fronteras y que

implica la introducción de elementos nuevos, tecnologías del transporte y la comunicación que modifican las percepciones y relaciones frente a la ciencia; ciencia que, sin embargo, se presenta con la autoridad de la objetividad “que lleva a los pueblos inevitablemente hacia el progreso”, tal como sólo pudo sostenerse hasta la Segunda Gran Guerra.

Las diferencias entre estos dos grandes periodos contribuyen a configurar el mapa de los lazos y redes sociales que determinaron la distribución de los daneses en nuestro país. Pero estas concentraciones no necesariamente formaron colectividades y en cambio desarrollaron distintos tipos de organización. Consultada al respecto, María Bjerg (2013) comenta que

En Dorrego, Lobería, Bahía Blanca no había colonias, no llegaron a tener una iglesia y demás. En algunos casos formaban una especie de ‘manchón étnico’ del partido o de la localidad, por ejemplo, porque estaban todos ubicados en la vecindad o todos arrendaban como vecinos en una gran estancia; entonces si bien no llegan a formar una comunidad sí conforman ese concepto que usan mucho los teóricos norteamericanos de “manchón étnico”. Y uno presupone, lo que es un error pero es muy difícil contrastarlo, que porque vivían todos cerca tenían sociabilidad.

Este punto sobre el que alerta la investigadora nos lleva nuevamente a resaltar la importancia de las experiencias de los inmigrantes porque en sus formas de transitar y contactarse con el otro se revelan las estrategias de comunicación y las disputas por determinado capital, en este caso, social. Se conoce a través de investigaciones de esta misma autora que

Entre 1871 y 1930 entraron a la Argentina 12.900 daneses. Sin embargo, sabemos por otras fuentes que la emigración desde Dinamarca hacia nuestro país se inició más temprano y que, por ejemplo, en el verano de 1860, llegaron a Buenos Aires unos veinte daneses que (...) iban a constituir la primera célula del asentamiento de Tandil, donde en 1869 vivían cuarenta inmigrantes adultos de ese origen (...) En la segunda mitad de la década del 80, el ingreso de daneses aumentó, y en 1889 se registró el record del siglo XIX con 394 arribos” (Bjerg, 2001: 32 y 66).

En efecto, gran parte de las colectividades danesas se encuentran en la provincia de Buenos Aires, en las ciudades de Tandil –que fue perdiendo paulatinamente la exclusividad como lugar de asentamiento-, Tres Arroyos, Necochea y, con la extensión de las vías férreas y el éxito regional cerealero, también se incorporarán Coronel Dorrego y pueblos como La Dulce, Lumb, Copetonas, San Mayol, Irene, Aparicio y Micaela Cascallares¹³.

Para visualizar de forma más completa la distribución de los puntos geopolíticos en los que los daneses tuvieron algún tipo de presencia (sea colonia o “manchón étnico”), se han mapeado las ciudades en las que se reconoce la presencia de habitantes daneses en

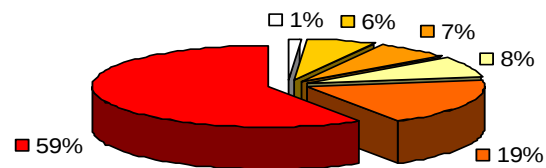
¹³ Se anexan a este trabajo las referencias al asentamiento de daneses en cada uno de los lugares identificados como sus destinos a partir de las biografías, entrevistas e investigaciones previas sobre la temática.

el país, a fin de evidenciar los niveles de concentración de esta población según el Censo Nacional de 1914. Tal Censo es el último que se realizó dentro del período estudiado —el siguiente es de 1947—, y es, en comparación con los de 1869 y 1895, el más detallado en términos de nacionalidad: en uno deberían ya haberse incluido los primeros daneses, pero la minoría que representaban aparece entre un diverso e indiferenciado grupo de 5860 europeos; el censo de 1895 arroja datos de interés (por ejemplo, que había entonces sólo 1638 naturalizados entre más de un millón de extranjeros), pero en términos de nacionalidades arroja una cifra del total (1417 daneses), sin especificar la zona en la que se asentaron. Además de corregir esto, el Censo de 1914 se acerca más al final del período analizado, lo que nos daría un panorama más acabado de zonas de asentamiento definitivas de daneses, considerando, claro está, que aún faltaba una década para contabilizar la totalidad de migrantes de esta nacionalidad durante la Inmigración Masiva. Ante este posible margen de error, se reconocen como fuente, además del Censo, los relatos de descendientes representativos de regiones ajenas a los núcleos de las comunidades dano-argentinas (Tandil-Necochea-Tres Arroyos, Eldorado, Bariloche) o de aquellas cuya presencia ya queda evidenciada en las autobiografías de pioneros (la Patagonia). En términos generales estas entrevistas han confirmado la distribución de los daneses en las zonas señaladas, aunque se han encontrado menciones de interés para contrastar con ese mapa, en especial las referidas a Mendoza y Santa Fe.

Finalmente, también se tuvo en cuenta la bibliografía referida a y por la colectividad respecto de las ciudades donde existieron o se reconocen aún instituciones vinculadas con los dano-argentinos.

Según el Censo Nacional de 1914, había en Argentina 3872 daneses, distribuidos en 24 de las 25 divisiones que entonces constituían nuestro territorio: Capital Federal, Provincia de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, San Luis, Santiago del Estero, Tucumán, Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca, Salta, Jujuy, Territorio del Chaco, Territorio del Chubut, Formosa, La Pampa, Territorio de Misiones, Neuquén, Río Negro, Santa Cruz y Tierra del Fuego, no hallándose ninguna referencia en el Territorio de los Andes. Entre las 24 divisiones suman 224 partidos donde hubo presencia de daneses, entre los cuales 180 remitían a 1-10 habitantes de esta nacionalidad. De los otros 44 partidos, los que tenían mayor concentración de daneses (100 o más) eran 6 y pertenecían a las provincias de Santa Fe y Buenos Aires: Rosario, Tornquist, Tandil, Necochea, Coronel Dorrego y Tres Arroyos.

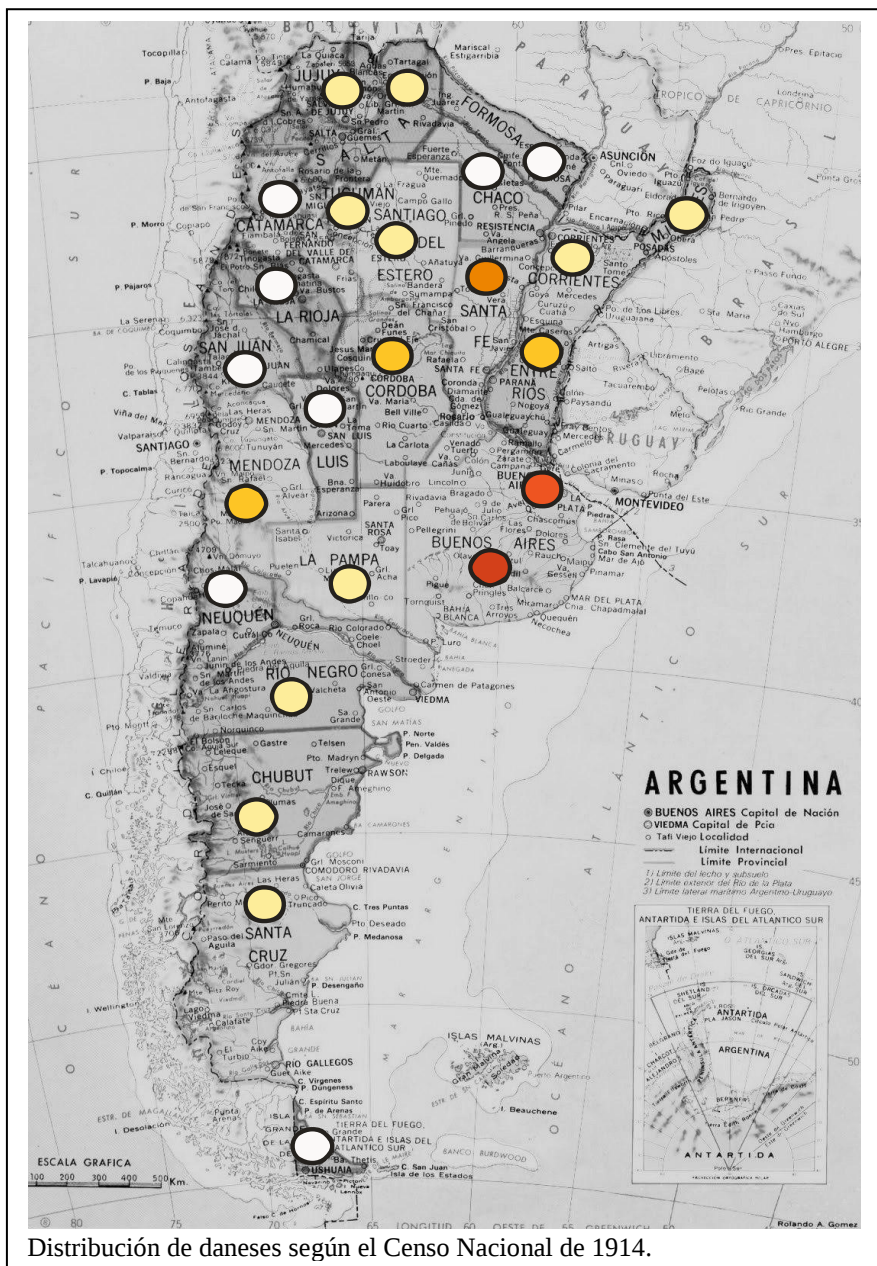
Distribución territorial de los daneses (en %)
(Censo 1914)



- La Rioja, Neuquén, Formosa, Catamarca, Tierra del Fuego, San Juan, San Luis, Territorio del Chaco
- Entre Ríos, Córdoba y Mendoza
- Santa Fe
- Territorio del Chubut, Río Negro, Territorio de Misiones, Salta, Santa Cruz, Corrientes, Jujuy, Santiago del Estero, La Pampa, Tucumán
- Capital Federal
- Pcia. De Buenos Aires

Pob. absoluta	Distribución por concentración de habitantes (áreas)
41	La Rioja, Neuquén, Formosa, Catamarca, Tierra del Fuego, San Juan, San Luis, Territorio del Chaco (de 1 y 10 hab. por provincia)
308	Territorio del Chubut, Río Negro, Territorio de Misiones, Salta, Santa Cruz, Corrientes, Jujuy, Santiago del Estero, La Pampa, Tucumán (entre 11 y 50 hab. por provincia)
249	Entre Ríos, Córdoba y Mendoza (de 51 a 150 hab. por provincia)
272	Santa Fe
732	Capital Federal
2270	Provincia de Buenos Aires
3872	





Distribución de daneses según el Censo Nacional de 1914.

Tal como se citaba más arriba, la distribución que marca el Censo es exhaustiva respecto de la concentración de población danesa en nuestro país, pero no es necesariamente representativa de los lazos conformados entre estos inmigrantes en términos de dónde se asentaron finalmente las colonias, en particular al llegar el final del período estudiado (1930). Las respuestas obtenidas a través de las entrevistas, sumadas a los datos relevados en bibliografía sobre el tema, ayudan entonces a completar el primer mapa. De esta manera se relativiza la importancia de algunos de los partidos mayormente representados en 1914, pero en especial facilitan la identificación de zonas específicas en donde los daneses, además de concentrarse, establecieron las comunidades dano-argentinas que perduran en la actualidad (en la zona de Tandil-Necochea-Tres Arroyos, Eldorado, Bariloche), tanto como aquellas que, aún sin llegar a institucionalizarse (probablemente debido a la baja cantidad de sus integrantes), desarrollaron tales lazos sociales que determinaron la existencia de experiencias de producción, organización y comunicación de conocimiento que fueron incorporadas ya no a la historia de una colectividad pero sí al propio relato biográfico.

El perfil socio-productivo de los daneses

El lugar donde se asentaron los daneses indica —por las características de su geografía y naturaleza, así como por el desarrollo industrial de cada región en la época estudiada—, un perfil general respecto de las tareas que desarrollaron para asegurar su subsistencia y crecer tanto económica como socialmente. Pero la pregunta sobre por qué y cómo llegaron allí requiere conocer la información con la que contaban sobre estos lugares.

Hacia las décadas de 1860 y 1870, las redes interpersonales se volvieron más densas, especialmente en la ciudad de Tandil, donde se encontraba ya un número importante de daneses afincados. Es entonces cuando empiezan a actuar otros intermediarios, amigos de amigos que favorecen la integración de daneses que aún no tenían familias en la Argentina pero que podrían encontrarse con coterráneos con los que compartir ámbitos, hábitos, idioma y costumbres al llegar a destino.

Entrevistada sobre este punto en particular, María Bjerg (2013) dice que

Para aquellos que venían a la Argentina sin demasiadas redes premigratorias, les es complicado asentarse porque a veces llegan acá y todos tienen que competir por hacer su capital relacional. Los que están más complicados son los que vienen sin redes premigratorias o con una red premigratoria muy débil, los que vienen sólo con información un poco incierta, de agentes, de cosas que han leído en el diario o una dirección de alguien a quien pueden ir a pedir trabajo, lo que se dice un “*friend of friend*”, ese tiene que salir a competir para armar su capital relacional. Ese capital es muy relevante porque eso es lo que estructura sus posibilidades laborales, porque básicamente la información es información sobre posibilidades laborales. (...)

Paradójicamente al que viene con lazos más débiles se le abre un horizonte mucho más amplio que al que viene con lazos mucho más fuertes.

Posteriormente se incorporarán a esta lógica migratoria otros agentes aún más alejados de las relaciones personales, pero que actuarán igualmente en el incentivo al poblamiento de estas tierras. El mecanismo de información a través de los agentes de propaganda ya estaba aceitado al iniciarse el siglo XX, y los potenciales migrantes se contactaban con ellos para facilitarles datos sobre referentes que pudieran otorgarles trabajo, así como los lugares más convenientes para asentarse. En ese aspecto, ya se prefiguraban como puntos neurálgicos de la colectividad las zonas cercanas a Tandil, Tres arroyos y Necochea.

Además, la presencia de pastores daneses en la nueva colonia constituía una demanda específica dentro de esta propaganda, tal como atestiguan las memorias del Pastor Meullengrandt:

Ocurrió entonces que un día de primavera de 1875 vi en un diario el aviso de un agente de emigración donde explicaba que el Gobierno Británico pagaba parte de los gastos de inmigrantes a Canadá (...) Me preguntó entonces por mi nombre y ocupación, le dije cómo me llamaba y que le iba a extrañar que fuera licenciado en Teología; no bien escuchó tal cosa, el individuo exclamó: pero entonces, ¿no quiere ir a Tandil y ser pastor ahí? Yo pregunté: ¿qué es y dónde está Tandil? En ese tiempo Tandil no era conocido por muchos en Dinamarca. Me contó que era un pequeño pueblo de la Provincia de Buenos Aires en la República Argentina y que había una colonia dinamarquesa que deseaba un Pastor y Maestro danés y a continuación relató que vivía con él un muchacho que se llamaba Juan Fugl, nacido en Tandil, con sus padres todavía allá. Era por supuesto, Juan Fugl hijo, que más tarde fue médico en Tandil (Rabal, 2001:4-5).

Esto significa que a partir de la década de 1880 la imagen positiva de Argentina como destino migratorio crece ya no sólo por la opinión de los daneses afincados en el país, sino por la actitud sistemática y formalizada de agentes de propaganda cuya actividad promovía el propio gobierno argentino. Según Bjerg, en los diarios daneses *Politiken* y el *Berlinske Tidende* (ambos de Copenhague) podían encontrarse las actividades de las congregaciones y de las instituciones étnicas de la comunidad (escuelas, clubes, bibliotecas), e incluso censos sobre los daneses que para 1900 vivían en la Argentina.

Ciertamente, el incremento de publicidad positiva sobre Argentina contrastaba también con algunas experiencias negativas de los pioneros que volvían a Dinamarca. Un ejemplo de esto se relata en la biografía de Adolf Petersen cuando indica el impacto adverso de las condiciones locales de trabajo en esta nueva población:

Era un lugar apartado. Eran 100 km hasta Tandil. En su mayoría se trabajaba con la población nativa de la región y con aquellos daneses que se apartaban de los círculos tradicionales. De los daneses que trabajan aquí nada menos que seis

desaparecieron, uno falleció, tres se suicidaron y dos se perdieron en sitios desconocidos. El durísimo trabajo y las condiciones de la naturaleza provocaron estas situaciones (Bækhøj, 2011:80).

Fuera de la provincia de Buenos Aires, en Misiones, la realidad era aún más dura para los pioneros. Nina Engwald (2014) cuenta cómo fue que al llegar a Argentina se dejaron llevar por los consejos de otros granjeros e invertir en maquinarias de un aserradero en el terreno conseguido en la selva misionera, pero al no tener un capital operativo tuvieron que abandonar todo en un galpón, usando esa tierra para cultivar legumbres. Sin embargo, esto no sirvió para abastecerse y su cuñado pronto volvió a Dinamarca, mientras que el marido y un amigo, salieron a probar suerte en otros trabajos.

Fuera de las biografías, los relatos de vida cuentan que en el norte argentino hubo daneses azucareros, empresarios de quebrachales y trabajadores ferroviarios [198, 199]; cultivadores de yerba en Misiones, de árboles en Entre Ríos, de frutos en Río Negro y de vid en Mendoza (Monrad-Hansen, 1940); en el centro-sur bonaerense y santafesino fue usual dedicarse a la producción láctea [98]; en las rutas interprovinciales del este nacional se cruzaban camioneros que transportaban mercadería y vendedores de cosechadoras inglesas, y el contacto con escandinavos en el Mar Argentino llevó a cazar ballenas en el sur a daneses que venían de trabajar en el campo como quinteros o cocineros improvisados.

Tal variedad de oficios, funciones y profesiones nos habla de una diversidad de formaciones y estrategias de inserción social y laboral, propia de un grupo migratorio que, más allá de dónde terminó concentrando sus colonias, se dispersó por todo el territorio de la República Argentina.

En efecto, el análisis de las fichas disponibles online en la Base de Emigración del Archivo Estatal de Dinamarca evidencia que las ocupaciones más referidas por aquellos que llegaron a la Argentina son: *landmand* (agricultor), *arbejder* (obrero), *tyende* (criado), *kontorist* (empleado de oficina), *kommis* (dependiente) y *smed* (herrero). Sin embargo, a esos oficios le siguen otros que se identifican como *tømrer* (carpintero), *købmand* (almacenero), *maler* (pintor), *ingeniar* (ingeniero), *mejerist* (lechero), *bager* (panadero), *bogholder* (contador), *lærer* (maestro), *sømand* (marino), *assistent* (asistente), *skomager* (zapatero), *agent* (agente), *farmaceut* (farmacéutico), *fotograf* (fotógrafo), *telegrafist* (telegrafista), *typograf* (tipógrafo)... y en menor medida, *arkitekt* (arquitecto), *saddelmager* (talabartero), *journalist* (periodista), *dentist* (dentista) y *korrespondent* (corresponsal). Todo este último grupo de oficios conforma una sexta parte de la cantidad de fichas relevadas.

Si contrastamos esto con las entrevistas, detectamos en ellas algunas de estas ocupaciones (sobre todo aquellas vinculadas al trabajo de campo, el comercio, la producción láctea, oficios como el de carpintería o herrería y el periodismo), pero aparecen también ocupaciones comunes relacionadas a lo gastronómico (cocinero, panadero), el

hospedaje (pensionista) y las tareas del mecánico, el tractorista y el esquilador. Además, hay un grupo que, aunque sea minoritario, representa otras funciones como las de técnicos o inventores, políticos, médicos, contadores, aviadores, artistas y radioaficionados.

La relativamente baja profesionalización de los daneses es un proceso que se profundiza con la inmigración masiva, en parte por las condiciones económicas de las que provienen, algo más precarias que las de sus antecesores, pero también porque el país se había posicionado como exportador de materias primas y era esa la actividad que se fomentaba desde el gobierno nacional. Consecuentemente con ello, el movimiento inmigratorio siguió la ruta de las posibilidades de desarrollo en el campo, dejando atrás centros urbanizados y marcando así un perfil laboral por el que coincide que en la primera etapa (los que fueron a Tandil) venían formados en oficios o profesiones urbanas, mientras que en la segunda etapa predominan los oficios rurales.

Hasta qué grado Argentina como país de agricultura se ha prestado para los daneses se ve por una enumeración hecha por la Legación danesa en Buenos Aires en 1923 resultando que había entonces 197 daneses que eran propietarios de tierra y 440 que eran arrendatarios de tierra en el país, poseyendo y arrendando respectivamente 139.000 y 365.000 hectáreas, números que han aumentado considerablemente en los seis años transcurridos desde entonces. La mayor parte de estos terrenos está situada en la Provincia de Buenos Aires, esencialmente en la zona de Tandil hacia el Norte hasta Necochea hacia el S.E y hasta Coronel Dorrego hacia el S.O. (...) Según la enumeración de 1923 no menos del 70 por ciento de los daneses en la Argentina se dedicaban, directamente o indirectamente (es decir, como jardineros, mecánicos, herreros, etc.), a la agricultura; el 14 por ciento eran empleados de oficina y negociantes; el 10 por ciento artesanos, y el resto tenían diversas ocupaciones. De las personas no ocupadas en la agricultura casi la mitad vivían en la capital de Buenos Aires (Monrad-Hansen, 1940:s/n)

Estas apreciaciones sobre la formación de los inmigrantes contribuyen a definir el perfil laboral y tecnológico de las colectividades danesas hacia 1920, en donde predominan el arrendamiento y la medianería de chacras que

a pesar de su tamaño, tenían sustanciales inversiones en tecnología, sobre todo en cosechadoras y cortadoras, lo que sugeriría que muchos de estos productores realizaban actividades económicas complementarias a las efectuadas dentro de la propia empresa, como la trilla por convenio, con la que los arrendatarios medianos completaban los ingresos provenientes del laboreo agrícola en sus propias chacras (Bjerg, 2001: 79).

Un dato interesante que se desprende de esta situación es que los pioneros no sólo debían lidiar con las condiciones de la tierra, sino que las inversiones en tecnología eran poco menos que una obligación para optimizar la producción y el progreso de sus estancias, con lo cual también se les aceptan las mejoras realizadas sobre el campo que arrendaban.

Ejemplificadas en todas las investigaciones citadas, y en las entrevistas y relatos biográficos que se analizarán más adelante, aparecen situaciones respecto de cómo se enseñaban las tareas y las tecnologías, observando tanto habilidades como limitaciones de los daneses en comparación con los locales u otros colonos.

En el capítulo que sigue a continuación, se verá qué lugar ocupaba la formación profesional o de oficio en las estrategias de inserción de los inmigrantes daneses a la Argentina y las situaciones concretas que, en la diversidad de experiencias que tuvo una colectividad geográficamente dispersa pero biográficamente concentrada, permiten identificar la forma en que producían, organizaban y comunicaban su conocimiento.

REFERENCIAS

- ADAIR, Martín Alejandro (comp.) (2003) *Nuevas historias de la Patagonia vieja. Escritos olvidados de un pionero de la Patagonia profunda*, Ushuaia: Zaguier & Urruty Publications, Argentina.
- BJERG, María y OTERO, Hernán (comp.) (1995) *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*. Tandil: Instituto de Estudios Histórico Sociales de la Universidad Nacional del Centro y CEMLA.
- BJERG, María Mónica (2001) *Entre Sofie y Tovelille. Una historia de los inmigrantes daneses en la Argentina (1848-1939)*, Buenos Aires: Biblos.
- BÆKHØJ, Lars (1923) "De Danske Nybygder I Argentina". En *Danmarksposten*, Año 4, págs. 194-202.
- BÆKHØJ, Lars (1948) *Danske i Argentina*. Traducción de Svend A. Buus (Sin publicar). Copenhague: Det Danske Forlag.
- ENGWALD, Nina Raben de (2014 [1938]). *Eldorado. 20 años en Sudamérica*. Traducido por Alicia Dick Engwald. 2da Edición. Editor: Raúl Wals Engwald, Argentina.
- FUGL, Juan (1959) *Abriendo surcos. Memorias de Juan Fugl 1811-1900*. Selección y traducción de Baekhøj, Lars Buenos Aires: Edición Altamira.
- GERMANI, GINO (1955) *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*. Buenos Aires: Editorial Raigal. Edición facsimilar de Ediciones Solar, Buenos Aires, 1987.
- HALVORSEN, Patricia (1999 [1997]) *Entre el río de las vueltas y los hilos continentales*, Buenos Aires: Editorial Vinciguerra.
- MADSEN, Andreas (2005 [1948]) *La Patagonia vieja. Relatos en el Fitz Roy*, Ushuaia: Zaguier & Urruty Publications, Argentina.
- MEULLENGRADT, Oscar (1923 [2001]) *Memorias del Pastor Meullengradt*. Traducidas por Norberto F. Rabal, Tandil, Argentina. Sin publicar.

- MONRAD-HANSEN, K. (1940) "La inmigración danesa en la República Argentina". En: revista *Dinamarca Publicación de la "Liga Pro Ayuda a Dinamarca"*, Julio, Nº 1. Buenos Aires, Argentina.
- SARRAMONE, Alberto (2009) *Inmigrantes y criollos en el Bicentenario*, 1edición, Buenos Aires: Ediciones B., Colección No Ficción| Historia.

Documentos Oficiales:

- Primer Censo de la República Argentina verificado en los días 15, 16 y 17 de septiembre de 1869*. Buenos Aires: Imprenta del Porvenir, 1872.
- Segundo Censo de la República Argentina. Mayo 10 de 1895*. Buenos Aires: Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1898.
- República Argentina. Tercer Censo Nacional. Levantado el 1º de Junio de 1914*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía, 1916.

Fuentes de internet:

- Base de Emigración del Archivo Estatal de Dinamarca (Data from DDD Emigration Database): www.emiarch.dk/search.php?l=en
- Observatorio de Colectividades (sitio del gobierno de la Ciudad de Buenos Aires): www.buenosaires.gob.ar/derechoshumanos/observatorio/
- Pueblos de Santa Fe: www.geocities.ws/pueblos_de_santa_fe/colonias-pueblos.html

Entrevistas:

- María Mónica Bjerg, investigadora del CONICET y profesora de Historia Social General de la UNQ, 2013.
- Alberto Sarramone, abogado argentino especializado en estudios sobre colectividades europeas en Argentina, 2014.

EL CONOCIMIENTO EN LOS RELATOS BIOGRÁFICOS

Hombres y mujeres daneses debieron desarrollar diversos oficios al llegar a una Argentina que aparecía inexplorada por estos inmigrantes, ya que los primeros no contaban con la contención de la colectividad para facilitarles la tarea y asumieron en cambio como su responsabilidad ayudar a los que vinieron luego. Hubo entre ellos productores de alimentos cuyo rubro iba cambiando a medida que se trasladaban a otras partes del país, lo que no siempre les significaba un ascenso social —como en el caso de los estancieros—, pero sin dudas habla de una gran adaptabilidad al medio. Hubo constructores que se dedicaron al menos un tiempo a construir viviendas y perfeccionar los materiales para hacerlas más resistentes al clima y la geografía local. Hubo también quien se acopló a los trabajos ferroviarios, comerciantes cuya mercancía era tan importante como el punto de encuentro e intercambio de información que ofrecían sus negocios, mecánicos dedicados que armaban y arreglaban cosas en sus talleres particulares y hasta inventores de cosas que solucionaban problemas cotidianos, tales como levantarse a tiempo. También hubo profesionales (médicos, por ejemplo), pero en general “ellos tenían las manos nada más, las manos y la cabeza. No tenían estudio” [206].

Un repaso por las primeras tareas que debieron emprender los daneses para asentarse en territorio argentino nos ayuda a comprender las condiciones materiales y el contexto social en el que estos inmigrantes se constituyen como sujetos que traen un determinado conocimiento sobre cómo se hacen las cosas y lo ponen a prueba en otro ambiente, lo adaptan o lo descartan, y estudian nuevas variantes. No es, en principio, más de lo que les exige la supervivencia, pero en las decisiones que toman cotidianamente se perciben los criterios para priorizar tareas (en base a valores y a urgencias materiales), cómo alcanzaron los resultados deseados, con quiénes establecieron los primeros lazos (y en ese sentido, a quiénes buscaron para que los asesore o ayude a progresar en los primeros momentos), de qué modo quedaron expresados sus éxitos y fracasos.

Lo que se refiere a continuación son algunas primeras (y tal vez primarias) narraciones que dan cuenta de situaciones comunes en muchos relatos biográficos y que por tanto ayudan a definir los contextos según la época y lugar que facilitaron posteriormente las experiencias educativas, la construcción de una vivienda típica, los modelos de producción de alimento en los que los daneses dejaron su huella particular y hasta las formas de organizar y comunicar el conocimiento construido. La pregunta es, en este sentido: ¿qué tipo de experiencias de los pioneros daneses en Argentina caracterizan a los relatos biográficos sobre producción, organización y comunicación de conocimientos profesionales y técnicos por parte de la colectividad?

A continuación, algunas respuestas.

▪ ***Los daneses en las sierras y la pampa bonaerense***

Origen la inmigración: década de 1840

Establecimiento de la colonia: hacia 1870

Los inmigrantes daneses en la Argentina fueron, durante los primeros años, casos prácticamente aislados, pero en los que podía detectarse algún tipo de especialización profesional o de oficio urbano que les significó un capital relevante para asentarse donde demandaran esa formación. Por ejemplo, el Doctor Jacobsen recibe al tiempo de su llegada, hacia 1848, una oferta para trabajar como médico —tal era su profesión—, en Barrancosa (200 km al sur de Tandil), sin necesidad de dar el examen de revalidación en la Universidad de Buenos Aires. Juan Fugl era conocido de este médico y lo acompaña para ayudarlo con la carpintería necesaria para la construcción de su casa, con lo que se hizo fama de buen carpintero; por esta razón es que una lugareña le dice un día que “un buen carpintero como yo debía establecerse en Tandil, donde no había ni carpinteros ni artesanos y donde, seguramente, ganaría bastante dinero” (Fugl, 1959:31-32). Pero Juan Fugl no traía oficio de carpintero, y de hecho, su primer trabajo en Argentina fue como lechero hasta que en 1846 un decreto del gobierno prohibió ese oficio para los extranjeros.

En la generalidad de los primeros inmigrantes, esta educación sobre la práctica se complementaba en el trabajo con el aprendizaje de las tareas y oficios a cargo de los propios empleadores o compañeros. En empresas como las ferroviarias eran contratados “porque tenían mejor nivel de instrucción que la población común argentina, hasta Sarmiento” [70]. El contar con una educación pública superior, aún si no era universitaria, constituía un capital importante para conseguir estos puestos de trabajo y en ocasiones el conocimiento circulaba por espacios extralaborales “en la parroquia o en las casas” [70].

Por ello adquieren importancia los espacios de intercambio de información, que los daneses parecen haber reforzado en todos los lugares en los que se asentaron, promoviendo la integración de sus coterráneos. Es por ejemplo en los comercios daneses donde se encuentran para discutir cuestiones de la colectividad, asuntos sociales y familiares, pero también sobre la administración de recursos, los problemas o mejoras de la producción, etcétera. En este caso, lo que se disputa es el conocimiento sobre lo local y esa búsqueda de información empieza ya en Buenos Aires:

Christian Sommer vivía y tenía venta de sombreros y artículos de hombre en la calle principal “Calle Rivadavia”, donde fuimos recibidos con la hospitalidad más cordial. Su negocio era el punto de reunión de todos los daneses, donde todo lo atinente a ellos se conocía y eventualmente se comentaba. En el negocio vi y traté con varios daneses cuando nos visitaban en casa de Sommer, a algunos visitamos nosotros, entre ellos el Dr. Lausen y al Cónsul Christophersen y a su compañero de escuela P. Malling, que había trabajado como ingeniero hidráulico en Aarhus, lo encontré en Buenos Aires (Meullengradt, 2001:12-13).

Una vez ubicados en las zonas donde se iría asentando la primera colonia danoesa, esos lazos que de alguna manera habían tendido más a fortalecer el capital social antes que el económico, viraban hacia este último por la legítima necesidad de supervivencia y la de encontrar un trabajo sustentable.

Cuando Fugl consigue tierras, por ejemplo, se dedica a producir y comercializar cercos y combustibles. La plantación de sauces es señalada por él como “una industria que en esos años daba buena ganancia”, y con el fin de vender esa madera, divide la plantación en cinco secciones, a fin de cortar una cada cinco años.

Los troncos de sauce se empleaban para postes de alambrado, que ya había comenzado a usarse para cercar corrales y potreros, pues el sauce era más resistente que el álamo. Un estanciero me consultó acerca de cuántos años, a mi parecer, duraría un poste de sauce, pues había arrendado un campo (...) Le aseguré que fácilmente durarían los cuatro años y entonces se decidió a emplearlo. Muchos siguieron su ejemplo de modo que yo pude vender a buen precio todos los postes que producía la plantación, visto lo cual otros se decidieron a hacer plantaciones de sauce y álamo” (Fugl, 1959:115).

Aquí la comunicación de los beneficios de la madera no sólo implicó el reconocimiento de una mejor técnica (como aparecerá también en el caso de la construcción de viviendas), sino una oportunidad económica que el pionero potenció con su sistema de plantación y luego la ampliación del comercio al sumarse más productores a este rubro.

Pero el uso de este material no quedó sólo en la venta de postes. Eventualmente se empezó a usar también como combustible para las cocinas, porque las amas de casa preferían eso al utilizado comúnmente hasta entonces: excremento de vaca o de oveja. En este caso la forma habitual era cortar pedazos manuales de la capa de estiércol que se acumulaba en los corrales para quemarlos en fogones abiertos.

En estos relatos lo que se evidencia también es que en la producción de un bien relativamente novedoso (ya sea por el material, como por el modo o proceso para producirlo, o el uso y función que se le incorpora) establecen relaciones con personas que ya no son sus coterráneos y en ese sentido, los lazos están claramente marcados por su funcionalidad en el proceso de producción, antes que por un vínculo de nacionalidad con los daneses o con la misma Dinamarca. De hecho, la socialización con peones o encargados locales, fueron útiles a los inmigrantes para aprender, por ejemplo, sobre el manejo y cuidado de los caballos y, ante la precariedad de las herramientas, también aprendieron a quiénes debían recurrir para hacer determinados trabajos:

Por un precio irrisorio, una tercera chacra le fue cedida por la ciudad. En ellas comenzó a sembrar trigo, pero la situación en ese tiempo era difícil. Las herramientas e implementos apropiados no existían. El primer arado que él mismo buscó en la ciudad lo trajo consigo a horcadas a caballo (...) Los implementos para la tarea de la cosecha no eran mucho mejores. El trigo se guadañaba con la hoz. La

mejor gente que había para este trabajo eran los santiagueños (Santiago del Estero) (Bækhøj, refiriéndose a Adolf Petersen, 2011:29).

Finalmente, ya asentados en las ciudades y con la colonia dano-argentina firmemente conformada, los lugares de producción, organización y comunicación del conocimiento se fueron transformando en espacios más específicos para el desarrollo de estas tareas. Caso típico es el taller construido en un galpón trasero, en donde sobre todo la presencia masculina —a través de padres, abuelos o empleados varones— evidencia la constitución de un lugar de trabajo separado pero en relación con el resto de la casa. Allí el aprendizaje es temprano y comienza desde el juego: divertirse con las herramientas o fabricando cosas. En estos casos no aparece el hombre como maestro de los niños, sino como facilitador de espacios para que los niños vean, toquen y aprendan a trabajar herrería o mecánica. Por su parte, el adulto usaba este espacio para aplicar lo aprendido en revistas como *Mecánica Popular* [85] y en general eran personas a las que les interesaban múltiples cosas: “vendía cosechadoras, corría carreras de autos, hacía magnetos y sacaba fotos aéreas desde los aviones” [219]; “los que tenían un poquito de habilidad técnica eran constructores, herreros, mecánicos (...) tenían muchas herramientas en sus casas” [226]; “uno había inventado un tipo de ladrillos, un sistema con el que hicieron casas en Mendoza” [225].

Por supuesto, la capacidad técnica o de inventiva no dependía únicamente de estos espacios ya que, aunque son más eventuales, también se pueden encontrar anécdotas como la de Knud. C. Buus, quien

como no tenía dinero para pagar la engavillada, debía amontonar él mismo todo el cereal cortado durante el día. Sólo contaba con cuatro o cinco horas para el sueño y el descanso, y entonces no escuchaba el despertador a la madrugada. Sin embargo se las ingenió de la siguiente manera para despertarse: pasó un piolín por una roldana fijada al cieloraso, conectando una punta al despertador y atándolo a una de sus muñecas. La otra punta estaba atada a una pesa de 4 ó 5 kilos. Cuando sonaba el despertador, zafaba el hilo y caía el peso, levantándose uno de los brazos que al rato le empezaba a doler. El método era infalible (Buus, 1947).

En general, el carácter de técnico o inventor de los daneses estaba atado a una gran capacidad de lectura de libros y revistas de toda índole, tanto como de observación y experimentación. En este sentido es importante resaltar que en los casos mencionados es explícita la referencia al interés de estos técnicos en reflexionar sobre su práctica, registrar lo que veían o aprendían y mostrar lo que hacían.

▪ **Los daneses en la Patagonia**

Origen la inmigración: década de 1900

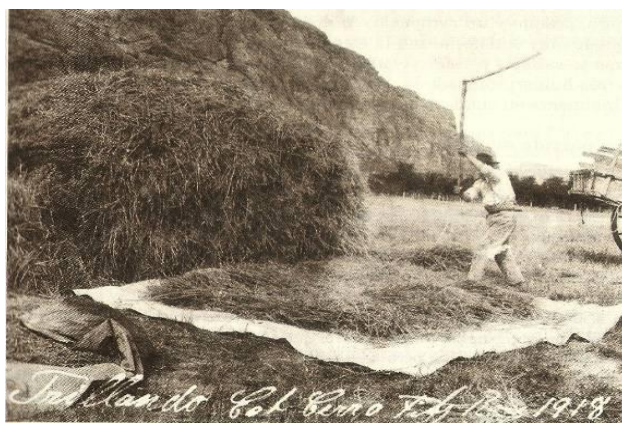
Establecimiento de la colonia: posterior a la década de 1940

Tal como sucedió en las colonias asentadas en Buenos Aires, el grupo de daneses que llega a la Patagonia a principios del siglo XX lo hace más que nada motivado por los relatos que hacen sus coterráneos al volver eventualmente a Dinamarca y en este sentido son aventureros que buscan vivir una experiencia diferente a la que les ofrece su país, aunque raras veces se menciona algún danés “ricachón”: en general esa palabra tiene una connotación negativa por parte de los autores de las biografías (Andreas Madsen, Magnus J. Lauring) y cuando se describe a los daneses que se van encontrando en el camino lo hacen a través de su profesión o del motivo del viaje. Igualmente, se evidencia en este grupo inmigratorio la característica de que no todos desarrollaban en Argentina el oficio o profesión que habían aprendido en Dinamarca:

Nosotros tres no éramos los únicos daneses. Éramos ocho en total. El amigo de Madsen y su señora viajaron también con nosotros; además del hijo de un ricachón; un topógrafo; y una dama que viajaba a ver su marido, que era capitán de un barco en Valparaíso (...) En la estancia había un danés que se llamaba Hans y un finlandés que se llamaba Ejnar Ramström. Hans era mercader en Dinamarca pero aquí sólo era un peón. El finlandés era mecánico y trabajaba aquí como herrero (Lauring, 1985).

Lo que se percibe tanto en la cita anterior como a lo largo de las autobiografías es una mayor interrelación entre los daneses y gente de otras nacionalidades; en especial, además de los gauchos locales con los que compartirán muchas tareas en las estancias, se vinculaban con noruegos, finlandeses y británicos. En ocasiones tales relaciones se daban porque eran quienes habían llegado antes los que contrataban a los europeos por sobre los nativos; en otros casos, las tareas que realizaban llamaban la atención de los lugareños y entonces “aunque siempre teníamos prisa, nos dábamos buen tiempo cuando venían visitas. La gente tenía curiosidad de ver como los gringos habían hecho la pileta” (el relato de Lauring refiere a la pileta para bañar y desinfectar a las ovejas).

En cualquier caso, el modo de trabajar parece ser un factor a través del cual se adquiriría un cierto reconocimiento que en mucho dependía tanto de los saberes aprendidos como del ingenio para ponerlos en práctica.



ANDREAS MADSEN TRILLANDO AVENA A LA DINAMARQUESA EN ESTANCIA FITZ ROY, 1918.

La foto fue obtenida de la autobiografía de Andreas Madsen y, aunque en el texto no se describe nada al respecto, el epígrafe habla de un modo de trillar avena “a la dinamarquesa” lo que probablemente adjetiva más la fuerza física del campesino que una tecnología particular del país. En este sentido es relevante que Madsen, quien llegó a la Argentina por sus capacidades como marino, se inició desde muy pequeño trabajando en distintos campos de Dinamarca, en situaciones de extrema pobreza que lo llevaron a huir de la casa donde trabajaba y alejarse de su familia. Al forjar su lugar en nuestro país, recurrió a esos conocimientos aprendidos de niño, aunque, probablemente, ya hubieran sido modos superados para la época.

La extrema precariedad de recursos materiales para la subsistencia de algunas zonas de la Patagonia puso a prueba a muchos de los daneses que emigraron allí, evidenciando algunos casos notables, como el del mecánico Hans Víctor, que trabajaba con Andreas Madsen:

Podía hacer de todo: herrero, carpintero, bueno para toda clase de mecánica, y muy ingenioso. Fabricaba cosechadoras y aserraderos. Un hombre muy útil en esos campos (...) El sabelotodo, Hans Víctor, construyó una “bolsa a viento” para que nosotros mismos pudiéramos trabajar con herrería, pero nos faltaba carbón para el horno, ya que era difícil y caro de conseguir. Entonces hicimos carbón nosotros mismos. Juntamos un círculo de palos verdes, con fuego adentro, y lo cubrimos con tierra, dejando dos salidas, una en cada lado, para que tomara aire. Cuando el fuego prende, se cubren las salidas y todo se ahumea hasta que la madera verde se hace carbón y de la mejor calidad. El taller de madera que él hizo era tirado por un coche, levantándose la parte trasera donde una de las ruedas, cuya yanta se había sacado, funcionaba como rueda-motor. Un serrucho redondo que también hizo, era tirado por el coche, por lo que ahora se podía serruchar maderas en largos pedazos. Sólo necesitábamos un serrucho grande para el trabajo más duro. También hizo una mesa movediza, y hasta muebles como una artística mesa para gramófono (Lauring, 1985).

Ciertamente, y al contrario de lo que sucede en las otras dos regiones, para este grupo de daneses no son los negocios sino ciertas estancias u hoteles de los coterráneos —como la Estancia Fitz Roy y La Primera o el hotel de Jensen y el de Brodersen en Santa Cruz (Madsen, 2005 y Lauring, 1985)-, los que funcionan como punto de reunión e intercambio de información sobre la colectividad.



Desde aquel invierno en que Ejnar Ramström y yo empezamos la casa, se había agrandado ahora en una hermosa cocina donde la Sra. Madsen mandaba junto a sus mucamas. También había obtenido un molino a viento que traía el agua a un tanque, que la llevaba a la cocina. De esa manera levantaron entonces una linda y pequeña estancia. El ambiente dentro de la casa era lindo y agradable y muchos aprovechaban su hospitalidad. No solamente daneses o escandinavos, pero también alemanes e ingleses. Andro dominaba perfectamente el español y el inglés y un poco el alemán. La Sra. Madsen era muy popular ¡Cuanta gente de todas nacionalidades se habrán sentado a su cocina al lado del cálido horno a tomar mate con ella! Aunque no le gustaba tomar mate. Pero el no tomar mate era mal visto y por eso ella tomaba. Por la noche tocaban el gramófono en la sala de estar, mientras que nosotros aportábamos con la industria casera como el cardado e hilado de lana, bordado y tejido, como también productos de tejidos terminados que se usan en vez de cinturones (Lauring, 1985).

Estos espacios de reunión son relevantes para analizar dónde y cómo se conforman los lazos que facilitan la construcción de un conocimiento colectivo. No es menor, en este sentido, que dichos lugares conjuguen, por un lado, la presencia de personas que hablaran distintos idiomas —español, alemán, inglés y por supuesto, danés—, saberes que les facilitaban a su vez el diálogo con noruegos, suecos y finlandeses; por otro lado, estos lugares usualmente estaban equipados con modernos aparatos tecnológicos que facilitaban las tareas diarias en la cocina (el mismo autor cuenta de otra casa danesa donde “en un rincón había una cocina vieja y oxidada, un objeto de lujo que no se situaba en todas las cabañas que componían de cocina por estos tiempos. Ni siquiera hoy”), pero también ayudaban a generar un clima de distensión y comunión dado que, por lo que indican otros relatos de los pioneros daneses en la Patagonia, el gramófono solía reproducir música escandinava.

De igual manera, la ausencia o presencia de algunas tecnologías disponibles en la época habla de las decisiones que se tomaban sobre ellas, en el sentido de cuáles eran priorizadas y por qué razones, necesidades o urgencias:

En un momento pensamos hacer un taller de electricidad, ya que la corriente que corría por detrás de la casa, se podía tranquilamente hacer correr un cable para tirar un dínamo. Pero esto nunca se hizo. Se construyó un galpón grande y amplio para la esquila en vez, donde se instaló un flamante compresor de lana. También se construyeron nuevos corrales para caballos y ganados, además de un tambo para terneros (Lauring, 1985).

▪ ***Los daneses en la selva misionera***

Origen la inmigración: década de 1920

Establecimiento de la colonia: inicios de 1930

La situación de los daneses en Misiones era, en muchos aspectos, muy diferente a la de los otros pioneros, en parte por la época en la que empieza a impulsarse el asentamiento de colonias en la región, y en parte por las condiciones climáticas y geográficas, que habilitaban por ejemplo a otro tipo de dieta y de producción de alimentos, detalle no menor si tenemos en cuenta que esto incorporaba a las mujeres como agentes centrales del intercambio de conocimiento que ello requería:

Aquí había grandes plantaciones de naranjas, mandarinas y bananas y abundancia de fruta. Habíamos aprendido a hacer nuestra propia mantequilla con la ayuda de unas sencillas varillas y ahora la comida podía ser más variada (...) Era muy gratificante visitar a los compatriotas o recibir sus visitas. Cuando los hombres salían a ver a los animales y las plantaciones, las mujeres nos poníamos a conversar sobre cosas de nuestro país: "Tendría que haber visto cómo era al principio. Era muy duro —me decían— No se podía comprar nada. El pan de maíz lo amasábamos afuera en el desmonte entre dos gruesos troncos donde había que hacer primero el fuego, luego apartábamos un poco las ramas y sobre la ceniza caliente con un poco de braza poníamos el pan en moldes que luego tapábamos nuevamente con ceniza caliente. El pan salía buenísimo pero era un proceso muy complicado" (Engwald, 2014: 48 y 112-113).

Ciertamente, este tipo de producciones de las que no se encuentra detalle en las biografías referidas a otras colonias, también estaban acompañadas de experiencias comunes a todas ellas. En este caso, es la misma Nina Enwald quien cuenta su desempeño en la producción láctea:

La pobre vaca fue ordeñada entre cinco y seis veces aquel día, pero después de unos días fue mucho mejor para mí, y me dio una gran satisfacción cuando por primera vez llevé el cubo lleno de leche al vagón (2014:67).

Al igual que en los relatos de los pioneros asentados en la provincia de Buenos Aires, también en Misiones fueron los comercios los primeros puntos de reunión para intercambiar información relevante:

En el almacén del puerto nos encontrábamos con otros colonos, para recibir lo que el barco había traído de diarios y cartas, para preguntar cómo estaban las distintas familias, para escuchar sobre adelantos o fracasos en nuevos planes o nuevas formas de combatir la selva, etc. Todos, sin excepción, nos llevábamos bien. Todos éramos iguales en la selva, ya sea campesino, artesano, oficinista, o ingeniero con buen título, lo que habíamos emprendido era nuevo para todos (Johansen, 2009:85).

Aunque puede relativizarse esta igualdad de condiciones por la presunción de que, por ejemplo, en caso de necesitar construir un molino sería lógico requerir antes el ingeniero que el oficinista, se repite aquí la pauta patagónica de que al iniciarse las tareas destinadas a conformar un capital económico o un trabajo sustentable, los lazos dejan de establecerse únicamente con coterráneos y pasan a conformarse con gente local o incluso es más evidente el diálogo con otras colonias. De estos “otros”, los niños dano-argentinos aprenden mejor el idioma castellano y actividades que requerían un saber local como

montar a caballo “a pelo” igual que los nativos y hacían cuerdas con las enredaderas y aprendieron a arreglarse con lo que tenían a mano en puro estilo “cowboy”. Podían enlazar con gran habilidad los caballos del corral donde a veces los peones tardaban bastante, y ensillaban los caballos con mucho más entusiasmo que si tenían que hacer una manualidad (Engwald, 2014:128).

Una particularidad de los pioneros daneses en Misiones es que migraron en una época marcada por la técnica, en particular por el incremento de publicaciones de divulgación sobre mecánica y el desarrollo de la radiodifusión. Tales avances llegan tardíamente a esta zona, pero cuando lo hacen, los inmigrantes actúan de manera similar a como actuaron quienes vieron llegar el progreso en la porteña ciudad de Buenos Aires: dentro de sus posibilidades, estudiaban los fundamentos físicos y mecánicos de los aparatos que construían y las máquinas que arreglaban. De esta manera la autobiografía de Oluf Johansen cuenta cómo construyó la primera radio en los alrededores de su comunidad y cómo ello cambió los tiempos y las rutinas, siendo que antes de que los programas radiales marcaran las horas

No teníamos un horario determinado de trabajo, por la buena razón de que aún no había relojes. Tampoco los extrañábamos, debido al calor: comenzábamos a trabajar a la salida del sol y terminábamos cuando el sol bajaba. El descanso del mediodía lo adecuábamos a lo largo del día, o a la importancia del trabajo. Si bien instalábamos relojes de sol, que no eran más que un palo paralelo al eje de la tierra apuntando a la Cruz del Sur, solamente nos señalaba las horas del día, jamás los minutos (Johansen, 2009:124).

En el contexto que relatan estos migrantes, “habíamos comenzado tan pobremente que todo lo que se nos podía ocurrir debía ser para adelantar y mejorar”; “estaba todo por hacer y por mejorar, cualquier mejora era un invento [85].

Así contextualizados, los tres tipos de experiencias muestran, en principio, un orden particular en cuanto a sus prioridades para constituirse como grupo migratorio o incluso como colectividad.

En este sentido es útil resaltar que para los que se asentaron en Buenos Aires el contar con un título (profesional o al menos de educación pública superior) o un oficio era la “tarjeta de presentación” a los fines de vincularse con otros daneses; luego, la urgencia de autoabastecerse los lleva a desarrollar tareas más comerciales en las que podían generar o aprovechar oportunidades económicas y ampliar el mercado si acaso incrementaban las ventas o las utilidades del bien que producían. El reconocimiento de una mejora en las técnicas de trabajo o en la calidad del bien o material incrementaba a su vez los lazos sociales que el danés establecía con los otros pobladores. En otros términos: el capital cultural de los inmigrantes habilitaba el acceso a poseer capital social, que a su vez facilitaba el desarrollo del capital económico y, en consecuencia, podía obtenerse mayor capital simbólico.

El aspecto económico es el que más parece alentar a vincularse con “otros” no-daneses para aprender más sobre lo local. Sin embargo, en los otros tres capitales se sigue dependiendo del vínculo con los coterráneos.

Aquí, la producción, organización y comunicación del conocimiento profesional y técnico aparece como un cúmulo de estrategias individuales y luego grupales hasta que, asentada esa colonia, tales procesos se desarrollan en un mismo lugar: el taller. La aparición de un espacio específico e institucionalizado facilita que se empiecen a transmitir saberes desde más pequeños a las siguientes generaciones, por ejemplo mediante el juego. Para los grandes, por su parte, les significa un lugar para arreglar y construir, experimentar y aplicar en la práctica lo aprendido a través de lecturas específicas (Mecánica Popular). Así es que se acercan a estudiar los principios de las cosas y no sólo su valor de uso o su valor de cambio: leían, reflexionaban sobre su práctica, registraban lo que veían o aprendían y mostraban lo que hacían.

El recorrido parece bastante lógico, pero cabe preguntarse: ¿fue así para los otros grupos de inmigrantes daneses que se instalaron en la Patagonia o en Misiones? Más bien habría que decir que, en principio, tuvieron lógicas distintas.

A la Patagonia los daneses arriban como aventureros, seducidos por los relatos de sus coterráneos en Dinamarca. En ese sentido, aquí prima el capital social porque lo importante es armarse de contactos para iniciar la travesía. Al llegar al país se suman otras prioridades y la idea de contar con un capital cultural compite con la de acrecentar el económico, con lo cual si no sabían hacer nada en particular, les tocaba ingeniárselas o

aprender. Pero de tener alguna profesión u oficio eso ya conforma un dato sobre la persona, a la que se la identifica por su saber tanto como por el motivo de su viaje, lo que siempre tenía que ver con quién era la motivación para buscar refugio tan lejos de Europa. Tal vez por esta razón de no ser necesariamente el oficio o profesión traído de Dinamarca un atributo diferenciador del inmigrante, es que la capacidad para acumular capital económico se vuelve más urgente y muchos trabajaron en algo diferente a lo que conocían, en tareas que generalmente requerían menor capacidad técnica o cognitiva. Pero aún cuando las condiciones mejoraran y las tecnologías estuvieran disponibles, el valor de las mismas estaba supeditado al económico (por ejemplo, el dínamo para generar electricidad fue descartado en pos de ampliar la esquila de ovejas). En cualquier caso, a pesar de estar sobrecapacitados, no ampliaron significativamente el comercio y en esto su capital económico fue siempre más bajo que el social. Incluso parece leerse en los relatos de los pioneros en la Patagonia que aunque trabajaran entre daneses, escandinavos o noreuropeos, el reconocimiento de los locales también les es de utilidad, pero no tanto porque lo estimasen como valor simbólico sino porque lo usaron para ampliar sus lazos con la comunidad local: en un contexto en donde el ingenio debía suplantar los recursos materiales para la subsistencia, y la población de cualquier nacionalidad era escasa, los daneses no negaron el trato con ningún poblador (incluso aprendieron sus idiomas) pero, de tener la posibilidad, trabajaban y se juntaban con quienes más cerca estaban de su país natal.

Finalmente, el caso de los daneses en Misiones incorpora algunos elementos nuevos, como el hecho de que las mujeres estaban más vinculadas al intercambio de conocimientos puesto que eran los agentes centrales en la producción de alimentos, tanto más dependiente de la recolección de frutas y verduras porque eso era lo que ofrecía el paisaje. Hay en sus anécdotas diversos aprendizajes a través de la acumulación de intentos fallidos o exitosos, pero no se menciona en términos generales, un perfil profesional que los inmigrantes importaran del país europeo.

Por otro lado, hasta la creación del club y el centro cultural, los puntos de reunión eran los negocios y el puerto, donde se confundía el intercambio comercial con el cultural y el “técnico”, en términos de comentarse las “nuevas formas de combatir la selva”. Este intercambio no era exclusivo de los daneses pero, tal como se verá más adelante, conforme se fueron sumando coterráneos a poblar la zona, la institucionalización de la colectividad potenció la búsqueda de reconocimiento entre los pares.

En definitiva, el primer capital en disputa parece ser el social ya que, como “no se podía comprar nada” había que buscar a quien enseñe dónde y/o cómo conseguirlo. Una vez independizados en estos saberes, la búsqueda es por la autosustentabilidad económica. Afianzados en esto —y habiendo entrado en una época más prolífica en tecnologías de la comunicación y el transporte—, algunos se volcaron a aprender los

principios que regían estas “maravillas técnicas” (tal como llamará Oluf Johansen a la radio). Tal vez aquí, en sus creaciones y en la búsqueda de conocimiento que les implica dedicarse a cosas que nunca habían hecho (producir yerba mate, construir un aserradero), empiezan a interesarse por un capital cultural que irá luego de la mano con las decisiones que tomen respecto de la educación de sus hijos. Por ello es indispensable conocer, ante todo, qué ideas de Educación traían estos daneses y cómo las adaptaron a nuestro país.

Bs. As.	Cap. cultural	Cap. social	Cap. económico	Cap. simbólico
Patagonia	Cap. social	Cap. económico	Cap. cultural	Cap. simbólico
Misiones	Cap. social	Cap. económico	Cap. simbólico	Cap. cultural

El cuadro representa la prioridad de capitales en disputa para los inmigrantes daneses, a modo de orientación primaria y general respecto de qué los movilizó a constituirse como grupo o como colectividad. Son “lógicas generales” que, lejos de pretender explicar la disputa en cada campo, intenta plantear desde qué orden de prioridades se trazaron los procesos de producción, organización y comunicación de conocimientos explicados a continuación.

Las fuentes de su educación y los modelos de enseñanza

Fueren los contenidos educativos de producción propia de los daneses, o consecuentes con la educación básica general argentina, las referencias a las modalidades de educación y los espacios de enseñanza incluyen cuestiones tan diversas como: la herencia de los *højskole* (Escuelas Superiores Populares), la educación privada, los *genopdragelsestur* (viajes de recrianza), los clubes, las escuelas dano-argentinas, eventos como los “8 Días” de Cascallares, la escuela dominical y la escuela oficial argentina.

En primera instancia y dada su multiplicidad y variedad, estas modalidades tenían por objetivo general la formación “para salir al mundo”, tal como la definen muchos de los relatos biográficos. En segundo término, la posibilidad de leer la permanencia de estos espacios en la actualidad permite visualizar y contrastar más firmemente las fuentes de ese conocimiento, tanto como la superposición y superación de propuestas formales, informales, propias de la colectividad y nacionales. Finalmente, las modalidades educativas son indicio de cómo se organiza y comunica un determinado conocimiento, ya sea producido por los dano-argentinos o adoptado por ellos, pero en cualquier caso, seleccionado como enseñanza fundamental para los jóvenes.

En este marco, el desarrollo institucional educativo de la colectividad o a nivel nacional influye directamente en estas modalidades y presenta distintas características según la época.

▪ **Primera etapa: la herencia danesa**

Las biografías de los primeros inmigrantes daneses muestran dos experiencias de especial interés: la de Juan Fugl —renombrado e influyente pionero de la colectividad tandilense— y la de Oscar Meullengradt, quien fuera pastor de la Iglesia de Tandil entre 1876 y 1882. Ambos habían venido de Dinamarca con una formación religiosa protestante y es su participación en las comisiones destinadas a constituir iglesias lo que les facilita la injerencia en decisiones educativas.

El primero de ellos empieza su intervención político-administrativa en Tandil a instancias de haber quedado a cargo de un grupo de ciudadanos que obtuvo el permiso para iniciar la construcción de la iglesia católica, y luego, al sancionarse la ley de organización de municipalidades, asume la Dirección de la Construcción de Edificios Públicos para esa ciudad. Juan Fugl inicia entonces la construcción de escuelas,

pero los vecinos mostraron poco interés por la instrucción de los niños. Fui casa por casa, comenzando por las más humildes, conversando con los padres que tenían niños en edad escolar, aconsejándoles que los mandaran a la escuela, si teníamos la suerte de poder establecerla. Por lo general me contestaron que, a su juicio era completamente inútil que los niños aprendieran a leer, escribir y hacer cuentas. Ellos no habían aprendido, de manera que bastaba con que supieran trabajar para poder ayudar a sus padres a ganarse la vida (Fugl, 1973:84).

Se trata entonces de un conocimiento básico y general que lógicamente no tiene que ver con la producción de la colectividad dano-argentina porque ésta aún no se había conformado, pero que encontraba en un danés la responsabilidad en la ejecución de un proyecto educativo que empezaba a ser nacional en la etapa post rosista y en donde el jefe de Instrucción Pública de la Provincia de Buenos Aires era Domingo F. Sarmiento. Sus interlocutores entonces no eran daneses e incluso el primer maestro de los trece niños con los que se inicia la escuela era de origen vasco. El aumento de matriculación incide en el deseo de ampliar la propuesta:

Nadie pensaba en las niñas. Al principio no me atreví a hablar del asunto, pero sucedió que se radicó una familia cuya hija tenía buena preparación y podía servir como maestra. Hablé del asunto con mi enérgico amigo Domínguez y la cosa empezó a marchar. Pero Domínguez no se contentaba con una escuela particular, sostenida por los padres; deseaba una escuela oficial, subvencionada por el gobierno (Fugl, 1973:84).

Años después, al volver de Dinamarca en 1867, designan a Fugl como inspector de escuelas en la Municipalidad de Tandil y en ese momento ya tenía alrededor de 80 niños y 80 niñas en la escuela. Fue también durante ese tiempo que visita el lugar un inspector del departamento de educación gubernamental, a quien Fugl —notando la forma en que éste subestimaba sus opiniones—, invita a su casa para mostrarle los diplomas de educación obtenidos en Dinamarca, y que había hecho traducir al castellano. A partir de allí lo “trató siempre con mucha cortesía” (Fugl, 1973:100).

Esta reseña acotada de la experiencia del pionero ayuda a comprender por qué este danés es un referente para la comunidad local antes que para su colectividad y cómo es que se convierte en catalizador e imagen de los dano-argentinos para todas las colectividades que se conforman luego, en especial para las de la provincia de Buenos Aires. “Juan Fugl” es, en este sentido, un capital simbólico para las sucesivas generaciones de inmigrantes y sin embargo, por lo temprano de su llegada a la Argentina, no trae consigo una modalidad educativa propiamente danesa que los posteriores inmigrantes incorporarán a los espacios de enseñanza de la colectividad: los *højskole*.

En efecto, en 1844 —el año en que Fugl llega a la Argentina—, en Dinamarca recién comenzaba la primera Escuela Superior Popular (*folkehøjskole*), en Rødding, en el norte de Slesvig. Formadas en base al pensamiento del pastor Nicolai Frederik Severin Grundtvig (1783-1872), se trataba de escuelas especiales para adultos, donde éstos podían juntarse para estudiar temas referentes a “la vida popular y ciudadana en la que todos podemos y debemos participar”. En rigor, apuntaba a brindar una educación general para los campesinos, con una intención político-cultural de que los “egresados” participasen en la lucha por la implantación del gobierno del pueblo por el pueblo, en la labor dedicada a la formación y ampliación del movimiento cooperativo y en la lucha por la libertad espiritual en la Escuela y en la Iglesia:

En un principio, la forma en que se daban las clases de las Escuelas Superiores Populares era, como primero y principal, de conferencia, mientras que los libros de texto eran relegados a un lugar secundario (...) y propagaban el concepto tradicional de la vida cristiana y danesa (*Un manual oficial*, 1966:333-337).

La exaltación de la figura de Grundtvig en los daneses tiene estrecha relación con los efectos que tuvo este tipo de formación ciudadana y política antes que académica (el hacer estos cursos no implicaba recibir ningún tipo de certificado), en particular luego de que Dinamarca sufriera una gran pérdida del territorio tras el final de la guerra contra los prusianos en 1864 y debiera reconstruir su identidad nacional en un país golpeado y geográficamente reducido.

Lo interesante de esta modalidad es que su traslado a la Argentina tuvo prácticamente los mismos efectos en términos de la organización productiva de la

colectividad en cooperativas¹⁴ y la industria láctea y la concepción de una educación mixta y destinada a “ampliar conocimientos”.

En Argentina esta especie de “post primario para chacareros” [80] en los que se enseñaban cálculos elementales además de los idiomas castellano y/o danés, se desarrolló institucionalmente en el siglo XX, pero vio obstaculizado su desarrollo al ampliarse en nuestro país las posibilidades de cursar el colegio secundario. Hasta tanto, los *højskole* fueron la alternativa a la formación oficial y en este sentido también estaban más vinculados con la función social de la iglesia danesa porque también allí se enseñaban temas de convivencia y se aprendía mediante el canto.

Ciertamente, hacia 1875, el Pastor Meullengrardt replicaba parte de este pensamiento al quedar a cargo de la congregación en Tandil, ya con vistas a conformar una iglesia propiamente danesa, pero que para estos años funcionaba en la Sociedad Cosmopolita:

Pocos días después de la primera misa, comenzó la escuela con 19 niños y pronto aumentó a más de 30. Igual que en la Escuela Pública en Dinamarca, dividimos a los alumnos en dos clases, una para los mayorcitos y otra para los menores. Cada grupo asistía día por medio. Además de estos 35 niños de ambas divisiones, concurrían por la noche niños mayores ocupados durante el día en algún trabajo. Mi esposa colaboraba algo en la escuela, dirigía el canto durante la devoción matutina, cantaba con los niños y enseñaba a leer a los más pequeños (Meullengrardt, 2001:19).

Cabe remarcar que en esta etapa de la inmigración en la que aún no se había expandido lo suficiente la educación formal pública argentina, los estudios básicos –y especialmente el idioma danés– eran enseñados en casas particulares. En estos casos, lo que se hacía era contratar una maestra o maestro que les dictaba clases a los hijos del dueño del campo en el que trabajaba, tanto como a los niños de los campos vecinos. Esa costumbre también se tenía en Dinamarca, para compensar las condiciones en las que los chicos accedían a una “pésima educación, a la distancia a través de bañados y caminos malos” (Buus, 1947).

▪ ***Segunda etapa: la reinención argentina***

¹⁴ En este sentido, otro inmigrante danés a nuestro país dirá posteriormente: “El formidable gigante intelectual N.F.S.Grundtvig (...) contribuyó a aumentar la actividad diaria y a buscar más conocimientos. No cabe duda de que éste movimiento condujo a la creación de muchos *Højskoler*, que se llenaron de jóvenes de ambos sexos, que acudieron ansiosos de ampliar sus conocimientos. Contribuyó también a la creación de las cooperativas de consumo, luego a la industria láctea, carnicerías y frigoríficos. Más tarde con la avícola y huevos; todas esas actividades eran bien controladas y asesoradas por el gobierno a través de asesores idóneos. Con la exportación a Inglaterra, lograron la supermacía en el mercado inglés por la buena calidad de la manteca, la carne de cerdo (*danish-bacon*), los pollos y los huevos, todos con fecha de postura (Buus, 1947).

Ya en el siglo XX las entrevistas aportan relatos de experiencias educativas diversas, vinculadas tanto a la incorporación de los dano-argentinos al sistema de enseñanza oficial local como a la adscripción a sus formas particulares de enseñanza.

En este marco, se evidencian tres estrategias de educación: las que trasladan el modelo de los *højskole* (la escuela dominical, los viajes de recianza y el evento de los “8 Días”), las que mezclan lo local con lo particular (los colegios dano-argentinos y los clubes de la colectividad) y los espacios de enseñanza “no-daneses” (la escuela oficial argentina y las modalidades de aprendizaje particular no atribuibles a la particularidad de estos inmigrantes).

La escuela dominical estaba vinculada a la iglesia danesa y estaba dirigida a que chicos de entre 10 y 13 años adquirieran conocimientos prácticos como manualidades y gimnasia (el modelo de gimnasia del país escandinavo también tiene larga tradición), idioma danés y, por supuesto, religión.

Los viajes de recianza (*genopdragelsestur*) implicaban que quienes tuvieran posibilidades económicas, enviaran a sus hijos de 14 o más años a Dinamarca “para que aprendieran algo al paso y conocieran la cultura danesa” [87]. Era en este sentido una extensión de la idea de educación como vivencia propia del *højskole*, también en parte influenciada por un espíritu de época aventurero en donde familias adineradas o económicamente autosuficientes de Europa mandaban a su prole a conocer otros países y volver culturalmente enriquecidos para trabajar y desarrollarse en el propio [79]. En general, en estos viajes los adolescentes completaban su formación en los *højskole* daneses, tal como expresa la biografía de K. Buus, quien “en 1927 fue a Dinamarca con una hija, que quedó en Ollerup Højskole (...) En 1932 hizo otro viaje a Dinamarca, acompañándole dos de sus hijas quienes fueron al Lyngby Højskole (1947 [2000]).

Se interpreta que esta modalidad estaba bien extendida entre los dano-argentinos y a modo de “herencia cultural” antes que por intercambio local, ya que aparece también en las lejanas experiencias de la colonia de Eldorado (Misiones): “A menudo temía por las dos mayores de que les faltase la parte femenina que en la escuela nunca llegarían a aprender lo que se enseña en Dinamarca y yo pensé que sería muy positivo que pasasen algunos años en la escuela en Dinamarca” (Engwald, 2014:128).

No es menor que las citas refieran a las hijas mujeres, puesto que en el ámbito local, la ausencia de un colegio secundario —especialmente en zonas rurales—, fortalecía a su vez ciertas pautas epocales de género: “no había secundario, pero tampoco nadie lo hacía” y a las mujeres “se las educaba para ser buenas amas de casa” [73]. Para los varones, en cambio, era más factible que se trasladasen del campo a la ciudad y vivieran en pensiones, tal como sucedió con los hijos de Buus, que “fueron al colegio en Tandil, en pensión con una familia muy respetable: R. Gotschalk Hansen, y más tarde los menores

en pensión con la señorita Marie Thomsen, que fué como una madre para ellos” (1947 [2000]).

La fiesta tradicional de “los 8 días de Cascallares” que se comenzó a desarrollar en el colegio argentino-danés de esa ciudad en 1923 (Bækhøj 1948:171), es un evento que consiste en una serie de conferencias, espectáculos, comidas y rituales vinculados a la colectividad dano-argentina y que representan, en mucho, la lógica del propio colegio y del *højskole*. Es, ante todo, un evento social y formativo celebrado anualmente por y para la colectividad en donde la intención no es certificar un conocimiento, sino acceder a un “cúmulo de información que te hace mejor persona” [1]. La información se expresa en charlas, talleres y conferencias sobre diferentes temas, pero siempre vinculado a la experiencia —usualmente laboral— del danés o dano-argentino invitado. Para organizar esta serie de actividades, la comisión encargaba las charlas a una subcomisión de cultura conformada por cinco o seis colaboradores [4]. Además, estas comisiones estaban vinculadas con la Sociedad Protestante del Sud [6] y una fundación en Dinamarca que le paga al conferencista danés para que asista el evento.

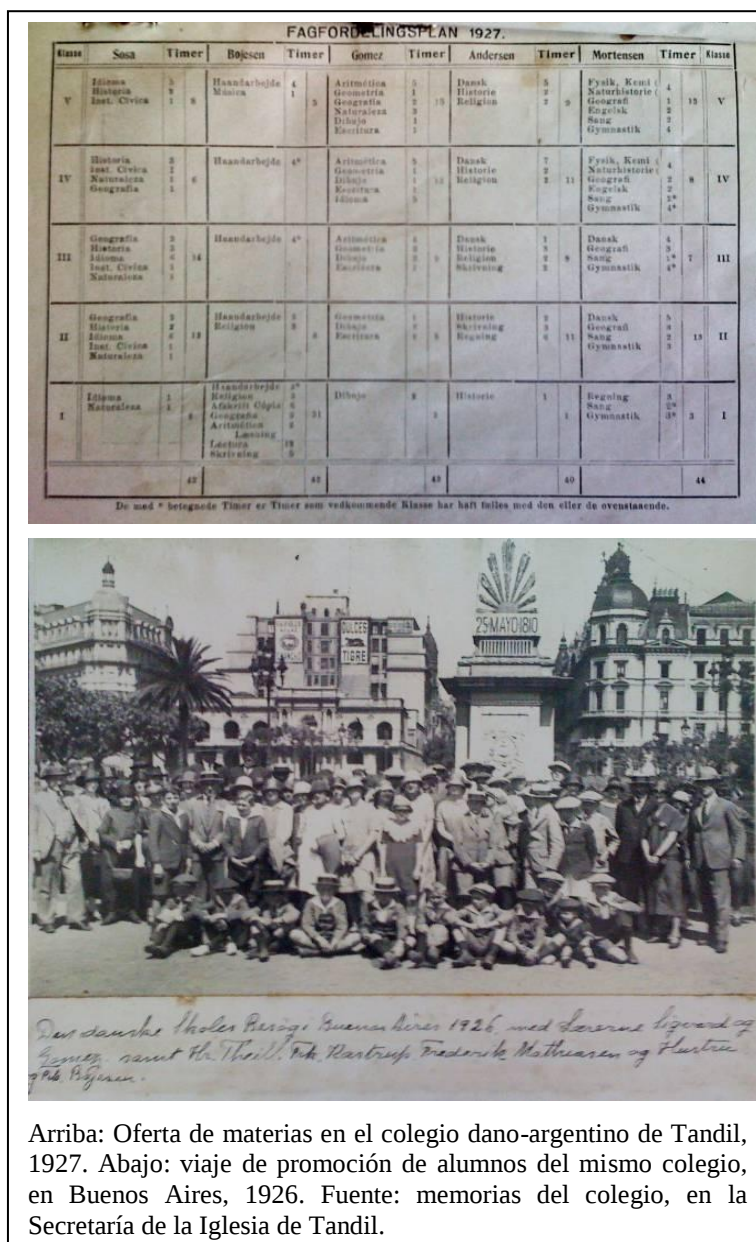
Por su parte, los colegios y clubes de la colectividad conforman una estrategia de enseñanza mixta, en donde convergen conocimientos y actividades locales y danesas.

Los colegios dano-argentinos se conformaron luego de la Primera Guerra Mundial, alentados por el crecimiento económico regional obtenido especialmente de la venta de lana a Europa. El primero es el de Tandil (1898), que duró hasta la década de 1930 cuando abrieron en la ciudad una escuela pública validada por el Ministerio de Educación nacional. Allí, según consta en registros (memorias del colegio conservadas en el centro danés de la ciudad), asistían alumnos de Aparicio, Divisorio, El Perdido, Fernández, González Chávez, Lumb, Orense, Rauch, San Cayetano y Zubiaurre. El segundo colegio es el de Cascallares (en Tres Arroyos), fundado en 1917, después de hacer muchas pruebas en casas particulares de familias de esa zona rural que no contaba entonces con otro tipo de institución educativa. Se inicia teniendo como alumnos a los chicos de los alrededores y contratando un maestro danés que oficiaba de director. Él, conjuntamente con una figura femenina que se encargaba de aspectos cotidianos y de contención de los niños (hacerlos dormir, darles los remedios, etcétera), formaban —junto con el grupo de profesores, también mayormente daneses—, el cuerpo de referentes en tanto a la disciplina y autoridad de la institución. El colegio de Gowland (partido de Mercedes) surgió con el dinero que quedó de lo recaudado para la Segunda Guerra Mundial y en los años 60, la escuela Altamira (en Necochea) fue fundada con la venta del colegio de Gowland cuando éste se quedó sin matrícula. En todos los casos se enseñaban aspectos de la cultura danesa, además del idioma, pero ya en los dos primeros —con cuya fecha fundacional coincide el período de análisis de esta investigación—, la oferta de materias era tan amplia como diversa. En Cascallares: cocina, geografía, historia, danés, gimnasia,

labores (tejido para las niñas, carpintería para los niños) y matemáticas (aritmética); en Tandil se agregaban áreas como: inglés, lengua castellana, canto, instrucción cívica, música, religión, física, química e historia natural. En este último caso también constan fotos de archivo de grupos de alumnos en la ciudad de Buenos Aires, reconocidos como viajes de promoción.

Los clubes dano-argentinos nacieron alrededor de la década de 1920 y se ubican en Aparicio, Orense, Necochea, Eldorado, Lumb (1907, 1915, 1921, 1922 y 1924 respectivamente), en zonas que en muchos casos significaban puntos de encuentro para los que les quedaban lejos los centros urbanos o las playas en tiempos de ocio. En su origen y al menos hasta los años sesenta, se trataba de lugares exclusivos para daneses y sus descendientes, sin participación alguna de personas de otro origen o ascendencia, aún si eran amigos o esposos de daneses.

Las referencias a las actividades que se realizaban en los clubes da muestra de una amplia variedad de usos, entre ellos, dictado de clases (en aquellos clubes que cumplían también una función educativa, como en Lumb y Cascallares), y las bibliotecas.



Arriba: Oferta de materias en el colegio dano-argentino de Tandil, 1927. Abajo: viaje de promoción de alumnos del mismo colegio, en Buenos Aires, 1926. Fuente: memorias del colegio, en la Secretaría de la Iglesia de Tandil.

En otras colonias, como la de Eldorado, esta función la cumplieron inicialmente las Asociaciones, que se conformaron para compartir publicaciones y experiencias de daneses y/o escandinavos que habían estado por distintos lados del mundo:

Ahora teníamos un secretario de KFUM (*Kristen Forening for Unge Man*, Asociación Cristiana de Jóvenes) en Buenos Aires (...) Nosotros también teníamos ganas de hacer algo para los jóvenes daneses, así que invitamos a todos los jóvenes escandinavos que querían venir, todos los jueves por la noche a nuestra casa. A menudo eran varios los que veníamos y charlábamos, discutíamos y jugábamos. También se cantaba y se tocaba algún instrumento (...) Esa noche eran casi sesenta los jóvenes que escuchaban el relato de su interesante viaje por la China. Otra reunión igual de interesante tuvimos cuando Ejnar Mikkelsen nos contó sobre los tres años que estuvo en Groenlandia (Engwald, 2014:102-103).

Una experiencia similar, pero retratada esta vez por Oluf Johansen, cuenta que

Cuando superamos así las primeras dificultades, quisimos organizarnos en comunidad. En el puerto, en una romántica casita de madera, vivió por unos años un viejo maestro de Bellas Artes danés, que pagado por la Administración, debía informar públicamente acerca de nuestras vidas. En su casa hacíamos reuniones y conversábamos. Así, sin darnos cuenta, formamos un pequeño centro de cultura. Todo lo que cada uno recibía de diarios, revistas y libros, se intercambiaba allí y eran gastados de manera que al final inventábamos el principio y el final de las historias, haciéndolas más interesantes. Fue así que fundamos una pequeña asociación, con muchas metas y pocos medios. Esta asociación fue el centro de la vida cultural de la colonia. Al final, fue un club con un yerbal que podía solventar los gastos para construir la casa que serviría de sede reuniéndonos a todos (2009:80).

Finalmente, cabe remarcar que estos espacios daneses o dano-argentinos convivían con otro tipo de experiencias. En particular, hacia adentro de las casas, las relaciones familiares también constituían un vínculo didáctico, sobre todo entre los hermanos y aún más entre las hermanas mujeres. Una de las razones de esto es que en condiciones de necesidad económica generalmente los hijos o las hijas mayores trabajaban para colaborar con el ingreso familiar, aún siendo jóvenes adolescentes, y por ende no tenían acceso a los otros espacios educativos de la colectividad. Por otro lado, más como una pauta cultural de la época que como una marca identitaria de los dano-argentinos, los niños constituían sus espacios de aprendizaje también jugando con herramientas en el taller del abuelo, tanto como las niñas jugaban a la maestra con hermanas mayores que ya asistían a la escuela [68].

Por otra parte, al expandirse la formación en la escuela argentina pública oficial, los espacios de la colectividad fueron siendo relegados a un segundo plano, con la función de enseñar danés en el tiempo libre de los niños [77], proceso que se dio con mayor celeridad en las zonas urbanas antes que en las rurales, pero que al finalizar el período ya estaba instalado incluso en los lugares más alejados:

Las escuelas estatales comenzaron su actividad, y eran bastante buenas. Tanto nuestros hijos como los de los peones debían ser educados como buenos patriotas. El guaraní, el alemán y el danés debían ser reemplazados por el castellano. Los hijos de los nativos eran, en su mayoría, incapaces de aprender; especialmente las niñas que a los doce años dejaban la escuela para transformarse en señoras. Sin querer, luchaban contra el orden legal de la comunidad. Nos resistíamos a los voraces brazos de la ley, pero hasta el que se mantenía solo en una pequeña actividad fue cercado. Terminamos como ciudadanos obedientes de la ley, en una comunidad civilizada, en un país civilizado, y los que recién llegaban se hicieron clientes de nuestros productos. Los pequeños capitales que habían traído, circulaban y traían fuentes de trabajo en toda la colonia; de manera que, pedazo a pedazo, la selva era reemplazada por nuevas plantaciones (Johansen, 2009:132).

La primera consideración que se obtiene de estas dos etapas y sus características formas de educación es que la primera está signada por la iniciativa prácticamente individual de pioneros con una remarcada formación religiosa que supieron insertarse en la

comunidad local o bien ser parte de la conformación de la colectividad propia e institucionalizada.

La segunda consideración refiere a que en la primera etapa se observa una organización que divide la educación según se desarrolle en las casas o en las escuelas, y en este último caso, se pueden establecer diferencias según sean privadas o públicas. El carácter danés de los contenidos, sin embargo, sólo aparece en el ámbito del hogar y luego en el ámbito privado de enseñanza en las iglesias vinculadas ya al modelo de los *højskole*.

Llamativamente es en la segunda etapa donde se ve mayor inserción de contenidos y propuestas con clara herencia danesa, en momentos en donde la escuela oficial argentina empieza a expandirse cada vez más. En este sentido, los modelos que prevalecen entre los mencionados (los que trasladan la educación “tipo *højskole*”, los que mezclan lo local con lo particular y los espacios de enseñanza “no-daneses”), serán aquellos en los que prime una finalidad social antes que educativa o religiosa: los viajes de recría, el evento de los “8 Días” y los clubes de la colectividad. La escuela oficial argentina y la iglesia danesa se irán distinguiendo cada vez más de estos espacios de formación de la colectividad, aunque sin perder nunca el vínculo con ellos.

La atención ante las enfermedades

Para los recién llegados el lugar para recibir atención médica era la iglesia.

En Tandil, donde se erigió la primera iglesia danesa en 1877, esas funciones las contenía previamente la Sociedad Cosmopolita, que estaba destinada a los inmigrantes en general y les prestaba ayuda para llegar al hospital, organizar entierros y dictar misas.

Si no había iglesia, el lugar de atención lo conformaban las casas de las mujeres que oficiaban de enfermeras. En base a lo que se dice en las entrevistas y en las autobiografías, el hecho de convertir una casa en centro de enfermería deriva de una función atribuida a la mujer en el ámbito privado: la de cuidar, curar y contener a los miembros de la familia. En este sentido, las experiencias expresan reiteradamente cómo una determinada casa podía ser un lugar donde los trabajadores daneses paraban temporalmente porque necesitaban reposo y atención para curarse de alguna enfermedad o acudían específicamente allí ante una urgencia.

En este sentido —y en particular para la primera generación de colonos—, es usual encontrar relatos como el siguiente:

Prácticamente todos los humildes de la zona norte del Viedma, y los que no lo eran, cuando les pasaba algo venían a ver a doña Fanny. Quebraduras de clavículas, zafadura del brazo, lastimaduras y hasta casos graves. Un día se presentó un peón de una estancia vecina con un dedo muy lacerado: un apretón con el lazo había arrancado la uña y el hueso hasta la coyuntura y presentaba toda la carne como

molida. Ella lo miró y me dijo a mí en danés: “No sé cómo voy a curar a éste. Si fuera uno de mis peones le cortaría hasta la coyuntura limpia”. El indio, que tal era el enfermo, y un bravo araucano por añadidura, que miraba sin pestañear, le preguntó qué estaba diciendo, y cuando ella se lo explicó, se limitó a decir: “Corte nomás, señora”. Fue ésta su lacónica expresión y puso la mano sobre la mesa de la cocina. En un santiamén la amputación estaba lista (...) Pero como el hombre trabajaba en una estancia grande, con el médico pago, lo mandaron a Santa Cruz. Cuando el doctor lo revisó, ya habían transcurrido tres semanas y le preguntó: “¿Quién le hizo esta operación?”... “Una señora allí en la Cordillera”. “Vaya usted y agradézcale una vez a esa buena señora, yo no lo habría podido hacer mejor y lo ha salvado de mucho sufrimiento y quizás de algo peor” (Madsen, 2003: 134).

No se menciona a lo largo de la autobiografía de Andreas Madsen (1881-1965), a cuya esposa se refiere la anécdota, demasiados datos sobre la formación de Fanny en lo que refiere a la enfermería. Sin embargo, es interesante cómo aparece en ésta y otras experiencias vinculadas a ella en su función “samaritana” (definida así por Madsen), la relación de respeto y el reconocimiento social que adquiere su figura por tener esas funciones y saberes. De hecho, tal posición dentro de la comunidad fue la razón por la que su casa y sus bienes no fueran atacados en momentos de crisis en la región, por huelgas con los obreros o conflictos del Ejército nacional en esa zona de la Patagonia. Pero aún más, la anécdota refleja el reconocimiento de un doctor de la ciudad de Santa Cruz, portador de los conocimientos médicos oficiales con lo que, en el camino de buscar la “confirmación” de que la cirugía de Fanny haya sido bien realizada, su éxito no hace más que contribuir a la consolidación del rol de ella y su conocimiento experto.

Esta anécdota es muy similar a la protagonizada por otra mujer que también perteneció a la primera generación de colonos pero en la ciudad de Eldorado, en Misiones. Es el caso de Nina Raben quien en una ocasión interviene en la pelea entre dos nativos, de la que uno sale muy herido. A causa de esto, ella comienza una nueva actividad:

Aquí en el obraje, no había ni médico ni farmacia, y en un lugar donde cientos de peones trabajaban diariamente con hachas y machetes, suceden muchos accidentes (...) todas mis explicaciones de que yo no era médico ni farmacéutica les importaba muy poco a esas personas, pero el hombre tercamente, dijo que yo podía ayudarlo si quería (Engwald, 2014:33-36).

Tomada esta decisión, Nina cuenta más adelante:

Leiva aceptó mi ayuda para vendarle cuando supo que yo había hecho algo parecido anteriormente, y cuando había terminado de vendarle, enseguida sintió un gran alivio, pero para mayor seguridad, igualmente se marchó a la ciudad. El médico allí no tocó por el momento el vendaje ya que estaba hecho correctamente, según le dijo (Engwald, 2014:81).

Es notable como en ambos casos se trata de mujeres identificadas también en su rol de esposas del encargado de cierto grupo de trabajadores, pero también en los dos casos el enfermo o necesitado era una persona de origen local, no danés. Incluso es explícito en

la biografía de Engwald, que ella se acercaba intencionalmente a mujeres locales, indígenas, para explicarles algunas normas de higiene que les ayudaran a prevenir enfermedades en sus hijos, aunque sin demasiados resultados.

De la misma manera que en las entrevistas y biografías cobra presencia la obra samaritana de las pioneras danesas, su contraparte masculina aparece más bien reticente a buscar ayuda médica. Entre varias anécdotas al respecto, una de ellas sentencia el perfil y filosofía de muchos de los pioneros y hasta a algunos de sus descendientes:

Anders Christian Knudsen Buus (1836-1883) era dueño de una chacra común de tierra pobre; y para mantener a una familia de diez personas había que trabajar muy duro. Todos los alimentos y la vestimenta provenía de lo que daba la tierra, y todo se confeccionaba en la casa. Su dicho era: “Hay dos clases de gente que hay que evitar a todo trance: médicos y abogados”. Para casos de enfermedad tenía su curallotodo: una taza de aguardiente con bastante pimienta, y con eso se arreglaba (Buus, 1947 [2000]).

La experiencia de este danés que llegó a la Argentina hacia 1900, muestra la mirada opuesta en torno al reconocimiento del médico y sus saber oficial, contraponiéndolo con la apuesta a curas alternativas aprendidas probablemente por herencia familiar u otra relación social cercana. Algunos años después, ya completamente instalado en la Argentina, su vínculo con la medicina refiere de manera complementaria el uso de ambos conocimientos. Así, luego de haber tenido un grave accidente,

Llegó de regreso a Tres Arroyos tres meses y medio después de haberse ido. Durante los días que se quedó en Tres Arroyos, fue controlado y atendido por el Dr. Kierh. La espalda le seguía provocando muchos dolores. No aguantaba al principio estar sentado más de 10 a 15 minutos. Empezó a caminar de a poco, llegando a los siete meses a caminar medio kilómetro, y a veces más. Probó hasta los remedios del curandero, que le dieron bastante mejoría. (Buus, 1947 [2000])

De cualquier manera, este cambio de actitud bien puede deberse a la mejora de condiciones sanitarias y el mayor acceso al médico que este pionero tuvo en las distintas épocas, antes que a una modificación en su percepción (esto basado, especialmente, en el hecho de que aunque permite que el médico lo cuide, no abandona los remedios del curandero). En este sentido, el contexto de cada inmigrante fue decisivo en términos de la posibilidad de recurrir a un profesional y eso se evidencia aún más en las experiencias geográficamente más alejadas de la ciudad de Buenos Aires. Los colonos patagónicos, por ejemplo, tenían plena conciencia de que “Doctor no había, con lo que a los enfermos tenía que cuidarlos uno mismo” (Madsen, 2005: 56). Allí, en la Santa Cruz de principios del siglo XX, un hombre bien podía accidentarse el pie con el hacha al cortar troncos, o clavarse un punzón oxidado mientras intentaba atravesar un cuero. ¿Qué hacer entonces? Sólo vendarse o enjuagarse la mano en el río, esperando que la herida se cure lo mejor posible

sin inflamarse. Caso contrario, podía quedar expuesto a un tipo de reto aleccionador respecto de cómo debían resolverse esas situaciones:

Sangraba bastante por lo que me apuré a ir a casa a vendarme el dedito y parar la sangre. Pero no me podía poner la bota de nuevo y ya no hice mas nada por ese día. Cuando Andro regresó a casa por la noche, medio que se enojó que no hubiera hecho nada por una pequeñez así. — “Podrías haberte cortado un pedazo de tu camisa para vendarte, así no precisabas cabalgar hasta casa” — dijo él — “Es mejor ser poco lucrativo, que irresueltos” (Lauring, 1985).

Lo interesante aquí es que de no encontrarse en ese contexto de “precariedad sanitaria”, las consultas al médico efectivamente ocurrían. A pesar de la reacción diversa entre las últimas dos experiencias médicas relatadas (Buus y Lauring), no puede generalizarse una desconfianza hacia el saber oficial o certificado del médico, pero sí aparece en cambio, como factor común, que todos los médicos consultados eran de origen danés:

Yo visité a un médico en Buenos Aires que era danés —“lo único que necesitas, hijo, es ir al campo y hacer algo y dejar de fumar porque no te hace bien”—. Yo fumaba como 50 cigarrillos por día que costaban sólo 20 centavos por paquete. Fue un mérito dejar, y no fumé por 3 años. También estaba en mejor forma de lo que estaba ahora, porque había muchas lindas cosas de conseguir a precio barato, como por ejemplo maní tostado, mandarinas dulces que eran de lo mejor, y otras frutas buenas (Lauring, 1985).

Otro grupo de experiencias vinculadas a la medicina pero ya entrada la década de 1920, refiere igualmente a la participación primordial de las mujeres en su rol de enfermeras, pero con la referencia explícita de que venían con esa formación desde Dinamarca. Incluso una de esas experiencias arriesga que una de las razones por las que puede haber migrado su familiar es que aparentemente en los años 30 en Dinamarca las enfermeras no se podían casar, por lo cual tomó la decisión de contraer matrimonio y luego venir a la Argentina [112].

Fuera de esto, las anécdotas propias de esta segunda etapa de la inmigración danesa en la provincia de Buenos Aires replican de alguna manera las anteriores: la conversión de una casa en centro de asistencia y la participación de la mujer como referente en esas tareas:

En mi casa, en La Dulce, en el pueblo, ahí se fueron muchas para parto y esas cosas. Yo conozco dos o tres que han nacido en la casa de mi mamá. O cuando estaban enfermos. Pero no era porque fuera enfermera, venían a casa porque era en el pueblo. Pero mi mamá tenía “ambición de enfermería” [233].

Los relatos expuestos en torno a la atención de las enfermedades muestran, en primera instancia, que el conocimiento respecto de cómo curar ciertas heridas está

incorporado en los hábitos de determinadas mujeres sobre las que, por su rol y relación con quienes atendían (se trata en ambos casos de trabajadores locales que recurren a las esposas de un encargado o referente laboral), es difícil afirmar que fueran buscadas antes por su capital social o cultural. Lo que aparece más claro es que es justamente por el capital cultural de Fanny y Nina, adquieren capital simbólico ellas y sus familias, en forma de protección sobre su persona y sus bienes por parte de otros grupos, pero también como reconocimiento por parte de los profesionales de la medicina quienes al valorar su trabajo contribuyen a que estas mujeres se posicionen como enfermeras en la zona donde habitan.

Estas experiencias son distintas a las de los pioneros daneses varones que, además de entender que los médicos eran o bien una figura ausente o bien que era preferible tenerla lejos, priorizaban remedios caseros y curas más propias del ingenio que recurre a los materiales disponibles antes que a los saberes certificados de los doctores. Aquí sólo en casos realmente extremos y sin mucha urgencia se dirigen a los médicos para constatar la correcta cura de una quebradura o enfermedad, y siempre son profesionales de su misma nacionalidad.

Si consideramos que lo que aquí se produce son soluciones a un problema de salud, podemos ver que los daneses toman más el lugar de “consultados” antes que de “consultores” (pacientes) y hay una percepción de que ellos saben como curarse: lo hacen recurriendo a conocimientos familiares sobre las propiedades de tal o cual bebida o las ventajas de una técnica sobre otra, pero en ningún caso son saberes institucionalizados ni objetivados en libros. La certificación y la consulta bibliográfica en tal caso pueden aparecer sobre la década de 1920 o aún más tarde, cuando las mujeres danesas ya migraban con estudios de enfermería adquiridos en Dinamarca y había en la Argentina una mayor institucionalización de los espacios de atención hospitalaria vinculados a la colectividad. Mientras tanto, en los casos en los que hay una relación entre uno que cura y otro que es curado, la relación que los une es de solidaridad y la comunicación se restringe a difundir personalmente cómo prevenir nuevas heridas o enfermedades, o cómo acelerar la mejora.

Construcción de la vivienda

“Mi marido comenzó a poner avisos en los periódicos y hacía viajes al sur donde daba conferencias para despertar el interés en sus compatriotas, contando las grandes posibilidades que ofrecía Misiones. Se imprimieron prospectos con fotografías de allí, con un texto explicativo y el lema “Dele a un hombre un desierto en propiedad y lo convertirá en un jardín”. Estos prospectos se enviaron a los campesinos en toda la Argentina”
Engwald, Eldorado, 1938:94.

Una situación común a todos los pioneros fue la construcción de una vivienda. En este sentido, los primeros daneses que se asentaron en lo que sólo posteriormente se conformaría como colonia, se encontraron en general con un panorama drásticamente diferente del que provenían en términos habitacionales. Con este criterio Carl Emil Engwald —a quien hace referencia el epígrafe de este apartado—, convocó a colonos sin considerar estrictamente la variable de nacionalidad ya que, según su opinión, debían ir a Eldorado sólo aquellos que hubieran trabajado un tiempo en el país y estuvieran acostumbrados a las difíciles condiciones de vivienda y trabajo de Misiones, antes que aquellos que venían directamente de Dinamarca. Por esta razón hizo publicidad entre los alemanes y los polacos que “eran gente menos pretenciosa y que como inmigrantes se arreglaban casi mejor que los daneses” (Engwald, 2014: 98).

Una experiencia más explícita sobre las condiciones de vivienda la refleja un diálogo entre daneses que se reencontraron en Argentina hacia 1900:

Nicolaisen le aconsejó que empezara con una chacra, que había buenas posibilidades; a lo que contestó: “¡Me resisto a vivir en estas condiciones: ranchos, cocinas sin más moblaje que unas cuantas cabezas de vaca para asiento, ventanas sin vidrios con una tapa de madera para cerrar, el fuego en el medio del piso y la comida servida ahí nomás, generalmente acompañado por perros, gatos, gallinas y patos, no gracias!” (Buus, 1947).

Sólo posteriormente y bajo otras circunstancias, el danés interpelado adquiriría tierras en Argentina, pero en general, tal como demuestran experiencias tan distantes como las de Juan Fugl (Tandil, Buenos Aires, hacia 1850), Oluf Johansen o Carl Engwald (Eldorado, Misiones, 1920) y Magnus Luring (Lago Argentino, Santa Cruz, 1918), la construcción de la casa era motivo tanto de mérito propio como de orgullo al finalizarla, y a un primer tipo de vivienda le seguía otra más sofisticada, más grande o con mayores comodidades. En este sentido, cada casa funcionaba como prototipo de un modelo posterior que siempre resultaba superador en cuanto a su adaptación al medio (condiciones climáticas, suelo, ataques de la fauna local), calidad de los materiales e incorporación de estilos y técnicas traídos de Dinamarca.

Esa primera vivienda se construía en base a los materiales y modelos que existían en la zona, lo que indica que había un conocimiento previo de esa arquitectura (posiblemente por observación directa del pionero, que para entonces había sido invitado a las casas de los locales), al que se le aplicaban modificaciones que el mismo constructor considerara convenientes para los problemas que iba identificando. Por ejemplo, Juan Fugl cuenta que

Los ranchos se construían generalmente cerca de un arroyo o manantial para tener agua. Yo, al contrario, construí mi “palacio” en el lugar más alto de la chacra, donde no había agua y tampoco se podía cavar un pozo porque a poca profundidad de la

superficie se encontraba la roca impenetrable. Pero en cambio tenía una vista magnífica del pueblo, de la llanura inmensa y de las pintorescas sierras. La falta de agua la remediamos con una pipa grande puesta sobre una rastra tirada por un caballo con la que traíamos agua del arroyo o de un manantial cercano. Siguiendo la costumbre del lugar construimos la casa con paja y barro en un armazón de madera, pero el techo lo hicimos según costumbre de Dinamarca: con la raíz de la paja hacia abajo, en vez de colocarla hacia arriba como se hace en Argentina. De esa manera quedaba más parejo y más liso, más grueso y resistente. Los del lugar apodaron a este tipo de “techo alemán” porque a mí me llamaban “el alemán”. Forma de techo que usaron, después, gente de otras nacionalidades (Fugl, 1959:39-40).



La imagen muestra la técnica de sujeción con zancas y yugos. Las zancas son unas ramas gruesas o tablones que sirven para sujetar el techo y se colocan a caballo sobre los faldones sujetándose en la cumbre con unos travesaños (los yugos) que a su vez quedan trabados con la ayuda de un pasador o torno. Este sistema se emplea también en Alemania, Holanda y Suecia.

En este caso, el problema con la construcción local lo constituía la resistencia del techo, pero también el pionero se genera otro problema al asentar la vivienda lejos del arroyo por priorizar una mejor vista del pueblo. De este segundo problema no se explicita de dónde saca la solución tecnológica que aplica, pero vale aclarar que el trabajo es relatado en plural porque contaba con la ayuda de otro danés, Jorgensen, que había tomado una chacra cercana a la de Fugl y con el que había acordado construir primero la casa de uno y luego la del otro.

En cualquier caso, probablemente no haya sido la solución sobre el tema del agua demasiado novedosa para el lugar, puesto que Fugl se queda en el impacto que tuvo en “otras nacionalidades” el tipo de techo construido. Esto habla de un conocimiento que fue adoptado para otros casos, en principio por imitación, pero dado lo que cuentan otras anécdotas respecto de este personaje como referente para la comunidad, es probable que haya habido algún intercambio más directo —un diálogo, un pedido de consejos— para que los nuevos constructores pudieran imitar la técnica de forma apropiada. Igualmente, el oficio de constructor de viviendas no abandonó nunca a Fugl, ya que hacia el final de su estadía en Argentina, poco antes de volverse a su país natal en 1875, este pionero construyó casas cuyo destino era específicamente generarle un ingreso extra mediante su alquiler.

Para aquellos que poseían más dinero o que habían conseguido que su economía no fuera una urgencia, el traslado del modelo danés se hacía no sólo reproduciendo técnicas sino también estilos arquitectónicos para las casas, diseños cuidados para los jardines y muebles contruidos a imagen y semejanza de los que se producían en el país escandinavo. En este sentido, las entrevistas hablan de que trabajos como el de arquitecto, ebanista o carpintero eran profesiones y oficios muy buscados entre los daneses. En el caso de la arquitectura no sólo hacían traer a los arquitectos sino también los materiales de Europa, aunque esto fue argumentado por la ausencia de los materiales necesarios para reproducir ese estilo en Argentina.

Leonardo Andresen cuenta que sus bisabuelos se instalaron en lo que sería la Estancia La Margarita y, en principio, construyeron un rancho

tipo chorizo, bien argentino, que tenía las condiciones muy criollas, pero a su vez también tenía la galería más dinamarquesa porque siempre la llenaban de flores (...) En el esplendor de la época del 20 (1920) construyen lo que fue la casa grande, que la hicieron hacer por un arquitecto, Steffensen, que fue el mismo que hizo el Colegio Argentino-Danés (en Cascallares). Trajo el diseño de Dinamarca y a su vez importaron las tejas y una serie de distintos materiales que acá no tenían para construir esa casa que fue un caserón. En todas las Estancias dinamarquesas es fundamental que haya un sector de frutales, siempre están muy pensados los parques. Y a su vez como tiene mi tía en Dinamarca, el invernadero... siempre buscan mucho el sol y la parte natural de las plantas les gusta mucho (Documental Lille Danmark, 2013).

Los parques y jardines aparecen tanto en biografías (Engwald y Fugl cuando describen a los daneses, por ejemplo) como en las entrevistas, siempre como rasgo identitario del hogar danés. En publicaciones de la colectividad explicitan a través de un aviso comercial que “el culto y el amor de los jardines son indicios y medida del grado de civilización de un pueblo” (*Skandinavia*, 1922). Sin embargo, este uso estético y recreativo del parque parece afectar sólo a las familias que tuvieran un muy buen pasar económico. Por lo general, los relatos dan a entender que la zona de los frutales era plantada para consumo doméstico, pero en cualquier caso, no aparece referencia alguna a criterios de producción particulares y muy solapadamente se explicita una decisión sobre la organización del terreno o la elección de los árboles en el caso de los campos, donde siempre hay un lugar para las quintas (Fugl, 1959).

Tal vez la experiencia de los inmigrantes que se asentaron en la Patagonia difiere de los casos anteriores en cuanto a las cuestiones ambientales, pero no así en la intención de generar, una vez superado el primer prototipo de casa, un lugar con alguna característica similar a la construcción danesa. El material era local —consistía en adobe, paja y pasto aprisionado, vigas de madera y chapas como techo—, pero las terminaciones externas buscaban un aspecto a lo conocido en Dinamarca, conformando tal mezcla un particular estilo “danés casero”:

Todas las casas en Lago Tar eran construidas de adobe y eran buenas, calentitas y sólidas y frescas durante el verano. Estaban pintadas de calcio blanco y el techo, que era de chapa, estaba pintado de rojo, era de buena calidad y estaba bien fijo. Se veía muy idílico y danés casero. En una de estas casas vivía Andro Madsen con su familia y una chica inglesa de las Malvinas. Esto era un ambiente danés agradable donde gozábamos de estar por las noches (Lauring, 1985).

En comparación con la gran Estancia La Rubia, cuyo dueño era por entonces un francés, esta última tenía un casco, La Casa Grande, una casa señorial y galpón de esquilador, y a

un trecho de allí estaba la casa del encargado y la casa de peones con dormitorios, salas de estar, cocinas y taller y hasta sala de ordeñar, donde uno se podía sentar refugiado del tiempo y ordeñar las vacas. No había un propio establo como lo hay en Dinamarca. Las vacas siempre están afuera y toman su propia comida (Lauring, 1985).

En definitiva, la construcción de la casa y sus alrededores (sea el jardín, la quinta y/o el corral) ha sido para estos pioneros daneses, sin dudas un punto de inflexión en sus vidas por lo que significa construir su techo en Argentina, pero además un atributo diferenciador de la propia colectividad y la forma de fundar su hogar con un estilo propio, mezcla de danés y argentino. Las extensas descripciones —que aquí sólo se citan en parte—, sobre el proceso de construcción tanto de la primera casa como de las subsiguientes, hacen pensar que creían relevante contar esa información a través de sus relatos biográficos y en ese camino, que la casa adquiriese un valor no sólo como resultado sino como planificación (diagnóstico del terreno y los materiales, producción de los mismos, gestión y organización de las tareas pertinentes). El hecho de que estos procesos hayan sido escritos con muchos años de posteridad, generalmente hacia el final de sus vidas, o incluso por descendientes o contemporáneos, da la pauta de que tales descripciones no tenían como objeto ser utilizadas como instructivos, pero sí podría tratarse de una forma de dejar constancia del aspecto cognitivo del progreso de sus comunidades, en principio, para sus hijos y connacionales, y luego recién para un eventual público general.

Fuera de las hipótesis sobre la intención divulgativa de los materiales que cuentan estas experiencias, lo que se puede rescatar aquí es que el conocimiento para hacer la vivienda era adquirido en Argentina a partir de haber trabajado los materiales en otras zonas del país (tal es el caso de los colonos que fueron luego a Eldorado), o la observación de las casas locales y el intercambio de consejos sobre las mejores alternativas con otros grupos asentados en el lugar (como evidencia Fugl). En medio de ese aprendizaje los pioneros añadieron algunas técnicas y estilos particulares importados desde Dinamarca ya fuera desde el conocimiento que traían incorporado como por la contratación de un profesional danés acreditado que les hiciera el trabajo de arquitectura.

En cualquier caso, sus modificaciones tendían a transformar las formas de hacer y aplicaban mejoras que luego eran copiadas por otros dentro o fuera de la colectividad.

Igualmente común en todos los relatos es que a la construcción de una vivienda básica le siguieran otras más complejas a las que le incorporaban el conocimiento aprendido en el proceso de construir las anteriores. En algunos casos la acumulación de prototipos, éxitos y errores implicó con los años un aprendizaje desde la práctica que luego su portador pudo aprovechar en términos económicos. De esta manera Juan Fugl, por ejemplo, terminó convirtiéndose en experto por experiencia en la construcción de viviendas, al punto que construyó y puso en alquiler a algunas de ellas para obtener un ingreso.

Nuevamente entonces, el capital cultural necesario para hacer casas tuvo un impacto sobre el capital simbólico (el reconocimiento de los otros por vía de la adopción de la propia técnica como mejor opción para construirlas), que a su vez es utilizado para facilitar la acumulación de capital económico.

Técnicas y tecnologías del trabajo en el campo y en la ciudad

En las entrevistas es usual el relato de daneses que emigraron a Argentina y empezaron a trabajar con otros daneses ya establecidos en el país, generalmente como peones de campo, hasta que adquirirían una solvencia económica suficiente para arrendar tierras y luego comprar hectáreas: “le prestaban plata a la gente y después con la cosecha les iban pagando” [210]. En general, estos préstamos estaban dirigidos a daneses recién llegados y era una facilidad de la cual no se indica si se cobraban intereses, pero se trataba de un tipo de colaboración que implicaba sumar recursos humanos que compartieran un bagaje cultural relativamente similar, a fin de asegurarle a quien los contrataba que iba a tener a su cargo gente similar a sí mismo en cuanto a los valores, ritmos y hábitos de trabajo.

[Adolfo Petersen] No intervenía personalmente en las actividades folklóricas que intentaban conservar las costumbres danesas pero sí se ocupaba de ayudar a los colonos daneses a formar una verdadera Colonia Danesa, con las ventajas propias de un trabajo en comunidad, como la compra de mayores tierras, mejores implementos y actividades apropiadas para un buen desempeño agrícola-ganadero. En esto sí prestaba toda su ayuda, entusiasmo y conocimientos (Bækhøj, 2011:101).

La concepción sobre el trabajo tiene gran peso en todos los relatos, de manera que siempre se lo rescata como valor simbólico. En ese sentido, la anécdota sobre Petersen pone en evidencia la importancia que tenía para los pioneros construir una imagen de lo danés que refiere menos a la tradición folklórica (el canto, los bailes, etcétera) que a sus modos de hacer, de producir y organizarse. Razonamientos de este tipo son usuales también en las entrevistas: “cuando era estanciero, compartió tiempo libre con los

empleados en el boliche (...) Odiaba a la gente que se hacía plata y después regresaban a despreciar a los pobres” [213].

Otra característica de los daneses que se dedicaron al cultivo es que no todos provenían de trabajar el campo. Referencias del peón que “vino como remendero, zapatero, a Tandil” [210] y otras del mismo estilo, son comunes sobre todo en la primera etapa de la inmigración en donde justamente se caracterizan por traer oficios urbanos desarrollados sobre todo en Sjælland. En cualquier caso, esto era menos importante para los daneses que los ayudaban porque, tal como se menciona en los casos de Petersen y Fugl en Tandil, así como los de Lauring y Madsen en la Patagonia, el préstamo de herramientas, caballos y chacras era acompañado por la instrucción sobre cómo manejarse en el campo y producir más.

Cuando terminé de juntar fardos me dijeron de ir al bosque a cortar palos para el alambrado. Para mí éste era un trabajo totalmente desconocido, ya que nunca había volteado un árbol antes. Bueno, nos afilaron un hacha, tan filosa que Andro dijo casi poder afeitarse con ésta. Luego fuimos juntos al otro lado del río para que yo vea donde se tenían que cortar los palos, y Madsen me mostró como tenía que hacer (Lauring, 1985).

A continuación describe la técnica empleada para este trabajo y aunque no figura indicio de que Madsen la haya aprendido en Dinamarca sino al contrario, es más probable que la necesidad lo haya empujado a iniciarse en estas tareas una vez llegado a la Argentina, es una descripción en la que Lauring se separa del saber del principiante, indicando luego dónde debe hacerse el primer corte al tronco y los segundos hachazos; también indica las razones que justifican este tipo de corte en un bosque y la importancia de evaluar la densidad del follaje en torno al árbol seleccionado; finalmente indica cómo convertir el tronco caído en varillas y palos de alambrados.

No es el único que hace descripciones tan explícitas sobre su tarea y por momentos estos primeros inmigrantes insinúan en sus biografías que se están dirigiendo a un público mucho más general que el conformado por sus descendientes, cuando aparecen frases del tipo “como no creo que muchos sepan armar una trampa de fusil, voy a explicarlo” (Madsen, 2005:28). Tal como se ve expresado también en las entrevistas, los integrantes de la colectividad se las ingeniaban para adquirir saberes de forma autodidacta: “eran gente conocedora de cosas”, “muchas veces sabían más de un idioma” y “leían mucho” [87]. Todo pequeño invento significaba un pequeño progreso y en especial “sabían hacer herramientas” [78].

En otras ocasiones, aparece efectivamente la comparación con lo conocido en Dinamarca como parte del relato de las tareas encomendadas, como en el caso del esquileo de ovejas al que refiere Lauring sobre la experiencia de otro inmigrante danés, Ifversen, quien ya “lo había probado antes y sabía como manejar a los animales y luego ya era más experto”. En cambio, Lauring

nunca había tenido una tijera de esquilar en la mano y casi no me animaba a usarla en una oveja. A mi me parecía una tarea muy peligrosa y me traspiraba tanto que las manos se me mojaban y no podía mantener ni las tijeras ni las ovejas. La tijera es más grande de lo que se usa en Dinamarca. Agarra pedazos más grandes pero a veces también un pedacito de piel con carne. Se afila por cada oveja que se esquila y se pone en agua hasta usarla para que agarre mejor la lana toda engrasada (1985).

Hasta aquí, esta serie de relatos sobre algunas de las tareas básicas que los inmigrantes de una u otra zona debieron emprender al establecer sus chacras o campos, tienen en común cuatro características: el relato es descriptivo; utiliza comparaciones (analogías con lo que ellos conocían previamente); menciona a alguien que enseña o muestra cómo se trabaja y alguien que aprende el nuevo el nuevo oficio; diferencia el rol del experto y el del principiante. Además, todos los procesos referidos se inician luego de haber establecido un contacto (un contrato laboral más o menos informal), con el futuro “patrón” que generalmente y tal como se dijo al inicio del apartado, era danés. Por ello, el primer paso era mostrar interés en la tarea:

Durante mi estadía en Dinamarca varias personas manifestaron su deseo de acompañarme a la Argentina, llegando a dieciséis entre hombres y mujeres, quienes se decidieron, y a las cuales prometí arreglar las cosas de manera que viajáramos juntos, abonando ellos sus pasajes (...) En el molino me ayudaba Manuel Eigler, otro compañero de viaje, haciendo también el reparto entre los clientes. Thorvald Petersen y Carlos Christiansen se ocuparon de la quinta. Más tarde llegó a Buenos Aires, el señor Mackeprang con su familia. Todos los nombrados vinieron en el “Electra” y ahora formábamos una pequeña colectividad danesa en Tandil. Comenzaron trabajando en mi propiedad y aún cuando se independizaron, nuestra casa era el centro de reunión del grupo (Fugl, 1973:91-98).

Es de suponer que el haber convertido la casa en el centro de reunión del grupo implicaba que Juan Fugl seguía siendo para sus compatriotas un referente en estos temas y, dado que estos primeros centros sociales no sólo eran lugares de distensión sino que se usaban como espacios de intercambio de información sobre la producción, los mercados, las mejoras tecnológicas, es muy probable que allí se forjaran nuevos acuerdos laborales o se tomaran decisiones de acción conjunta frente a las autoridades, por ejemplo.

Este modo tan “endogámico” de organizarse alcanza también al aspecto material que implica el establecimiento de estos lazos sociales, al punto que es posible rastrear en distintas biografías la circulación de alguna herramienta o maquinaria. Casi llegando al año 1850, Fugl escribe en sus memorias que:

El doctor Jacobsen, que aún tenía la chacra que arrendara, me propuso entrar otra vez en sociedad con él. Había tierra para labrar y un montecito de duraznos de donde podía sacar leña para vender. El se ocuparía del monte y yo de la agricultura. Vendí las vacas y entré en sociedad con Jacobsen. Llevé el arado que trajera de Dinamarca —regalo del pastor Holst—, y comencé a labrar la tierra sembrando cebada y papas, con buen resultado (1973:31).

Hacia 1855,

Fui a Buenos Aires a comprar una trilladora, que ya entonces se introducían. Había pocas trilladoras en la capital y en realidad no sé si había otra además de la que yo compré. Seis caballos tiraban de esta máquina, que hacía girar un engranaje como el de la tahona. Un inglés enseñaba cómo trabajaba, pero la mayoría de los agricultores dudaban de que ese aparato fuera mejor que la trilla a caballo (Fugl, 1973:70).

Aproximadamente diez años después,

A Christian Mathiasen y Pedro Nielsen —los mozos que vinieron conmigo— les di, para trabajar a medias, las dos chacras, proveyéndoles de caballos, herramientas y semillas. Después de dos años de trabajar de esa manera se compraron chacras, herramientas y todo lo necesario para el trabajo, hasta una trilladora que hicieron traer de Europa, continuando por su cuenta (Fugl, 1973: 97).

En 1872,

Adolf Petersen le compró dos chacras a Peder Nielsen (...) Peder Nielsen poseía desde hacía un tiempo, una segadora. Posiblemente era un tipo de guadañadora con recogedora, porque se cuenta que un hombre debía estar sobre la máquina, recibiendo los haces de trigo. Se piensa que estas máquinas eran usadas en Sjælland hacia 1880 (...) Christian Mathiasen tenía una trilladora que había recibido de Juan Fugl. Seguramente era de procedencia danesa. Era de tiro de sangre, caballos, y solamente podía trillar el grano; no los podía limpiar ni seleccionar, y no la usaba todos los años (Bækhøj, 2011: 30-31).



La trilladora tirada por caballos que compró J. Fugl probablemente se parecía a la de la imagen, tomada en General Pico, La Pampa. Fuente: Fototeca Bernardo Graff – Archivo Histórico Provincial "Prof. Fernando E. Aráoz" Santa Rosa, La Pampa, Argentina.

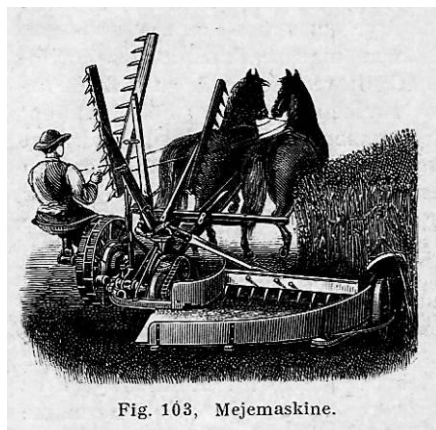


Fig. 103, Mejemaskine.

Por la descripción de Bækthøj, éste debía ser el tipo de segadora que poseía Peder Nielsen hacia 1870. El modelo (y el dibujo) refiere a las máquinas usadas en Dinamarca por esa misma época (Schrøder, s/d: 103).

El recorrido de estas maquinarias muestra, en principio, el acceso y comercialización de las herramientas requeridas para implantar el cultivo de cereal, en particular el del trigo, tal como se hacía en Dinamarca, de donde en principio hacían traer incluso los arados y trilladoras. Pero eso que “importaban” no era nuevo para ellos: algunos sabían cómo utilizar esas máquinas y traían de su país natal el conocimiento de mecánica para manejarlas, aprendido generalmente a partir del trabajo en fábricas, en especial para aquellos que se asentaron primeramente en la zona de Tandil. Pedro Christensen es uno de esos casos. Él aprendió mecánica en Naskov apenas hizo la confirmación (esto es, a los catorce años) en la fábrica de máquinas Tuxen & Hammerich. Llamativamente indica que en el año 1886 “se paralizó esa enseñanza de la mecánica y por ese motivo perdieron su empleo la mayoría de los empleados”; podría interpretarse que habla de una crisis económica de la empresa o un contexto adverso que frena la producción, pero lo cierto es que en sus memorias dice que concluye una modalidad de enseñanza. En un segundo recorte de personal ocurrido al año siguiente él pierde el empleo pero estos aprendizajes le serán de utilidad más tarde, cuando al migrar hacia la Argentina tiene

la posibilidad de aprender a cuidar una máquina trilladora, un trabajo que se consideraba bien y que se consideraba un poco más de categoría. Esto contribuyó también a que en el año 1894 consiguiera un trabajo de mecánico, viajante y armador en una firma importadora de máquinas agrícola de la ciudad de Rosario, la segunda ciudad en importancia de Argentina, ubicada en Santa Fe. Ahí me quedé hasta fines del año 1898. En estos años tuve la oportunidad de desarrollar mis conocimientos, tanto del idioma castellano como conocer las máquinas usadas en el campo, así como nuevos métodos de trabajo que después me fueron muy útiles, pues con un trabajo de continuo viajar y en contacto constante con gente tan diferente se aprende y se experimenta constantemente algo nuevo y útil (Christensen, 1927).

De la experiencia de este joven danés se obtiene entonces que hacia 1890 estas tecnologías eran relativamente novedosas en Argentina y probablemente esa sea la causa

de que su manejo fuera considerado un trabajo de mayor categoría. Por otro lado, hace explícito el aprendizaje que adquirió en el país, favorecido seguramente por haberse asentado esos años en un lugar de creciente producción cerealera y, en ese sentido también, donde había mayor comprensión de la importancia de la agricultura. No olvidemos, por caso, que para el momento que llega este inmigrante habían pasado más de tres décadas de la fundación de Esperanza —la primera colonia agrícola del país, en 1856—, que dista a 200 km de la ciudad de Rosario y su puerto.

Para cuando empiezan a venderse en Buenos Aires máquinas como las trilladoras, la naciente colectividad danesa ya contaba entonces con una preparación específica en el uso de estas herramientas que les permitía incluso transformarlas.

La trilladora, la primera máquina de vapor en el área tandilense, y quizás la primera que tuvo un danés en el país, era de la marca “Buffalo Pitt”. Todavía faltaban los carros que llevaban los haces de trigo hasta la trilladora, y ese transporte se realizaba con los “trineos” de cuero de buey. El trabajo de cargar la máquina se hacía con horquetas. Adolfo le quitó las ruedas a la trilladora y de esta manera quedó el trabajo más facilitado al quedar al nivel del suelo la boca de entrada de las mieses. [Con márgenes de ganancia] fue posible entonces adquirir buenos arados y rastras y, más adelante, sembradoras, buenos carros de dos ejes, fabricados por herreros daneses entre los que figura el hermano de Adolfo, Ernst Petersen, y luego el yerno de éste, Carl Pedersen (Bækhøj, 2011:35-36).



Trilladora a vapor Lancaster County, hacia 1890.

Fuente: explorepahistory.com/displayimage.php?imgId=1-2-68

Eventualmente, estos conocimientos sobre el manejo de las herramientas les permitieron a los daneses estar entre los más conocedores y aptos para comercializar estas máquinas como agentes de firmas europeas y estadounidenses (como sucedía con los ingleses), tal como evidencian las primeras experiencias de Knud Christian Buus en Argentina:

La representación de McCormick en Argentina era la firma inglesa Agar Cross y Cia. Ltda. que unos días después lo mandó a Tres Arroyos (...) el agente de McCormick, Andrés Naveyra, lo llevó a su almacén "Santa Elena" a revisar máquinas entregadas el año anterior y a armar nuevas. Eran máquinas cortadoras-atadoras de arrastre, de siete pies de corte. Paraba en la casa de Don Andrés y un hermano, donde tuvo buena oportunidad de aprender el castellano (...) Luego fue a Cascallares, donde se conoció con unos cuantos daneses. Después a Irene, Aparicio, El Perdido; siempre revisando y armando máquinas nuevas vendidas esa temporada. No solamente en chacras danesas, sino también en otras de gente de varias nacionalidades (Buus, 1947).

Es arriesgado suponer a partir de esta última anécdota que el hecho de que arreglaran (y no sólo vendieran) máquinas para trabajar en el campo implicara la aplicación de algún conocimiento mayor que el proveniente de los manuales de la empresa. Sin embargo, sí hay otros indicios de que usara la experiencia adquirida a lo largo de su vida como agente comercial cuando finalmente tuvo su propio campo en la Argentina. Allí no sólo aplicó lo que sabía de las máquinas que otrora vendía, sino que en general daba instrucciones sobre cómo mejorar la producción o las instalaciones.

En una carta fechada en 1943, por ejemplo, este mismo inmigrante indicaba a su hijo cosas como:

El otro día llovió 81 mm, hará tres días atrás, y hoy llovió un poco también. No se si le hará daño a la cosecha. Hay varios pequeños detalles en mente y pensamientos, también sobre el terreno que se va a medir y dejar cuando le pongan el techo al galpón grande, por si baja el cereal. La causa puede ser que el galpón le de 20 cm más de techo por 12,50 mm o posibles 12,65-12,70 por la esquina de la herrería. Dibujo un pilar para tomar el tirante del techo que aguante el techo, a tener un apoyo. Igualmente no es necesario por mas de 20-30 cm. desde la esquina, y ca.50-60 cm bajo el final del tirante, que haga el mismo apoyo.

Este tipo de instructivos no eran inusuales tampoco dentro del período de referencia investigado (1840-1930), ya que las cartas eran el medio de transmisión de mensajes más común y económico. En general, la limitada periodicidad fundada en los tiempos de producción y recepción epistolares hacen de ellas un extenso testimonio de anécdotas cotidianas, experiencias laborales eventuales y extraordinarias, instrucciones sobre el manejo del campo y la hacienda, registro de paisajes recorridos o accidentes geográficos que era necesario tener en cuenta para transitar de un lugar a otro. En este sentido, el intercambio epistolar es indicio de una conciencia sobre la propia biografía: qué cosas valía contar y a quiénes.

[Sobre Adolfo Petersen] Seguro no hay uno solo de sus medianeros (socios) que no recuerde sus cartas-instructivos. Cuando en sus recorridas él veía lo que había que ver, también sabía elogiar cuando había que hacerlo —tomando mate o alternando—, así como ante los pequeños defectos sabía sugerir cómo corregirlos, aunque con un dejo de sarcasmo que no era del todo agradable. Si el defecto era grave, por ejemplo, ovejas con sarna, alambrados con falta de mantenimiento, falta de agua en los bebederos de los animales, dormir demasiado por las mañanas o

algo parecido, cuando regresaba a su casa, don Adolfo se sentaba a escribir a quien había cometido las faltas sin deslizar palabras dulces ni suaves. Iba al grano (Bækhøj, 2011:74-75).

En casos como los anteriores en donde el remitente y el destinatario eran hombres vinculados a la administración de un campo o un trabajo en relación de dependencia con alguna institución, aparecen indicaciones sobre posibilidades de mejores ventas o formas de producción, pero las referencias a fichas o dibujos técnicos es relativamente escasa.

Llegando al final del período empieza a introducirse también en las ciudades el auto como vehículo particular, y allí los daneses formarán parte del desarrollo de esa industria, aprovechando los conocimientos de mecánica aprendidos y aplicados en relación a la maquinaria del campo.

En esa época la cuestión “automóviles” estaba en un dificultoso principio. Con mis conocimientos de mecánica pensé que rápidamente podría tener representación como único agente de Tandil de la agencia de autos americanos marca Studebaker que acababan de llegar al país por una filial de la fábrica. La venta de coches funcionó enseguida y el negocio que yo mismo atendía creció rápidamente y se agrandó más de lo que yo había pensado, pues cuando lo inicié pensé que sería un pasatiempo con un poco de ganancia solamente. En el año 1920 dejé la agencia a un amigo y connacional reservándome una parte, pero en 1922 él se hizo cargo del total (Christensen, 1927).

Las entrevistas muestran que experiencias como ésta no son aisladas, y que la cuestión de tener un taller de venta y arreglo de autos forma parte de varios relatos biográficos, en particular en la zona de Tandil y Copetonas (Tres Arroyos) y no es inusual encontrar anécdotas del tipo “Mi abuelo por ejemplo vendía cosechadoras. Era mecánico de Ford T y la parte de electricidad de la Ford T, tenía un taller en un galpón, atrás de su casa (...) él viajaba por el sur vendiendo cosechadoras de los ingleses y ha sido buen vendedor, mi mamá tiene menciones de eso” [219] o “este es un taller muy renombrado acá el de Larsen Bille, entre los dinamarqueses” [118].



De igual manera puede leerse la inserción del automóvil en la Patagonia, en particular en las memorias de Andreas Madsen, las cuales son acompañadas por una foto de 1918 que muestra con orgullo los primeros paseos de la familia en un Ford y el “primer automóvil que llegó al Fitz Roy”, cuya “cabina fue construida por el mismo Andreas Madsen”. En esta zona, sin embargo, es probable que la industria no haya sido tan extendida como en Buenos Aires y la foto de Madsen enseña al auto más como una “maravilla técnica” digna de ser explorada, experimentada y replicada, equivalente a la llegada de la radio por esos mismos años.



PRIMER AUTOMÓVIL QUE LLEGÓ AL FITZ ROY. LA CABINA FUE CONSTRUIDA POR EL MISMO ANDREAS MADSEN, 1918.

En todos los relatos precedentes se puede identificar un perfil de pionero vinculado a una actividad económica en la que participaban mayoritariamente hombres no profesionales que desarrollaban un oficio aprendido a través de los años dedicados al mismo rubro, fábrica o empresa. Priman aquí tanto lazos de subordinación como de alianza, pero teñidos siempre de un interés en enseñar las tareas. La motivación económica para asociarse no se oculta, pero con ella se alinea la búsqueda de un capital social que depende menos del saber que tienen incorporado los peones, que de la capacidad para acumular nuevos conocimientos y respetar las normas y acuerdos laborales. El campo es, en este sentido, un espacio donde se genera una moral del trabajador que no es patrimonio de los daneses porque la traen consigo del país escandinavo, sino que es resultado del ejercicio de ciertas prácticas ensayadas en la Argentina (acuerdos de promoción, acceso a niveles de participación más altos, facilidades para la adquisición de tierras y herramientas) que los daneses aplican entre sus connacionales siempre que refuercen estos modos de organizarse. Hay, en este sentido, una selección de los daneses que sirven para adaptarse al trabajo y son, por extensión, los que se aceptan para conformar una comunidad propia de lo que ellos eligen transmitir como el “ser danés”. En este camino es que el trabajo es rescatado por su valor simbólico y no sólo económico, y es probablemente lo que hizo que las siguientes generaciones tuvieran menos margen de negociación para transformar la colectividad en la que se insertaban.

Igualmente, las fuentes de información para los pioneros (patrones y “maestros”) no eran sólo los conocimientos que tenían incorporados desde Dinamarca. En general eran bastante autodidactas, pero los libros aparecen frecuentemente como insumo para acrecentar su conocimiento, aunque no tanto desde instructivos o diccionarios, sino desde libros de viajes y experiencias de “otros” a los que también les había tocado resolver problemas concretos. La mención sobre material expresado en lenguaje más específico sólo aparece en los relatos sobre los grandes proyectos, tal como se observará en las situaciones referidas a la construcción de molinos o el ensamblado de una radio.

Fuera de esto, el conocimiento adquirido está objetivado en las máquinas y en algunas técnicas de trabajo que también se realizaban en Dinamarca, por ejemplo, el esquilado de ovejas. En ellas convergen el saber manejar nuevas tecnologías (lo que podía implicar el reconocimiento de un trabajo “de mayor categoría”), el conocer técnicas y modalidades de trabajo de la producción agropecuaria que aún era novedosa en Argentina pero no en Dinamarca, la capacidad intelectual de resolver eventuales problemas o adaptar la maquinaria a las condiciones locales del suelo y, por supuesto, la habilidad manual para manejarlas. La acumulación de todos estos conocimientos sumaba capital cultural a sus portadores, que luego lo ponían en juego para acceder a trabajos independientes en la venta de automóviles, o a otros puestos de mayor jerarquía en la comercialización de maquinarias de campo como representante de firmas internacionales, o les permitían posicionarse como referentes (estancieros) en una determinada región. En cualquiera de los casos el conocimiento aprendido se exteriorizaba de alguna manera: la venta implica la capacidad de convencer al comprador sobre las ventajas de poseer una tecnología de tales características; el patrón refuerza su posición frente al empleado dándole indicaciones de cómo debe hacer sus tareas o sancionando el trabajo mal hecho. En esto último el intercambio epistolar aparece en las biografías en su función de comunicar procedimientos, con la misma fuerza que sus autores incorporarán en ellas fotografías para mostrar sus mejores resultados.

La construcción de los molinos y la producción de trigo

Tal como se percibe en las experiencias hasta aquí relatadas, el recorrido de Juan Fugl desde su llegada a la Argentina fue la huella de muchos de los daneses que le sucedieron, y aún de sus contemporáneos. Pero más allá de lo extraordinario de muchas de sus vivencias, una de las marcas más profundas en el relato de la colectividad lo constituyó la inserción del cultivo de trigo y la consecuente producción de harina en la región sudeste de la provincia de Buenos Aires¹⁵.

¹⁵ Así lo sostienen los relatos biográficos, aunque según el Censo Nacional de 1895 la producción a gran escala de cereales se inicia hacia 1856 con la fundación de la colonia Esperanza en Santa Fe y recién en 1877 nuestro país empieza a exportar trigo y harina,

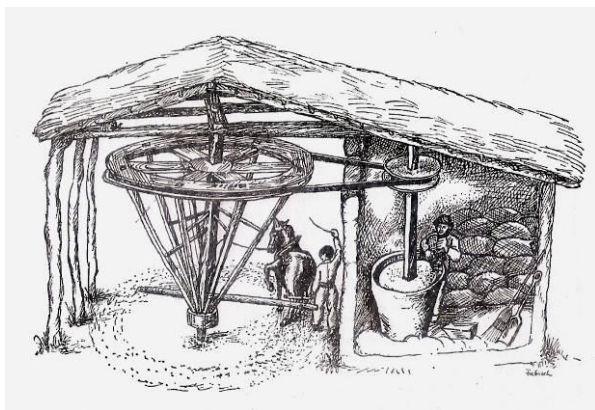
Sin embargo, Fugl no llegó a la Argentina con pleno conocimiento de este cultivo, ni se destacó en los primeros años de su inmigración por desarrollar las técnicas pertinentes. Al contrario de esta imagen, sus trabajos iniciales estuvieron vinculados al tambo, el comercio, la construcción y la carpintería y fueron estos primeros oficios los que le abrieron la puerta a la agricultura en la provincia de Buenos Aires puesto que “justamente se habían mensurado chacras y quintas alrededor del pueblo para entregarlas a los agricultores, pues no los había en Tandil” (Fugl, 1973:32); es entonces cuando lo contactan con el comandante del fuerte, Rosendo Parejas, con quien el pionero danés se compromete a construir un molino para fabricar harina con el trigo.

La construcción de los molinos (uno que funcionaba con tracción a sangre y otro posterior que sería un molino de agua) implicaron procesos distintos pero en cualquier caso no exentos de la búsqueda de información sobre los materiales (cuáles eran los mejores, dónde conseguirlos, cómo construirlos si las limitaciones económicas no permitían acceder a nuevos), la improvisación sobre los proyectos ante la rotura de piezas y represas, la consulta a profesionales y la colaboración de expertos para la construcción.

▪ **Primer molino**

Hacia 1850 y ante el compromiso de construir el primer molino Fugl plantea la limitación de la falta de dinero que lo lleva a construirse una tahona él mismo. Así planteado se observa que el fin último de la construcción del molino era producir y vender él mismo la harina del trigo que cultivaba. Para ello compra entonces dos muelas para molino usadas que había visto en un negocio de Buenos Aires y que hace llevar a Tandil por una tropilla de carreteros. El primer inconveniente sucede cuando una de ellas se rompe al ser descargada, probablemente la más delgada ya que la otra se encontraba ya rota y sostenida apenas por un arco de hierro. Ante semejante precariedad, Fugl recurre a lo que le facilita el contexto: “Con martillo y cincel fui a la sierra donde busqué una piedra adecuada e hice una muela. Los hierros necesarios los había traído de Buenos Aires. Mis afanes tuvieron éxito y un buen día el molino estuvo listo para trabajar” (Fugl, 1973:41).

acrecentándose los números de manera tal que para 1896 se exportaban más de 51 mil toneladas de harina y 532 mil toneladas de trigo. En este crecimiento, sin dudas, “la poderosa influencia del elemento extranjero en la industria argentina queda una vez más probada por esas cifras, en que resulta que casi la mitad de los molinos argentinos son de propiedad de industriales europeos” (Censo Nacional 1895: CVI-CXX). Sin embargo, en estas conclusiones no aparecen como principales impulsores los daneses (en rigor sólo aparece un propietario en la Provincia de Buenos Aires) sino los italianos (102 en Buenos Aires y 125 en todo el país), pero ciertamente es esa provincia la que más aporta en cuanto a la molienda (175 mil toneladas), ubicándose antes que Santa Fe, Capital Federal, Entre Ríos y Córdoba. Había por entonces 474 molinos de trigo.



Funcionamiento de la tahona y primer molino de J. Fugl, según los dibujos de Pablo Fabisch (Fugl, 1973:62)

Pero el procesamiento del trigo plantea un problema:

“Lo que nos daba mucho trabajo era la limpieza del trigo pues, el tenerlo que trillar con caballos hacía que siempre se mezclaran terroncitos de tierra del mismo tamaño de los granos, difíciles de separar con el cedazo. Debido a ello la harina salía siempre de color gris, pues en la molienda iban junto con el trigo los terroncitos de tierra que quedaban convertidos en polvo. Para remediar esto sacamos del molino la muela de arriba y en su lugar colocamos una de madera, que no molía el trigo y rompía los granitos de tierra haciéndolos polvo. Hecha esta operación pasábamos el trigo por la ventiladora que aventaba el polvo. De esta manera el trigo quedaba limpio y la harina salía bien blanca, lo que constituía un progreso de gran importancia (Fugl, 1973:65).

En efecto, este “progreso” implicaba una mejora en la calidad del producto, la harina, aunque Fugl no señala mayor impacto que el rendimiento económico, que de cualquier manera era bastante limitado, a veces por los bajos precios de la harina, otras veces por las sequías, pero más especialmente porque la gente del campo estaba poco acostumbrada a comer pan y a los habitantes de Buenos Aires les costaba menos importarla de Norteamérica que hacerla traer del interior de la provincia, dados los altos costos de transporte (1973:62).

Sin embargo el progreso y la mejora en la calidad de la harina implicó también un gran reconocimiento, tanto por los vecinos —a los que el trigal les provocaba gran curiosidad “pues muchas personas de la zona nunca habían visto la planta de donde provenía el pan que comían, y quedaban asombradas de ver como se producía” (Fugl, 1959:153)—, como a nivel simbólico a través de premios a la producción: “Los colonos daneses han logrado las más altas recompensas en los concursos de cereales realizados en la zona, y especialmente en las mencionadas colonias” (Ibarbia, 1940:4). Se refiere a las colonias de San Francisco de Belloq y Claromecó.

▪ **Segundo molino**

Casi diez años más tarde, Juan Fugl emprende la construcción de otro tipo de molino, motorizado por la corriente de agua. En este caso, estando de visita en su país natal, recurre a otras fuentes: busca libros (a juzgar por una referencia similar durante el mismo viaje, dicha búsqueda se produce en la Real Biblioteca de Copenhague¹⁶) pero no encuentra ninguno pertinente; prueba entonces de consultar a un técnico, profesor contemporáneo en esa ciudad capital quien, “después de una conversación de una hora me aconsejó: ‘Construya el molino de acuerdo a sus ideas prácticas, sin preocuparse de las matemáticas y teorías sobre construcción, y de ese modo se defenderá mejor de los errores y equivocaciones. Después vi que el profesor tenía razón’ (1973: 90).

La búsqueda a partir de estas fuentes oficiales y formales es compensada entonces con la ayuda de otro tipo de colaboración y en 1861 inicia la construcción de un molino de agua, para el cual

sólo me ayudaron dos artesanos: un albañil que poco sabía de su oficio, y un carpintero alemán, muy amigo del alcohol, pero que realmente conocía el suyo, y fue mi única ayuda, consuelo y refugio. Sin embargo, aunque buen carpintero, nada sabía de construcción de ruedas de molino, de modo que por mí mismo tuve que hacer la prueba, y si algún experimento se malograba él se aburría y amenazaba con abandonarme. Tuve que hacer las veces de carpintero, albañil, constructor de casas, de molino y terraplenes; maquinista, herrero, talabartero, y muchas cosas más (...) Todo estaba bien calculado siempre que alcanzáramos a levantar el terraplén a metro y medio de altura sobre el nivel de las orillas. Pero antes de lograrlo nos sorprendió la cosecha de trigo, y mis colaboradores abandonaron la tarea para trabajar en la recolección del grano, pues se les pagaba bien, terminada la cual volverían para terminar la construcción del terraplén. Pero el mes de la cosecha coincide, por lo general, con el mes de las lluvias más violentas. Bien pronto el agua saltó por encima del terraplén derribándolo completamente y arrastrando, corriente abajo, todo: tierra, tirantes, tablas... (Fugl, 1973:108-109).

El inmigrante habla aquí explícitamente de avanzar por prueba y error, y de echar mano a los diversos oficios que había realizado previamente, a fin de complementar todos los saberes necesarios para desarrollar una construcción tan compleja. Aún así, cargado del reconocimiento hacia su potencial y capacidad otorgado por el profesor, él mismo se posicionaba como director y responsable de la obra. Reconocimiento semejante no tendría lugar entre los vecinos al finalizar la obra al año siguiente, ya que

algunos se arrimaron y admiraron la maquinaria, pero otros ni quisieron verla. Convencidos de que fracasaríamos en nuestros afanes ¡ahora, hasta nos mezquinaban su reconocimiento por la buena suerte que habíamos tenido!

¹⁶ La Biblioteca Real (*Det Kongelige Bibliotek*) es la “Biblioteca Nacional” de este país, la cual tiene por misión el coleccionar y guardar toda clase de literatura danesa que se publique en Dinamarca y aquella que referente a este país se publique en el extranjero, así como también las obras de escritores daneses traducidas a idiomas extranjeros. Además, es la biblioteca principal de Dinamarca respecto a investigaciones científicas en el campo de las humanidades. Fue fundada por los años de 1660, pero no fue abierta al público hasta 1793 (Kierkegaard, 1966:342-343).

Domínguez, mi amigo, dando prueba de sus patrióticos sentimientos me escribió desde Buenos Aires, cuando supo que el molino estaba terminado y andaba bien, diciéndome que no sólo se alegraba conmigo sino que, como ciudadano de Tandil y como argentino consideraba que la victoria que habíamos logrado en la construcción del molino, constituía un apoyo y un factor de fomento de la vida comercial del pueblo y del país entero. Y terminaba diciendo que esperaba que la energía por mí demostrada hasta el presente no cesaría con la victoria del molino (1973:111).

Las consecuencias que resalta el propio Fugl sobre su obra evidencian una mirada positiva y otra negativa por parte de su entorno. Por la primera, asegura que inmediatamente se construyeron molinos de este tipo pero más grandes en la ciudad de Azul, movilizadas no sólo por el éxito del danés sino por la creciente abundancia de trigo en el mercado, que provocó también la posterior construcción de un molino movido por una máquina a vapor en Tandil, siete años después de inaugurado el suyo (1973:114).

El aspecto negativo fue que el molino reducía el caudal de agua tierra abajo, lo que provocó problemas con los estancieros, porque en consecuencia les faltaba agua a sus animales: “Me amenazaron con la policía y otras autoridades, pero siete u ocho años antes había solicitado, y obtenido, de las autoridades principales, el derecho de hacer lo necesario en el arroyo para el molino de agua” (1973:112).

En términos del análisis conceptual que puede extraerse de estos relatos, el primer molino no le requiere al pionero mayor búsqueda de conocimiento que el que tiene incorporado, sumado a su propio ingenio para utilizar los materiales disponibles y reciclar usados. Es, en este sentido, casi el paralelo rural de la moral del *bricoleur* que Beatriz Sarlo describe en los inventores urbanos de principios del siglo XX.

Pero es interesante la manera en que transforma y adapta ese conocimiento al modificar el molino para que muele harina con una mejor calidad, separando el trigo de los terroncitos de tierra que se sumaban al trillarlo. A pesar de que esto evidencia un caso exitoso de producción de conocimiento, el relato de Fugl parece más relevante por su valor económico que cultural. Por su parte, el valor simbólico de estos progresos fue adquirido lentamente, a la par que se iba gestando un público (y) consumidor tanto de la harina como del proceso donde se originaba el pan que se ponía en las mesas.

El segundo molino tiene un proceso distinto. Para empezar, el problema ya no lo representaba la opción de potenciar la calidad de la harina, sino la construcción misma de una estructura que atendía a principios físicos de dinámica pero también de hidráulica. Sus fuentes entonces serán los libros especializados y la consulta a profesionales certificados, pero la puesta en práctica evidenciará un trabajo colectivo con gente de oficio o con habilidades manuales a las que el danés hubo de enseñarles varias tareas, y la improvisación sobre prototipos ante la rotura de piezas y represas. Durante la obra él fue su director y responsable principal, pero hubo de negociar varias veces el trabajar en momentos en que otras tareas de campo no requirieran a sus colaboradores, así como el resultado final del molino le implicó otro tipo de relaciones con las autoridades y con los

vecinos. Más allá de si fueron o no positivas, el reconocimiento general le valió reforzar su posición como referente de la comunidad, al menos en este tipo de producción y por ello, el capital cultural, social y simbólico acumulado trascendió el económico, más susceptible a la demanda del mercado y la llegada de nuevas tecnologías a la zona.

La producción de yerba mate

La producción de yerba mate fue, por supuesto, únicamente parte de las experiencias de los pioneros daneses que se asentaron en la zona de Misiones y, al contrario de lo que sucedió con los que implantaron la producción de trigo en el área centro-sur bonaerense, en este caso fueron los colonos los que copiaron, adoptaron y adaptaron un producto local a los fines de cultivarlo, procesarlo y comercializarlo como modo de subsistencia. En este sentido, este tipo de producción es mucho más explícito en términos de cómo fue ese aprendizaje y cuáles fueron sus fuentes, que no se trataron solamente de la observación a lo que hacían los indios locales o siquiera los paraguayos, sino que nos habla del fuerte lazo que tuvieron los colonos daneses con otra colonia de orígenes más similares a los de ellos: la de los alemanes brasileños¹⁷ cuyos antepasados habían emigrado al sur de Brasil cuando este país necesitaba mano de obra, luego del fin de la esclavitud en 1888, tras la sanción de la Ley Áurea. El intercambio con los integrantes de esta colonia que Oluf Johansen llamaría “nuestros maestros” comenzó en el mismo momento de la siembra, copiando el tipo de plantaciones e incluso la distribución de las verduras que hacían estos vecinos que habían adquirido —a lo largo de las generaciones allí nacidas y afincadas—, una adaptación inteligente a la zona que prometía beneficios materiales (2009:66). Igualmente, el éxito de la producción y el crecimiento de la colonia transformaba los lazos entre los vecinos, haciendo que en ocasiones no sólo se aprendiera de los “maestros”, sino también de “nuestros rivales en países vecinos” (2009, 133). En cualquier caso, copiar al predecesor y al productor que lindaba con el propio campo era una estrategia tan legítima como el experimento:

Como otros colonos nosotros también sentíamos ganas de experimentar. Plantábamos y sembrábamos todo lo que de alguna manera podíamos tener, y así aprendimos los secretos de la vida en el monte: cómo producir almidón, jugos de azúcar, hojas de tabaco, naco en grandes rollos, y muchas otras cosas (Johansen, 2009: 69).

¹⁷ El vínculo entre los daneses y los descendientes de alemanes en la zona de Eldorado excede el ámbito del desarrollo productivo. Consultada sobre el tema, M. Bjerg (2013) dice que “al ser medio pequeñas las comunidades no terminan de cuajar bien en una identidad danesa o en una identidad noruega. Se ponen en contacto más con otras colectividades que con los nativos [en el caso de la colectividad misionera], más con las colectividades del sur de Brasil, de Río Grande do Sul, que han migrado ahí. Hay mucho contacto, mucho casamiento y también como red de migraciones hacia Brasil, de daneses que se casan con colonos o con hijos de colonos de Brasil y se van para Rio Grande do Sul”.

No hay en la biografía de este inmigrante otro indicio de cómo pudo haber aprendido sobre la planta de yerba mate si no era por la observación y la experimentación. Abandonado en determinado momento por la muerte de un socio que había quedado en respaldarle la primera plantación de yerba mate y por los indios locales que iban a trabajar con otros colonos que aún podían pagarles, Johansen cuenta cómo fue que reconoció la planta con la que iniciaría su primera producción:

A trecientos metros de la choza, encontré un manchón de árboles de yerba silvestre y los revisé minuciosamente, No cabían dudas: la corteza era clara y manchada, las hojas eran oscuras, serradas en los bordes, y pequeños brotes y sus plantines me convencieron del todo. Justamente esa planta había que cultivar (2009: 72).

A partir de ese momento, el proceso requirió las siguientes tareas por parte de Oluf:

- contrató a una familia de nativos para iniciar la tarea, siendo el hombre quien le ayudó a derribar los árboles silvestres “con el antiguo sistema indígena”, y que consistía en conservar las raíces para que brotaran nuevamente y asegurar la cosecha todos los años;

- para su cosecha, “los gajos se cortaban en una medida estándar, y se juntaban en montones en un lugar abierto donde antes habíamos juntado leña y colgado un tendal de tacuaras” (2009:77).

- el secado se producía flameando gajo por gajo sobre el fuego, hasta que las hojas producían un chasquido que anunciaba que se habían secado bien “este proceso era responsable de la calidad del producto, ya que hacía que las hojas conservaran el color verde oscuro” (2009:77) y luego se dejaban sobre el tendal de tacuaras, con un fuego lento por debajo para que quitara cualquier rastro de humedad;

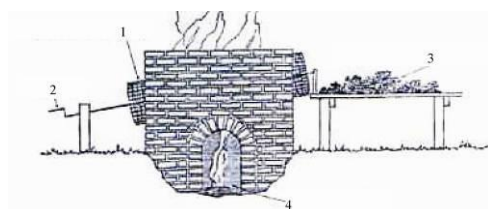
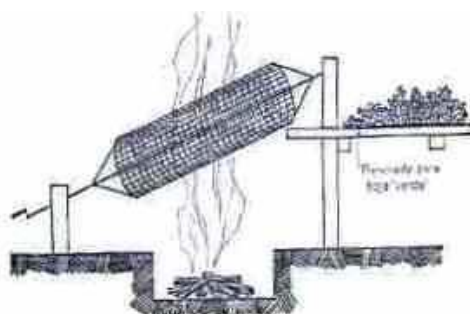
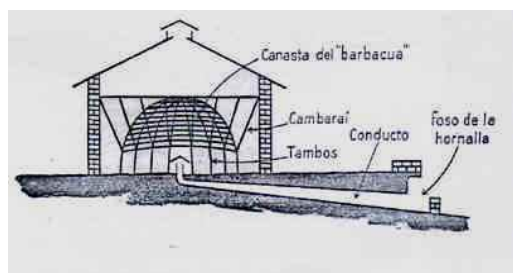
- las hojas secas se quebraban luego sobre una bolsa extendida en la tierra y se las dejaba estacionar dos meses, luego de los cuales se las molía en un mortero.

Finalizado este proceso, cuenta luego el danés, recurrieron a su evaluación a través del envío de muestras “al sur” (no aclara destino). Cuando les respondieron que era excelente calidad, ampliaron la producción plantando en áreas mayores. También aquí describe el proceso e interesa que, al igual que durante su primera cosecha, menciona en este caso variables del suelo, del clima, condiciones del sol, la sombra y el riego ideales para llevar con éxito la plantación.

Este desarrollo, tanto de la producción como de las estructuras, técnicas y mecanismos que habilitaban una mejor y mayor calidad de yerba mate (ver figura a la derecha), eran a su vez procesos observados por los nuevos colonos que aún no habían tenido ninguna cosecha, percatándose de cómo llevar adelante cada etapa, tanto de los posibles inconvenientes que se debía evitar, tales como el incendio de barbacuá.

De esta manera, el hecho de que el observador asuma el rol de observado por los nuevos principiantes parece ser una constante en los inicios de esta colonia, al menos en

casos como este en el que, recordemos, el medio y el objeto de la producción es un bien local totalmente novedoso para los daneses. Además, la reiterada costumbre de ayudarse entre coterráneos hace pensar que también existía la transmisión oral de instrucciones básicas para los principiantes, probablemente, en los lugares de reunión social que los colonos usaban para intercambiar este tipo de información.



Barbacuá, sapecadora por dentro y su funcionamiento: 1) tambor de alambre tejido; 2) manivela; 3) planchada de hojas verdes; 4) fosa del hornillo. Fuente: www.hohenau.gov.py/detalle.php?idnoticias=52

“Colocábamos un globo de 8 metros de diámetro sobre un círculo de tirantes. El borde inferior se elevaba a un metro y medio del suelo y en el medio del globo desembocaba un pequeño túnel cavado en la tierra, el que llevaba el fuego desde un fogón debajo de la bóveda, donde una capa de hojas se secaba. Para secar la yerba mate, el primer tratamiento consistía en hacer pasar las hojas por un cilindro de hierro oblicuo, que rotaba con las paredes de tejido por donde traspasaban las llamas, y terminaba con un aplastamiento efectuado por un molino que consistía en un palo fijado en el centro de un recipiente redondo de madera, y tirado por caballos” (Johansen, 2009:133).

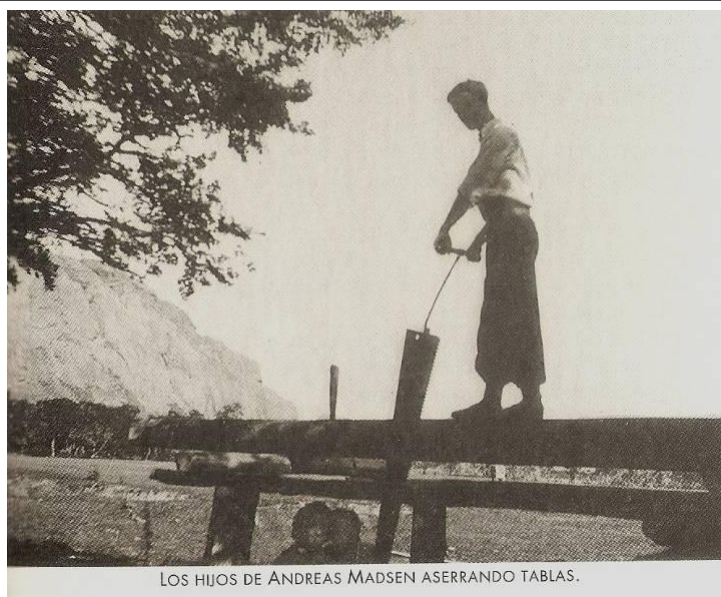
El cultivo de yerba mate es una de las situaciones en donde mejor se evidencia la organización de tareas. Además de profundizar ciertas pautas de aprendizaje basadas en observar y copiar al productor que lindaba con el propio campo, o experimentar sobre materias primas y técnicas de cultivo, este pionero recurrió al trabajo colectivo con gente local que incorporó al proceso “modos de hacer” locales y saberes tradicionales de los indígenas respecto de la yerba. El resultado, entonces, es un conocimiento generado de forma combinada, a través de un aprendizaje experimental que, al potenciarse con los errores y aciertos de las siguientes plantaciones y cultivos, permiten al productor una

acumulación de saberes que lo posicionan como experto que pasa a ser, en estos temas, el maestro antes que el aprendiz.

Pero además de lo que le permite a este inmigrante la circulación del conocimiento como capital, el relato de la organización de la producción en torno a un problema económico concreto, da muestras de cómo construyen a la colectividad —justamente, como entidad colectiva particular—, porque la forma en que se acumulaban los saberes determinaban el lugar de los aliados, el de los “maestros”, los aprendices y la competencia, el del evaluador externo sobre la calidad del producto, etcétera. Con estos elementos, el éxito o el fracaso de determinadas plantaciones se convierten entonces en indicio del lugar en donde se están produciendo las mayores novedades y tecnologías, lo que alimenta y refuerza el lugar de los referentes. A diferencia del caso de los molinos —en donde tanto las fuentes de información como el entorno de colaboración y reconocimiento estaban más cerca de lo danés—, aquí la nacionalidad como criterio para colaborar pasa totalmente desapercibida y en ese sentido también se descarta aún más que en Buenos Aires la idea de replicar al pequeño país en las extensas tierras sudamericanas.

La construcción del aserradero

Aunque todos los pioneros daneses necesitaron de la madera para construir sus primeros hogares, las experiencias más notables son las de quienes se asentaron en la selva misionera y en los bosques patagónicos, ya que en ambos casos contaban, como factor común, de la disponibilidad de abundante materia prima tanto para la construcción, como para la producción, es decir, para que el proyecto fuera sustentable.



LOS HIJOS DE ANDREAS MADSEN ASERRANDO TABLAS.

En la Patagonia Luring relata a través de sus memorias que contaba con la ayuda de Ejnar, un “hombre de manos prácticas” que había terminado recientemente sus estudios como mecánico y a quien también se le había encomendado llevar adelante la tarea de construir una casa para Andreas Madsen y su familia.

En la descripción del proceso Luring detalla las siguientes tareas:

- Edificar el astillero disponiendo para ello cuatro palos puestos en cuadra de 2x3 metros, atándolos por arriba entre sí y a lo largo, de manera que pudieran sostener los troncos a aserrar.
- Tenían que talar buenos palos y frescos para luego partarlos por el medio y alisarlos por los dos lados, a fin de que pudieran ajustarse al soporte de los serruchos.
- Con caballos, debían arrastrar los palos hasta el soporte y colocarlos inclinados del suelo para que pudieran ser enrollados al soporte.
- Medir y nivelar correctamente los tablones “para que la cortadura no sea tan torcida y el serrucho no se trabe. De un lado al otro del bastón se le puso una piola tiznada con carbón o humo negro. Cuando uno cimbraba los bastones al tronco, obtenía una línea completa para serruchar, que podía llegar, por ejemplo, a ser 12 planchas en un bastón. Después se tiraban 2 líneas de cada lado de éste y uno empezaba a serruchar con la aserradura, en lo que precisamente se seguían las líneas. El serrucho era de 2 metros de largo con dientes empinados hacia adelante, así solo podía cortar de un lado. Uno de nosotros se posaba detrás del palo y otro en la tierra, mientras que el superior manejaba, el de abajo tiraba” (Luring, 1985).
- El trabajo con las maderas finalizaba cuando se rellenaban las rajaduras y se tapizaba la pared.

Se trata, en definitiva, de un trabajo puramente manual donde, a pesar de los conocimientos de mecánica reconocidos por el autor, lo que se prioriza es la técnica.

Distinta es la experiencia de Oluf Johansen en Misiones.

A pesar de los múltiples usos que finalmente le dio, la motivación primera de Oluf para construir una “rueda de agua” fue generar energía de la corriente de un arroyo cercano para hacer funcionar un aserradero. Con este fin se asocia con un vecino soltero que en sus horas de ocio solía visitar a la familia y que estaba muy interesado en colaborar en la empresa:

Después de mucho estudiar libros y revistas en conjunto, comenzamos a adquirir las cosas necesarias. La selva debería brindarnos casi todo; de esta manera, se hacía aún más interesante. (...) Pasamos muchas noches discutiendo los planes en nuestra vieja casa. Ganas de trabajar nos sobraban, y quizás por eso omitíamos los grandes problemas que surgirían. Otros colonos participaron del proyecto, y sus dudas y advertencias sólo conseguían estimularnos. Deberíamos mostrar en la práctica la verdad de nuestras teorías (Johansen, 2009:143-144).

Lo que se explicita claramente en este relato es, primero, la búsqueda del conocimiento específico en libros y revistas que, si bien no están definidos en cuanto a su perfil, se estima en base a la anécdota de conformación del centro cultural en el mismo pueblo (relatada en el apartado sobre las fuentes de educación), que ése fue el lugar donde los consiguió y probablemente el lugar donde difundió sus ideas a fin de conseguir socios en la empresa. Trasladados a la casa de uno de ellos, a la lectura del material le sucede la etapa de discusión de los planes y también seguramente, el dibujo de los planos.

Aún así, el resultado final del proyecto requirió muchos años de ensayos y la construcción de dos ruedas distintas en términos de materiales, debido en parte, a los nuevos conocimientos que debieron adquirir para que su obra soportara finalmente las condiciones climáticas locales. Los recursos materiales para la construcción de la primera rueda –esto es, las maderas- los obtuvieron de la propia selva; los recursos humanos, aparte de su socio, serían estos “otros colonos” que participaron eventualmente del proyecto. El asumir que deberían mostrar en la práctica la verdad de sus teorías, los posiciona como responsables de la obra, pero también como sus autores intelectuales. Por ello el desafío no es sólo práctico sino también teórico y con él se juegan el reconocimiento de los pares colonos.

Con estas condiciones, la construcción de la primera rueda implicó las siguientes tareas (:143-145):

- Limpiar y quemar el terreno. En esa acción descubren que corría un pequeño brazo paralelo al arroyo, del otro lado del valle; esto los decide a construir un dique de tierra a través del valle, en su parte más angosta (80 metros), lo que debía conformar un lago donde el viejo arroyo serviría de desagüe mientras funcionara la rueda; cuando ésta no funcionara y el dique rebalsara, debía desagotar en el otro brazo.
- Una vez edificada la represa, comenzaron a vaciar el arroyo para construir la rueda. Esto les llevó varios intentos, por lo que aprendieron, por la rotura del dique en numerosas ocasiones, a considerar los factores que aumentaban el caudal y la presión del agua, hasta que se resignaron a esperar una época de sequía.
- Cuando el agua hubo crecido formando un lago (sin provocarlo ellos sino el clima), levantaron la represa un metro más con maderas duras.
- Serrucharon las maderas para construir la rueda, sobre una base y tirantes de maderas igualmente duras.
- Cuando la rueda estuvo en funcionamiento hicieron techo y paredes, utilizando las piezas de metal (clavos, tornillos y sierra) que provenían de Buenos Aires:

Sobre un eje con una cadena de hierro, hacia el disco del serrucho habíamos puesto una correa de cuero de vaca. A menudo, ésta debía ser engrasada con sebo, y

entonces funcionaba correctamente. Rollos de cedro y otras especies avanzaban tirados por dientes de acero, haciendo tablas, mientras nosotros sólo mirábamos (Johansen, 2009:145).

Tal como había sucedido con las plantaciones de yerba mate, recién cuando la rueda estuvo en funcionamiento percibieron el reconocimiento de los colonos vecinos que habían observado el proceso y que ahora se acercaban incluso para usar el lago de balneario. A este “éxito” (ahora en términos tecnológicos y sociales), le sumaron la función primordialmente comercial de vincular con otra correa un molino de maíz para la materia prima que llevaban otros colonos. Mientras el aserradero y el molino funcionaban, Oluf se dedicaba a la carpintería para una reducida clientela. Estos otros usos del molino compensaron la competencia que le surgió al aserradero cuando se desarrollaron los aserraderos a vapor y en zonas más accesibles.

Recién al conseguir comprar los terrenos Johansen se sintió preparado para emprender el proyecto de una nueva rueda donde “podía cometer libremente mis equívocos, y la necesidad de electricidad aumentó junto con el aumento de nuestras actividades” (2009:146).

La nueva rueda implicó:

- Invertir el plan anterior y, en vez de comenzar por la construcción de la represa, cavar un desagüe profundo;
- Construir una rueda más liviana, con palas de hierro sobre eje de acero y cables en vez de correas de cuero que se conectaban a: el cilindro de hierro que movía las hojas de yerba mate hasta que se secaran; el molino; el serrucho del aserradero; una dínamo.

De esta manera, Oluf solucionó la necesidad creciente de energía a través de un mecanismo que, si bien competía en la época con los motores a combustible, no dependía de las crisis, ni de la suba de precios del petróleo, ni de la posibilidad de conseguir repuestos complejos.

Tanto la lectura del proceso de producción de yerba mate como estos relatos sobre la construcción de aserraderos llaman la atención por el nivel de detalle con el que describen las actividades. Tales descripciones —que aquí aparecen sintetizadas a los fines analíticos, pero que forman parte de pasajes más extensos en las historias de vida de los pioneros—, no tienen un destinatario directo más allá del eventual lector de sus memorias, pero de ser ese el caso, el lector que construyen a partir de este tipo de escritura es alguien que potencialmente puede replicar su experiencia. Profundizar sobre esta hipótesis llevaría a indagar sobre la circulación deseada de estos relatos, por qué y dónde se decidía su publicación dentro o fuera de un mercado editorial; sobre este tema

no se tienen mayores datos y las expectativas de los pioneros respecto de sus relatos no ha quedado explicitada, pero conociendo que la mayoría de estas memorias y biografías han sido escritas primero en danés antes de ser traducidas, y que no han tenido un circuito comercial por fuera de la colectividad danesa en Argentina, es posible pensar que al escribir de esta manera los inmigrantes le estuvieran hablando a sus compatriotas en Dinamarca, contándoles sus éxitos, algunos fracasos y determinados obstáculos. Nada indica que hagan esto porque asumen el rol de “agentes de propaganda” de la Argentina porque nuestro país es mayormente una oportunidad de recursos naturales que los daneses valoran mucho en su contexto natal, pero tampoco parecen hacerlo por dar muestras de superioridad respecto de los que se quedaron del otro lado del Atlántico porque no se desprenden del sentimiento de añoranza e incluso muchos de los que escribieron son aquellos que volvieron a su país. En esta situación es que se entiende que textos tan descriptivos funcionen como un medio de comunicación y enseñanza para “aquellos que vendrán” que son, en primera instancia, los nuevos migrantes, y en segunda instancia, las nuevas generaciones de la propia familia.

Así entendidos, se comprende el por qué de las explicaciones mensurables sobre dónde y cómo se encuentran los mejores materiales, las técnicas para trabajarlos, las posibles dificultades, las condiciones del clima, los ríos y el suelo. Sus fuentes de información son evaluadas previamente según la magnitud o complejidad del proyecto: a veces las propias experiencias en la construcción son suficientes; otras veces requieren el estudio a través de libros y revistas; en última instancia, es explícita la valoración del colaborador por sus estudios de mecánica, aunque mucho más por sus habilidades manuales. El capital cultural se expresa entonces en las tres variables explicadas por Alicia Gutiérrez (incorporado, objetivado e institucionalizado) y es la vía para que el pionero construya las herramientas necesarias que le permitan competir a nivel económico, tanto como afianzar su capital social y simbólico a través del reconocimiento y las nuevas relaciones que le trae el éxito de sus proyectos.

La producción láctea

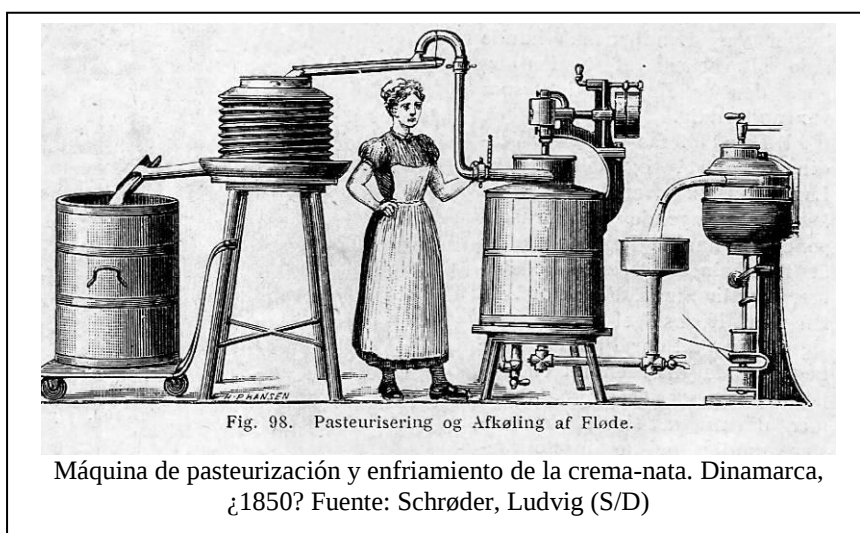
La producción láctea desarrollada por los daneses llegó a ocupar un lugar destacado en Argentina, incluso en épocas donde el oficio era tecnológicamente muy primario y consistía básicamente en la elaboración y venta de leche casa por casa:

En pocos días aprendí a ordeñar, aunque en Dinamarca nunca lo había hecho (...) Los lecheros que vendían leche en la ciudad eran, en su mayoría, muchachos argentinos o españoles. Iban a caballo con los tarros de leche colgados a los lados del recado. Yo hice lo mismo, imitándoles tanto en el modo de llevar los tarros como la vestimenta, que en aquel tiempo se componía de calzoncillos largos y chiripá, sombrero de gaucho y zapatos rústicos (Fugl, 1973:26).

Luego —cuenta Fugl en sus memorias—, al obtener más leche de sus vacas, se fue conformando una clientela fija de mujeres, que eran quienes pagaban este tipo de compras (un peso por litro de leche). En esta época aún gobernaba el país Juan Manuel de Rosas y las rencillas hacia los extranjeros provocaron que este pionero abandonara el rubro antes de finalizar la década de 1840.

Casi dos décadas más tarde el panorama político había cambiado y en términos de producción láctea “había aquí muchas vacas y Eigler quería introducir la industria lechera de acuerdo al modelo danés” (Bækhøj, 2011:20). La cita refiere al inmigrante danés Eigler de Nakskov, quien a mediados de 1860 trabajaba como mayordomo en la estancia “Las Rosas”, a 50 kilómetros de Tandil, en donde en 1867 llegaron otros daneses para establecer un tambo. La tarea de ordeñe resultó difícil. Además, la forma de domar que encontraron aquellos encargados de amansar a las vacas —luego de probar enlazarlas, atarlas y encerrarlas—, era ocasionarles hambre y sed un par de días, con lo que, si al cabo de una o dos semanas el animal se dejaba ordeñar, el rendimiento de leche era mínimo: “habían comenzado en una época prematura y después de nueve meses abandonaron el ensayo del tambo” (Bækhøj, 2011:26), mudándose y dedicándose a otros rubros.

No da mayores especificaciones respecto de qué significaba introducir el “modelo danés”, pero a juzgar por el material de la época (Schrøder, s/d: 98), se trataba de espacios de producción en donde se extraía la leche y se fabricaban productos derivados mediante máquinas y procesos como los que indica la figura siguiente:



La importancia de esta industria en Dinamarca derivó en un movimiento cooperativo que se inició justamente en 1882 cuando se funda la primera cremería cooperativa en Hjedding, al oeste de la península de Jylland:

Un grupo de labradores modestos se asociaron bajo condiciones muy sencillas para solucionar un problema común económico (...). No parece que hayan recibido impulsos de otros círculos, pero sus esfuerzos se vieron coronados con éxito tan grande que a los pocos años se crearon no pocas mantequerías cooperativas en su mayoría sobre el modelo de la de Hjedding. El objetivo de esta colaboración era la elaboración de la leche para fabricar los productos de lechería. En cambio, durante una serie de años, no se hizo gran esfuerzo para organizar el aspecto mercantil de la industria, y se ha visto el caso singular que las mantequerías cooperativas durante bastantes años seguían vendiendo la manteca a negociantes particulares (Drejer, 1941:12).

La generación de inmigrantes daneses que es posterior a este modelo provenían del campesinado de la península, y no desconocían este modelo de producción; de hecho los oficios vinculados al campo (incluyendo el tambo) abundan en el perfil de la segunda etapa migratoria de los daneses.



Una de estas experiencias fue relatada en las entrevistas sobre un pionero danés (entendido aquí como el primer integrante de la familia en asentarse en Argentina), hacia 1920. Este danés había estudiado en Dinamarca y era un “maestro lechero” (*mejerimand*); al llegar a nuestro país trabaja primero en el campo y en el tambo en la zona de La Dulce (Necochea); se traslada a Córdoba en donde, invirtiendo una herencia de la esposa, se asienta en Río Cuarto con otros dos daneses para poner una fábrica de quesos, empresa que fracasa cuando los socios —encargados de vender los quesos en Mendoza—, desaparecen dejando en bancarrota a la pareja y sus cuatro hijas.

De allí se mudan a Santa Fe, a Fidela (ciudad fundada en 1913), a trabajar en una cremería que era del Molino Angelita y donde también trabajaba un danés que era inspector de cremerías:

Hay muchos tamberos por ese lado, los que tienen las vacas y ordeñan tienen que llevar la leche a la cremería. Eran muy lindas, muy nuevas y había vivienda para nosotros también. Los lecheros venían con los carros, mi papá medía la grasitud que tenía la leche y según la grasitud se lo anotaba y se le pagaba. Y entonces había una desnatadora en donde se pasaba toda la leche junta en unos tanques altísimos. Y se hacía la crema y se despachaba en tren en esos tachos de aluminio. Se llevaban a Esperanza y en Esperanza se hacía la manteca. Toda la zona era lechera. La ganadería era muy importante. Entonces cuando desnatás la leche lo primero que sacás es un granulado que se convierte en caseína. Ese granulado se ponía en bandejas de tela que se ponían al sol y ahí había que secarlo. Nosotras, que apenas llegábamos, las movíamos todas porque había que moverlas para que se secara pareja. Eso se embolsaba y se mandaba a Esperanza, no sé si lo exportaban... Y de ahí quedaba el suero, estaba en tinajas grandes, así como esta pieza, redondas, estaban hechas como de madera como los toneles de vino. El suero era algo más denso que la leche, pero no tanto tampoco. Y eso después se le daba de comer a los chanchos. Todo eso se calentaba, todas las poleas y esa cosa que daba vuelta toda a la fábrica, una caldera grande a leña. Y entonces había un caño que calentaba el agua que se metía adentro [98].

Además de describir el proceso de evaluación, selección, producción de derivados y comercialización de la leche, este relato nos habla de una industria bien instalada en la zona láctea por excelencia de Argentina (Santa Fe - Córdoba - Buenos Aires) y la participación de otros daneses en ella. No hay referencias a una colectividad propiamente dicha, pero toda la entrevista refiere a otros coterráneos que posiblemente hayan conformado una especie de “manchón étnico”, como se citó de M. Bjerg en capítulos anteriores. De ser este el caso, es comprensible que por la misma baja cantidad de población danesa que inhabilitó la constitución de instituciones propias, se haya en cambio potenciado el intercambio con inmigrantes de otras colectividades afines, como sucedió en la Patagonia.

Así lo deben haber comprendido los suecos Abel Nordström, Hilmer Dahlgren y Harald Mörtstedt quienes a fines del siglo XIX fundaron “La Compañía Escandinava” (1891) en Jeppener, al sur de la provincia de Buenos Aires. Se trataba de insertar en el mercado los separadores de Laval que separaban la crema de la leche, y que era un artículo muy publicado en diarios dano-argentinos como *Tandils Tidende*. Esta empresa tuvo, en principio, un gran sentido de la oportunidad, ya que

Argentina era conocida mundialmente por ser la tierra prometida del ganado. Pero a fines del siglo pasado apenas se ordeñaba al 1 % de las vacas del país. La crema, la manteca y el queso, producidos en limitadas cantidades, eran fabricados artesanalmente por los “lecheros”, la mayoría de origen vasco. La demanda sólo podía satisfacerse importando esos productos desde Dinamarca y Francia. “La Escandinava” modificó esa tendencia. Fue la primera empresa que exportó manteca argentina a Inglaterra. Equipada con los separadores de Laval que el capitán Adde

había introducido en el país cinco años antes, los escandinavos pudieron aumentar la producción de exportación: de mil kilos al día en 1894 a cuatro mil kilos al día en 1899 (S/D: 4).



La Escandinava fue comprada luego por una cooperativa que reunía a los productores de leche del país y convivió luego con La Cooperativa de Cremerías. El nivel de formalización de esta industria había alcanzado un importante desarrollo ya a comienzos del siglo XX, aunque corresponde decir que no era así en todos los lugares en donde los daneses se dedicaban a esta producción. En la Patagonia, Lauring aplicaba un método adaptado de lo que había aprendido trabajando, de paso, en una lechería de Buenos Aires:

Tenía 12 vacas que yo solo ordeñaba y cuidaba. La manufactura de manteca era relativamente fácil, ya que tenía un par de baldecitos que llenaba con crema y luego los tapaba, los subía al caballo y bien atado a la montura, después de una larga cabalgata por el campo, la manteca estaba batida cuando regresaba. La manufactura de quesos era más difícil, pero me iba bien y yo vendí algo, tanto manteca como queso. El suero de la manteca y del queso iba para las gallinas (Lauring, 1985).

Prácticamente la única coincidencia entre este proceso y el desarrollado en Santa Fe es que el suero era considerado un desperdicio y por tanto servía como alimento de chanchos y gallinas, pero de nuevo, la precariedad de las condiciones de esta última experiencia distaba grandemente de la santafesina, con lo cual es plausible el ingenio de Magnus, no sólo para autoabastecerse de lácteos, sino de encontrar cómo producir un bien comercializable.

La producción láctea es un caso interesante dentro de los procesos de producción, organización y comunicación del conocimiento profesional y técnico donde tienen participación los daneses porque muestra una evolución tecnológica que varía radicalmente desde 1840 a 1930 pero además requiere de una creciente capacitación del recurso humano y no sólo de la inserción de nueva maquinaria (como las que facilitaban y aceleraban el trabajo en el campo) o de construcciones más complejas (como las de los molinos de agua). En el caso de la industria láctea la fuente está siempre vinculada al otro:

la imitación de sus tareas (y de sus actitudes) en cuanto al ordeño y la venta, la aplicación de un “modelo danés” de producción, la concepción de un trabajo colectivo y aún más, cooperativo, propio de los escandinavos.

El movimiento migratorio de esta colectividad trajo profesionales en esta industria, incluso durante el período de la inmigración masiva, pero ya en el siglo XIX el gran auge adquirido por las cooperativas de producción láctea había fomentado el desarrollo de este perfil en los trabajadores del campo, lo que se hizo notar en la expansión que la actividad tuvo en nuestro país¹⁸: en la mayoría de las historias de vida de los pioneros, tanto como en las entrevistas que refieren a los primeros inmigrantes de familias asentadas en otros lugares donde no se conformaron colonias pero si grandes grupos de daneses, la producción láctea aparece como una primera actividad económica, como una profesión que asegura un puesto capacitado en una fábrica, o bien como una tarea que —con algo de oficio, imaginación y perseverancia—, podía llegar a generar una ganancia eventual.

Como contraparte, a la mayor profesionalización de los daneses en este rubro respecto de los mencionados en apartados anteriores, la actividad se volvió endogámica al incorporar cada vez más técnicas y tecnologías provenientes de Dinamarca. Probablemente en este sentido las alianzas hayan sido menos que las competencias representadas —según estos relatos— en los vascos o en los suecos. Con estos últimos, sin embargo, parece haber habido un acuerdo comercial a partir de la venta de desnatadoras de ese origen, que a juzgar por la permanencia del aviso pertinente en las páginas del diario dano-argentino de Tandil, puede haber tenido gran reconocimiento entre la colectividad danesa.

Las cooperativas dano-argentinas

El apartado anterior se refería al inicio de las cooperativas en vinculación con las cremerías y, en efecto, las entrevistas a los descendientes de la colectividad colocan a esta modalidad de trabajo como una pauta cultural traída desde Dinamarca y argumentan dicho origen porque “en un pueblo chiquito donde son pocos y el suelo es pobre, no pueden estar desunidos” [52]. Tal concepción sobre el cooperativismo es rescatada, por extensión, como un valor de la formación ciudadana y religiosa que los daneses “importaron” del país nórdico. De esta forma, “el bienestar de la sociedad era algo natural, no era materia de discusión, había que encaminarlo” [58].

Las actividades más mencionadas resultado del desarrollo que tuvieron estas organizaciones en Argentina, son la entrega de herramientas para empezar a trabajar en el

¹⁸ Además de los mencionados en este apartado, podría nombrarse el caso de Dina Huapi (Isla danesa), que, aunque supera el período estudiado, se trata de un pueblo creado en los años 70 en los lugares donde se habían asentado Kristian Hansen y Jose Brendstrup dedicándose a la producción láctea.

campo (se trata en su mayoría de cooperativas agrícolas), el préstamo de capital y el impulso de colegios daneses como el que fundó un grupo de familias de esa nacionalidad que vivían en la Colonia San Francisco de Belloq (Tres Arroyos), “que sin esperar la larga tramitación oficial, establecieron una escuela en la cual se instruyen sus hijos” (Ibarbia, 1940: 4). El sentido de estas acciones era, por supuesto, ayudarse, mantenerse unidos y organizarse en términos de representación ante otras autoridades.

La difusión que tiene esta modalidad de organización en la colectividad dano-argentina se evidencia también en el núcleo de cooperativas distribuidas entre Necochea, Lumb, Orense, Tres Arroyos, Tandil y La Dulce. En estos lugares los miembros fundadores fueron daneses, ya sea en su totalidad o en su amplia mayoría: La Sociedad de Socorros Mutuos (1896, Tandil), La Segunda (fundada en 1923, La Dulce) y la Asociación Mutual DAN (1932, Tres Arroyos), eran las que contaban con mayor presencia danesa o dano-argentina en sus comisiones. En todos estos casos, las cooperativas se instalaron como protectoras de los daneses de la propia localidad, colaborando principalmente para defender su producción. Con el tiempo, sin embargo —y tal como sucedió con otras instituciones y eventos propios de la colectividad—, las cooperativas se fueron expandiendo y resultaron más permeables a socios de otras nacionalidades, al tiempo que ayudaban con sus aportes al desarrollo del pueblo, tal como se menciona en reiteradas ocasiones en el caso de La Dulce, fundado en 1911.

La Dulce Sociedad Cooperativa de Seguros Limitada nació bajo el nombre “La Danske Argentina” Sociedad Mutual Cooperativa Limitada de Seguros contra granizo, el 30 de mayo de 1922 (...) En las disposiciones generales de los estatutos, se establecía que el radio de acción correspondería el límite de los partidos de Necochea, Lobería y González Chávez (...) Por aquellos años ya contaban experiencia otras cooperativas de seguros, tales como “El Progreso Agrícola” de Pigüé fundada en 1898 y “La Previsión” de Tres Arroyos en 1904, las que sirvieron de modelo a la naciente (...) En 1927 al modificarse los estatutos, se debió cambiar su nombre por el de “Cooperativa Agrícola La Dulce” (1908-1983, S/D).

“La Previsión” es una cooperativa de particular interés en lo que refiere a la producción, organización y comunicación de conocimiento porque son sus socios quienes en 1923, urgidos por comprender y mejorar el rendimiento de sus campos, fundan una Chacra Experimental:

Este emprendimiento nace del seno de la comunidad preocupada por mejorar los conocimientos tecnológicos del sector agropecuario (...) A partir de 1958 se denomina Chacra Experimental de Barrow. (En la actualidad) La Chacra Experimental Integrada Barrow pertenece al Ministerio de Asuntos Agrarios de la Provincia de Buenos Aires y funciona como Unidad Operativa por Convenio con el INTA, formando parte de Centro Regional Buenos Aires Sur (Bertucci, 2014).

Todos estos casos muestran un modo particular de organización laboral, que principalmente persigue un beneficio económico pero que está muy vinculado a la potenciación de un capital social que le permitiera al grupo de daneses implicados actuar de forma mancomunada frente a otras instituciones locales. Igualmente, tal como sucedió en los clubes, las pautas de inclusión o exclusión de socios según su nacionalidad marcan también una tendencia a cierta concentración del capital simbólico por el que “lo danés” ya no se presenta ante la sociedad argentina como el perfil particular de tal o cual persona, sino como las características de un grupo determinado. Las cooperativas impulsan, en este sentido, un cambio radical en las relaciones con los grupos locales.

La producción de saberes para la administración local

La experiencia de un pionero danés dedicado a la agricultura comienza diciendo que como nunca antes se había cultivado la tierra en la región, no se ejercían las leyes rurales tendientes a proteger el trabajo agrícola. Tampoco eran respetadas tales leyes, ya que ni el Juez de Paz ni el Alcalde eran amigos del cultivo de la tierra. Y menos, aún, de los gringos que la cultivaban (Fugl, 1973:46).

Lo llamativo de esta anécdota es que, además de confirmar la situación de los agricultores en el país, está escrita por un inmigrante que llegó a la Argentina en 1844, en pleno gobierno de Juan Manuel de Rosas.

Juan Fugl explicita luego que durante esos primeros años no recibió ningún tipo de ayuda por parte de las autoridades de la zona de Tandil a los fines de proteger su campo. Según sus palabras, el Alcalde era hijo del ministro preferido de Rosas (Felipe Arana, Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina) y el Juez de Paz vivía lejos. Sin embargo, ambos se presentaron un día en el campo de Fugl para observar la evolución del novedoso cultivo de trigo, reconociéndole el juez la perseverancia al inmigrante. En este primer contacto con las autoridades Fugl les plantea el problema: la imposibilidad de cuidar el trigo cuando crecía y la enemistad que le generaba actuar contra los dueños de los campos vecinos que dejaban sueltos sus animales para el pastoreo. Por respuesta, el danés sólo fue notificado de la existencia de un código rural según el cual, él tenía derecho a encerrar en un corral a los animales que invadieran su trigal, estando los dueños obligados a pagarle el daño producido, cosa que en efecto hizo posteriormente. Este código, sin embargo, no fue acatado por el vecino, y ante el desinterés del Alcalde (quien alegó que “lo que el juez había dicho eran palabras y no una orden, pero que yo podía formular mi queja por escrito y mandársela”), Fugl decidió presentarse personalmente al juez para reclamar por el pago del daño y, aún más, modificar ese código:

A la mañana siguiente, llamando al escribano, le ordenó que escribiera al alcalde diciéndole que debía reunir inmediatamente a los vecinos que tenían ganado y explicarles el asunto; que era orden del juez que debía efectuarse; que si se encontraba ganado de noche en el sembrado de los agricultores éstos tenían derecho a encerrarlo en su corral y retenerlo hasta que el dueño hubiera pagado el daño causado. [Consultado a Juan Fugl sobre tal determinación, completó:] Si el dueño de los animales no hubiere pagado el daño hecho, antes de las 24 horas, los animales serán llevados al fuerte los cuales, si son caballos serán “patriados” (eso significa que se les cortará la punta de la oreja izquierda, como señal de pertenencia al Estado), y si son vacunos serán carneados para consumo público. (...) Fue la primera orden dictada para la protección de la agricultura en la zona de Tandil, y de gran importancia para el desarrollo del cultivo de cereales del distrito. Desde su publicación, los vecinos, dueños de animales, fueron más tratables, y como no les cobraba mucho por el daño que los animales causaban, y nada a quienes los cuidaban bien, no habiéndose dado nunca el caso extremo de “patriación” de algunos, se acostumbraron a la nueva orden y vivimos pronto en buena vecindad (Fugl, 1973:57-58).

Más allá de cómo el accionar del inmigrante modificó los lazos con los vecinos y con las autoridades, lo que se percibe en esta anécdota es la construcción conjunta con el juez de una normativa (y como tal, una forma de proceder de las autoridades), en principio, para sancionar la falta. Pero aún más importante es el efecto que tuvo esta orden en el crecimiento y expansión del cultivo de cereal en la zona ya que, una vez hecha pública tal determinación, los evidentes buenos resultados de este cultivo ya no estaban amenazados por el proceder habitual de la producción ganadera.

Algunos vecinos, al ver el resultado del cultivo del trigo, simpatizaron con la agricultura y cuidaban mejor que antes sus animales para que no hicieran daño en los sembrados. Otros comenzaron a arar y sembrar, ayudándoles yo lo mejor que podía. Les vendí buena semilla y les aconsejaba cómo obtener el mejor resultado. Para mí era una ventaja el que los cultivadores de cereales fueran varios, pues de ese modo infundiríamos más respeto, tanto a las autoridades como a los vecinos en general” (Fugl, 1973:65).

Así como Juan Fugl se integró al grupo de personas que tomaban decisiones respecto de la vida de Tandil a nivel institucional (religiosa, educativa, normativa, etcétera), también otros pioneros trabajaron para el gobierno local o nacional en tareas que implicaban sumar información para alcanzar un mayor conocimiento sobre las condiciones meteorológicas del país, o el reconocimiento de accidentes geográficos en zonas aún no muy exploradas por el Estado.

En este sentido, la más paradigmática de las experiencias es la de Andreas Madsen, quien se asentó en la Patagonia hacia el año 1901, tras obtener trabajo en la Comisión de Límites entre Argentina y Chile. Su jefe, L. Von Platen, también era danés y lo había conocido junto a otros coterráneos en el Café Skandinaven, en Buenos Aires. Su jefe superior era Francisco P. Moreno, un hombre muy reconocido en varios relatos biográficos, en alusión a distintos daneses que adquirieron algún conocimiento técnico

trabajando para él (como aquel que “trabajó manejando instrumental” con el Perito Moreno y dicen que, además, “leía todo lo que se le aparecía” [227]). En el caso de Madsen fue contratado por su conocimiento como marino, y en esa condición fue comandado a llevar materiales a través de los ríos y lagos patagónicos, de difícil navegación.

Sin embargo, esos años y los que les siguieron implicaron una enorme tarea de reconocimiento del terreno, que le significó posicionarse como referente para el gobierno argentino: “El Cabo de Hornos es una larga punta de tierra que se extiende por delante del gran ventisquero del Lago Viedma. La mayoría de los nombres geográficos del Lago Viedma provienen de los viajes que Alfred y yo hicimos” (Madsen, 2003:54). La cita refiere a Halvorsen “Alfred” Ramstrom, compañero sueco de trabajo de Madsen. Pero no fue ésta la única compañía que tuvo en dichas tareas. En efecto, uno de los daneses que trabajara con Madsen, Magnus Luring, cuenta en su propia autobiografía que su casa

quedaba al refugio de una montañita a la que llamaban Himmelbjerget (la montaña del cielo), c.300 mts. del río. La montaña no parecía como la Himmelbjerget de Dinamarca, y tampoco era tan alta y considerablemente más pedrosa. Era verticalmente bien empinada con acantilados, y de un lado estaba cubierto de bosque (Luring, 1985).

Con algunas idas y vueltas hacia su país natal y a otras regiones de Argentina, Madsen emprendió desde entonces su supervivencia en el sur hasta acabar siendo responsable de una estación meteorológica, tal como contaba en una carta dirigida a un sobrino:

Sabes que cuidamos una estación meteorológica, construida como la primera en estas montañas. Hemos trabajado más de diez años oficialmente con el Ministerio. Realizamos las observaciones tres veces por día, a las 8, las 14 y las 20 horas (...) Una vez por mes enviamos los informes al Ministerio en Buenos Aires (Madsen, 2003: 115 y 109).

En esta tarea participaba su esposa, Fanny, cuya función fue reconocida por las autoridades nacionales a través de Andreas, pues ella se encontraba ya enferma para recibir dicha aprobación:

Yo llegaba precisamente de tomar la última observación meteorológica a las 21 horas. Ella tomó la libreta como de costumbre, revisándola, pues se interesaba muchísimo en ese trabajo que había hecho por su cuenta durante quince años. Cuando estuvimos en Buenos Aires ella recibió un cumplimiento muy grande por esos trabajos. Cuando yo fui a saludar al Director de Meteorología, ingeniero Galmarini, éste me presentó a alguien que estaba con él con estas palabras: “El jefe de la Estación Cerro Fitz Roy, la estación mejor llevada de la República”. Llamó enseguida al Jefe de Cómputos, preguntándole: “¿Cómo vienen los trabajos del Cerro Fitz Roy?” “Siempre perfectos”, fue la respuesta. Solté la risa y les dije: “Les agradezco mucho estos elogios, pero lo hago en nombre de mi señora, pues es ella quien ha hecho todo” (Madsen, 2003: 132).

Todos estos relatos cuentan lo mismo que se percibe en las entrevistas: que en general los daneses tenían una buena relación con las autoridades locales. Si bien esto probablemente podría relativizarse, no sería demasiado extraño considerando que las situaciones hasta aquí relatadas reflejan una relación limitada pero bastante diplomática entre ellos, así como un perfil de inmigrantes que en términos del proyecto nacional de la época como país productor de materias primas, resultaba conveniente. Si a eso se le suma la baja participación a nivel político, ciertamente no había entre estos agentes una gran disputa y en tal sentido, el reconocimiento simbólico por determinadas tareas podría haber sido conveniente para ambas partes.

Espacios de comunicación (de los diarios a los museos)

Según el contexto al que arribaran, en especial en términos poblacionales, los daneses que emigraron a la Argentina variaban sus fuentes de lectura e información. Para algunos “la única vía de información eran las personas, ya que no muy a menudo llegaban los diarios y no existían las radios” (Lauring, 1985).

En épocas y lugares más favorables que la Patagonia del 1900, las entrevistas, las biografías, las autobiografías e incluso la bibliografía sobre esta colectividad refiere a los daneses como grandes lectores, por lo que al momento de pensar los canales de comunicación por los que podría haber circulado otro tipo de conocimiento ya no práctico ni observacional, sino objetivado en distintos materiales es relevante rastrear a qué tipo de libros, revistas o diarios hacen referencia. Además, el dato sobre qué leían los inmigrantes daneses y/o las primeras generaciones de sus descendientes es de mayor utilidad cuando se indaga sobre los usos y circulación de aquellos productos gráficos: ¿quiénes producen (escriben) y quienes leen? ¿Cuándo se lee? ¿De qué origen son las publicaciones?, serán algunas de las preguntas guía de este apartado.

Ante todo, hay que hacer unas distinciones entre los medios masivos referidos en los relatos biográficos: las biografías y autobiografías difícilmente mencionen la lectura de diarios locales; en general los lectores daneses establecían estrategias de intercambio de material producido en Dinamarca y traído por algún coterráneo que hacía circular esas publicaciones en centros culturales o “en bloque”, casa por casa, como se explicará más adelante. Una de las pocas menciones a la lectura de diarios locales incorporada a la rutina de un danés se presenta en el libro sobre Adolf Petersen, quien leía biografías, relatos sobre viajes y extensas novelas en los momentos de descanso del trabajo. Sin embargo, para mantenerse actualizado leía *La Nación*; “a veces también tenía publicaciones dinamarquesas” (Bækhøj, 2011:98).

En las entrevistas a los descendientes el panorama es un poco más variado e incluye tanto material producido por y para la colectividad, como diarios nacionales y hasta alguno de origen estadounidense¹⁹, tal como evidencia el siguiente cuadro:

Origen	Publicación	Menciones	Fundación
Dk-Arg	<i>Tandils Tidende</i>	2	1880
	<i>Syd og Nord</i>	7	1905
Dk	<i>Familie Journal</i>	5	1877
	<i>Hjemmet</i>	3	1904
	<i>Norden</i>	1	1899
	<i>Politiken</i>	1	1884
	<i>Skandinaven</i>	1	1904
EUA	<i>Mecánica Popular</i>	1	1902
Arg.	<i>La Prensa</i>	1	1869
	<i>La Nación</i>	2	1870
	<i>La Razón</i>	2	1905
	<i>Crítica</i>	3	1913
	<i>Para Ti</i>	1	1922

Los diarios dano-argentinos eran tanto un medio de prensa masivo como un canal de diálogo para la colectividad, ya que a través de él se escribían y contestaban en las secciones de sociales, y mandaban información que querían que fuera publicada. De igual manera cuando los daneses pioneros escribían o se dejaban describir por otros, también era motivo de reconocimiento el hecho de que los artículos fueran publicados en su país natal:

Habíamos recibido visitas desde Dinamarca. Un periodista investigador de los polos, que ahora había puesto la mira en los países cálidos, quería estudiar nuestras condiciones de vida y describirlas a los lectores daneses; y esto quería decir que aún se interesaban por nuestra suerte allá en casa (Johansen, 2009:97).

La conciencia sobre lo minoritario de su población en relación a otros grupos migratorios convirtió a sus publicaciones, instituciones y eventos en refugio y propaganda de su ser colectivo pero los destinatarios fueron casi siempre ellos mismos, la propia colectividad, o su país de origen. Cuando publicaban lo hacían en danés e incluso usaban como canal para hacerlo instituciones como la Congregación Danesa en el Exterior o directamente escribían para diarios de Dinamarca.

Una vez, por sugerencia de mi esposa, había escrito una descripción de los viajes que realicé con la expedición de límites argentino-chilena, en la que participé en 1901-1903 con el Dr. Francisco P. Moreno. Durante tres años recorrí la Cordillera de los Andes desde Chubut hasta el Lago Argentino. Anoté las descripciones de mis

¹⁹ Se trata de la revista *Mecánica Popular*, que si bien es mencionada sólo una vez se presume que refiere a la versión original de 1902, ya que la latina empezó a editarse recién en 1947.

viajes, sobre todo, para que mis hijos se formaran una idea respecto de cómo era la Patagonia a comienzos de siglo (...) En el curso de los años, cada tanto había escrito algunos poemas, también más que nada por sentirlo así. Por ejemplo, cartas a mis viejos amigos en verso. Una de ellas, escrita para uno de mis amigos más antiguos, el Cónsul inglés en Santa Cruz, Lionel A. Harris. *To the Old Timers of Patagonia* (Para los viejos pobladores de la Patagonia) fue impresa en privado a su pedido y repartida entre su círculo de amistades (Madsen, 2003:96-98).

Madsen escribió también algunos episodios del mismo estilo en el periódico *Syd og Nord* (Sur y Norte) de la colectividad dinamarquesa en la Argentina, pero en general sus destinatarios siempre eran otros daneses, en parte por la comprensión del idioma y en parte también porque era hacia allí donde le interesaba buscar reconocimiento de sus aventuras y su —a pesar de las distancias— firme “danesidad”.

Tal como se observa en el cuadro de la página anterior, el periódico *Syd og Nord* fue uno de los más referenciados y, considerando la anécdota de Madsen que lo recibía en la Patagonia, se puede establecer que tal periódico tenía amplias estrategias de distribución por todo el país, al menos, por donde había una colectividad danesa. Este diario era editado en Buenos Aires y las entrevistas, por su parte, dicen que *Syd og Nord* podía buscarse también en algunas librerías. También en la Patagonia, Lauring menciona haber conocido incluso a uno de sus tipógrafos, un danés con quien había viajado en 1914, que también trabajaba en la revista *Skandinavian* “donde a veces me dirigía a leer algo danés” (1985).



Otro periódico de la colectividad, *Tandils Tidende* (Los tiempos de Tandil) aparece referenciado en las entrevistas a causa de su extraordinario fundador y director, Blas Grothe, quien tuvo librería e imprenta antes de desarrollar este proyecto [229]. En efecto, ocupar esta función de darle voz a la colectividad implicaba tener un perfil particular: “tenés que tener un oficio, en este caso era un comunicador. Desde la gráfica él era el director del periódico e intentaba comunicar algo” [218]. Era también un gran lector y una persona a la que le gustaba viajar y observar el mundo.

En el caso de *Tandils Tidende*, la distribución era por suscripción “no se buscaba libremente en el kiosco y eran dos o tres lugares en Tandil para retirarlos” [191].

Generalmente, en los relatos en los que surgen estos medios gráficos, y más aún, la razón de su fundación, aparece una suerte de oferta-demanda sobre la necesidad de comunicarse entre los miembros de la colectividad, suponiendo un tiempo de distención respecto de una cotidianeidad que les exigía aplicar diversas estrategias para comunicarse con un “otro” local que era muy distinto en idioma y costumbres. En este sentido es que se

interpretan estos medios como un refugio: no son diarios plagados de discursos políticos dirigidos a la administración argentina, sino periódicos que contaban lo que sucedía en otras colectividades danesas del país, o los sucesos internacionales que afectaban a Dinamarca. Probablemente el saberse leído por sus pares es lo que posicione a los daneses en un lugar que les exige una participación comprometida en estos medios, en términos de la búsqueda de una profesionalidad acorde a un grupo que se reconoce con la máxima potestad para hablar de sí mismo. Así aparece el fotógrafo como corresponsal, el imprentero de oficio, el lector que responde a otro en la sección “Sociales”, y por supuesto el inmigrante que escribe sus experiencias para ser publicadas como artículos.



Portada de dos ediciones del diario *Syd og Nord*, 1950, en donde se evidencia aún el interés en los sucesos de otras colonias e instituciones dano-argentinas, como la de Gowland (izquierda), y Eldorado (derecha).

En términos de contenidos prima ciertamente un discurso más bien social de las colectividades, pero podría eventualmente analizarse en profundidad por ejemplo la presencia de publicidades que denotan la circulación (venta y adquisición) de nuevas tecnologías para el trabajo agrícola-ganadero que en efecto ocupan un lugar importante en los diarios.



LA SEÑORA MADSEN CON SUS HIJOS, DURANTE UN PICNIC EN EL BOSQUE.

Foto obtenida de la autobiografía de Andreas Madsen, en donde se ve a su esposa Fanny y sus hijos sosteniendo la revista *Hjemmet*, probablemente en un bosque cercano a su casa de la provincia de Santa Cruz.

Las revistas, por su parte, conformaron paulatinamente un mecanismo de distribución particular en la colectividad danesa que se mantiene hasta la actualidad: el pastor local armaba una carpeta donde incluía el último número del *Familie Journal* y *Hjemmet*, entre otros, y los enviaba a una casa determinada para que los ejemplares fueran leídos por la familia y de allí pasara sucesivamente a otras que mostraran interés. No se trataba de publicaciones científicas y en reiteradas ocasiones fueron comparados con las revistas argentinas *Hogar* de principios de siglo XX y *Gente* de la primera época (años 60-70) [181], pero tenían un contenido variado y de perfil divulgativo sobre medicina, sociales y labores: “de ahí sacábamos todo” (para bordar y tejer) [191].

Respecto de los libros, las referencias son múltiples y la casa, en particular en épocas de vacaciones, aparece como espacio de lectura en voz alta: “me leían de todo: novelas, historia (...) allí aprendí a describir” [157]. El objeto libro es algo muy renombrado, a veces como regalo y a veces como colección, pero siempre como un valor en si mismo:

¡Cómo jugábamos y charlábamos alrededor de la mesa, antes de dormir, sabiendo que cada uno había hecho lo posible durante el día! A menudo yo leía en voz alta los pocos libros que teníamos o que nos prestaban. No éramos delicados en la literatura, y los chicos, de acuerdo a su edad, jugaban o escuchaban en torno a la mesa (Johansen, 2009:58).

Pero en torno a la circulación de este material, sólo se mencionan algunas librerías donde se vendían libros en danés, en La Dulce, hacia la década del veinte [185]; el hábito de coleccionar libros en particular por personajes que se dedicaban a la docencia [181] y

en esas colecciones, la costumbre de atesorar libros de historia, novelas y manuales (guías).

Finalmente, cabe remarcar que en este proceso de producir textos y leer otros en busca de información es relevante marcar la presencia de las fotos en las biografías, ya que la gran mayoría de ellas las poseen.



La foto es el testimonio visual de aquellos tiempos pasados y lo que les interesaba conservar para el futuro, y aunque como Luring, se dedicaban al oficio en sus tiempos libres, es notable cómo entre medio de estos “recuerdos del pasado” no sólo aparecen familias y personas queridas sino también referentes de la comunidad, así como construcciones y maquinarias que les provocaban gran orgullo. En estos últimos casos, el fotógrafo amateur se convertía en una especie de corresponsal cuyo medio de publicación eran las propias biografías:

Siempre podía encontrar motivos suficientes, pero para revelar nuestras fotos, esto sucedía bajo proporciones bien precarias. Podría ser en una carpa ó al aire libre cuando estaba oscuro. Nos sentábamos en una caja o en un tronco y colocábamos el líquido para revelar y lámparas, éstas últimas tal vez como un cabo de vela con papel rojo alrededor. De ahí pusimos una lona sobre la cabeza y revelábamos de esa manera las fotos, que en sí no salían tan mal (Luring, 1985).

- **La radio**

Hacia el final del período estudiado aparecen en Argentina las transmisiones de radio y con ellas se desarrollan velozmente las primeras emisoras, lo que atraparía la atención de dos nuevos públicos: los radioaficionados y los oyentes.

Los primeros surgieron por las implicancias técnicas de esa “maravilla moderna” que significó un avance enorme en las comunicaciones tanto para aquellos que aún eran pioneros, como sucedía en el caso de los que estaban asentados en Eldorado, como para las sucesivas generaciones de dano-argentinos que ya estaban firmemente instaladas en el centro-sur bonaerense. Más tarde o más temprano, la radiodifusión impulsó la curiosidad de técnicos que aprendían en revistas cómo improvisar una radio y una antena de alcance aceptable [193, 202].

Había una gran cantidad de maravillosos inventos que habían surgido mientras estábamos sepultados en la selva. Al final, caí en la tentación y compré los planos y las cosas necesarias para esta hermosa cosa de brujas. Me sentía como un niño en la escuela, jugando con lámparas, carreteles y condensadores; y con los auriculares en las orejas, intuía el camino de la corriente por todo el circuito. No estaba seguro del resultado: era demasiado maravilloso. ¡Y la emoción al escuchar las primeras voces humanas que murmuraban en los micrófonos! (...) O cuando una noche de invierno, a las 19.20 horas en Misiones, escuchamos las campanas de la iglesia de Copenhague resonando en la noche veraniega de aquella ciudad. Había admiración entre nosotros los daneses, sobre la técnica que entre eslabones mecánicos y eléctricos captaban los tonos y reproducían claramente, en nuestra propia sala, a tantas millas sobre el mar, tierra y selvas (Johansen, 2009:135).

Aquellos que reparaban o fabricaban radios hallaban que la mejor manera de educarse y adquirir un conocimiento técnico y práctico (y también, en un punto científico y teórico, en el sentido de que estudiaban los fundamentos de lo que fabricaban), eran los cursos por correspondencia de los que solían informarse en diarios o revistas especializados [190].

Allí es donde aparecen las referencias a revistas como *Mecánica Popular* por ejemplo, y que eran de utilidad tanto para hombres como para mujeres:

“Mi mamá no tenía nada de ebanista ni nada. Se le daba por hacer muebles porque en esas revistas venía tan explicitado el plano, los materiales, las herramientas que entonces si te enganchabas te ponías a hacerlo” [85].

Esas revistas eran coleccionadas, encuadernadas, leídas de principio a fin con sus planos y sus publicidades, ya que era así como publicaban los cursos a distancia, donde la metodología y los materiales eran probablemente norteamericanos:

Y entonces se anotaban, mi papá mandaba giros bancarios y mandaban los primeros kits y después... yo tengo todavía los materiales de él cuando hizo el curso de radio. Y se compraba instrumental para mediciones, osciloscopios, cuando no se compró cosas las fabricaba él. Yo creo que la generación de mis viejos al que le interesaba toda esa parte de ciencia y tecnología ha sido un desafío para ellos... y ellos probaban, eran de probar. Mi papá investigaba y probaba e inventaba cosas

porque estudiaban de otra manera: estudiaban la onda. Hoy te dan un chip y cambiás el chip, pero ellos estudiaban otra cosa [85].

A la maravilla técnica que estos daneses procuraron aprender ahora sí a través de materiales especialmente destinados a la divulgación de ese conocimiento, los pioneros como Johansen le incorporaban pequeñas mejoras que tenían al alcance de sus manos, como la disposición de los micrófonos acostados sobre guitarras, que aumentaban el sonido por resonancia.

Pero además,

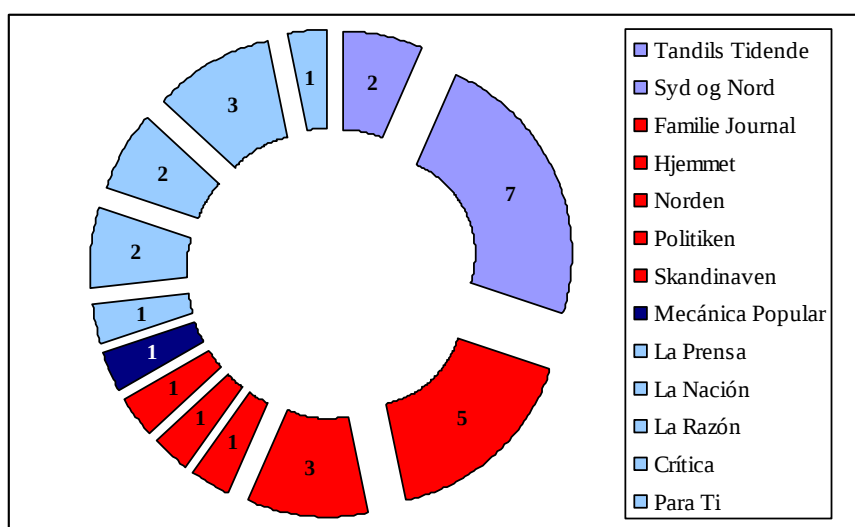
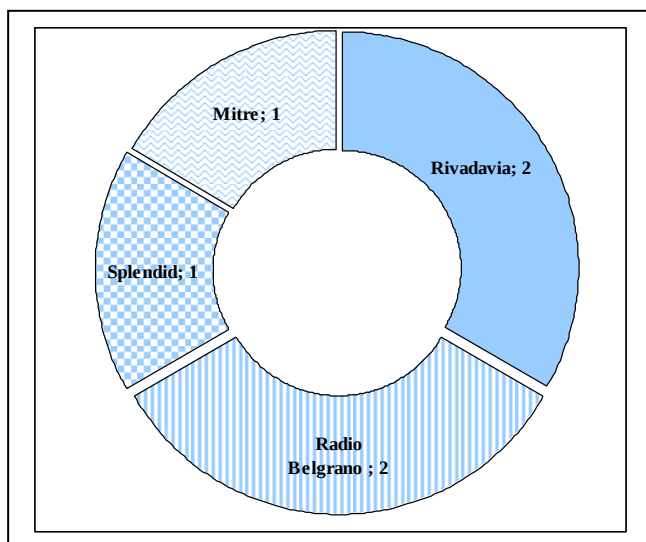
La radio tuvo sentido práctico con los precios, aparte de ser maestra de idiomas, ya que aquí en la selva muy rara vez se escuchaba el perfecto castellano. Lo que antiguamente significaban los trenes con sus horarios, trayendo precisión a la vida de los colonos, significó entonces la radio para nosotros. También recibimos relojes que andaban bien. Lo que antes se nombraba como “a mediados de la mañana” o “cerca del atardecer”, pasó a ser una hora determinada; ya no éramos gente tan solo medio civilizada: pasamos a calcular con hora, con dinero. La sirena de la fábrica sonaba con su ir y venir, desde sobre un aserradero, en el medio de la colonia. Hasta los barcos comenzaron a regirse por los horarios (Johansen, 2009:137).

Por otra parte, la radio generó un nuevo tipo de público, los oyentes, y significó un punto de encuentro e intercambio de información que ya no dependía de la presencia de personas que viajaban. Ahora los vecinos, incluyendo por supuesto a otros daneses pero también a los nativos o los criollos, se reunían alrededor de este aparato, que no sólo acortaba las distancias con Dinamarca sino también con Buenos Aires o Montevideo.

Lo interesante en la comparación de ambos grupos no es únicamente la mayor predisposición técnica de los radioaficionados por sobre los oyentes, sino la búsqueda de contenidos: mientras los radioaficionados tendieron a seguir buscando las noticias provenientes de Europa y Dinamarca, los “simples” oyentes escuchaban lo que les ofrecía el éter y en ese camino, reforzaban el lazo con el país sudamericano al enterarse las noticias del mundo de boca de los argentinos.

En efecto, dentro de la colectividad bonaerense, algunos entrevistados llegaron a recordar lo que escuchaban sus padres o abuelos y en esa breve lista aparecían rápidamente radio *Rivadavia* y *Radio Belgrano* con dos menciones, *Splendid* y *Mitre* con una. Son las AM nacidas en la segunda década del siglo XX, entre 1923 y 1928.

Si comparamos ambos medios desde el punto de vista de la recepción (lectores y oyentes), la radio implicó proporcionalmente una aceptación mucho más notoria de los contenidos argentinos, en comparación con las publicaciones gráficas que aún seguían siendo buscadas en Dinamarca.



Arriba figuran las radios que los daneses y daño-argentinos escuchaban a partir de su desarrollo, en la década de 1920. Abajo, las referencias (valor nominal) a las publicaciones leídas por ellos. En ambos casos aparecen diferenciados según su origen: rojo para Dinamarca, violeta para la colectividad, celeste para Argentina y azul para Estados Unidos.

▪ **Los museos**

La función de la casa como museo es una derivación del valor que la familia le otorga a sus cosas con el paso del tiempo. Se guardan, se exhiben en paredes y se enseñan a quienes muestran interés en ellas. Sin embargo, lo que se conserva no es el objeto en sí, sino la historia que se cuenta sobre el mismo. En este sentido, es notable en la colectividad un cierto recelo a exponer públicamente los objetos familiares, no por falta de interés en su divulgación, sino porque la exposición en un lugar común no les garantiza el control del relato, ni de los datos y valores que ellos consideran relevantes contar. En este sentido no son de exponer públicamente sus colecciones personales, “son de atesorar mucho, con una idea de ‘mirá lo que tengo’” [63].

Lo que se encuentra en los museos de localidades como Eldorado (Misiones) o Tandil (en Buenos Aires), son mayoritariamente piezas personales de algunos daneses relevantes para esos lugares y, en ese sentido, no se rescata tanto su nacionalidad sino su influencia sobre la historia de la ciudad. Por extensión, pueden aparecer algunos instrumentos de trabajo vinculados a estos pioneros que dan cuenta de un contexto que trasciende su biografía, pero en cualquier caso se trata de donaciones que han hecho otros descendientes daneses de la zona.

En ninguno de estos casos hay una explicación particular sobre el uso específico de estos instrumentos de trabajo, sino que lo que se rescata en los carteles es, además de la identificación del objeto, una breve referencia a su dueño original.



Entre las referencias a Juan Fugl existentes en el Museo Fuerte Independencia de Tandil, figuran las donaciones de un ladrillo del viejo molino (demolido en 1997) y una foto de la vieja construcción, cubiertos, libros, una copia de sus memorias (cuyos originales se encuentran en la Biblioteca Nacional de Dinamarca, en Copenhague) y hasta un sillón perteneciente al pionero. Ninguna de estas donaciones fue hecha por sus familiares.



El monumento a Juan Fugl emplazado en Tandil y los modelos de dicha obra realizada por Carlos Allende, tal como constan en el Museo Fuerte Independencia de esa ciudad.

Aunque lo que se desprenda de estas observaciones generales es que los museos no son el mecanismo de divulgación prioritario por los daneses, es interesante cómo esto refuerza la idea de que aún persiste una mirada que se expresa principalmente por y hacia la colectividad. Por su parte, en los museos se reconoce una previsible perspectiva municipal, donde la influencia de cada colectividad es rescatada según su impacto en la historia de la ciudad o bien como el perfil social de determinada época reflejado en la figura de los inmigrantes.



Sierras, ruedas y otras herramientas de los trabajadores daneses. Gran parte de la colección fue donada por las familias Kristensen, Moll, Christiansen, Schwelm y Mayntzhusen. Fuente: Museo Parque de Schwelm (Eldorado, Misiones).

Referencias

- BERTUCCI, Carlos (2014) *Chacra Experimental Integrada Barrow*, disponible en el sitio del Ministerio de Asuntos Agrarios de la República Argentina Consultado en febrero de 2016.
(www.maa.gba.gov.ar/2010/subsecretarias/chacras/barrow.php),
- BÆKHØJ, Lars (1948) *Danske i Argentina*. Traducción de Svend A. Buus (Sin publicar). Copenhague: Det Danske Forlag.
- DREJER, A. Axelsen (1941) "El cooperativismo en Dinamarca. Lo que es y lo que significa". En: revista *Dinamarca. Publicación de la "Liga Pro Ayuda a Dinamarca"*, Febrero, Nº 8, pág. 12-15. Buenos Aires, Argentina.
- IBARBIA, Diego Joaquín (1940) "Los daneses en las Colonias del Instituto de Colonización de la Provincia de Buenos Aires". En: revista *Dinamarca. Publicación de la "Liga Pro Ayuda a Dinamarca"*, Octubre, Nº 4, pág. 4. Buenos Aires, Argentina.
- KIERKEGAARD, Preben (1966) "Bibliotecas". En: *Dinamarca. Manual oficial dispuesto por la Sección de Prensa e Información del Real Ministerio de Relaciones Exteriores de Dinamarca, Palacio de Christiansborg*. Copenhague: Krak.
- MONRAD-HANSEN, K. (1940) "La inmigración danesa en la República Argentina". En: revista *Dinamarca. Publicación de la "Liga Pro Ayuda a Dinamarca"*, Julio, Nº 1. Buenos Aires, Argentina.
- SCHRØDER, Ludvig (S/D) "Vore Noeringsveje og deres Udvikling". En: *Danmarks Folk*. Copenhague: Det Nordiske Forlag, Bogforlaget: Ernst Bojesen.

S/D “Canjeo cueros de vaca por tablonos y cerveza”: Travesías marítimas esporádicas e intercambio comercial durante el siglo XIX (capítulo III: pioneros emprendedores). Disponible en: sueciaenargentina.com/comercio/historia.html (consultado en marzo de 2016).

Diarios y publicaciones de la colectividad:

1908-1983. Nicanor Olivera. *Est: La Dulce* (S/D). [Monografía], disponible en la Biblioteca de La Dulce.

Revista *Dinamarca*. *Publicación de la “Liga Pro Ayuda a Dinamarca”*, editada en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Skandinavia. Danskernes Album (1922), editado en la Ciudad de Buenos Aires.

Syd og Nord, periódico de la colectividad danesa editado en la Ciudad de Buenos Aires, disponibles en el Archivo de la Iglesia de Tandil.

Tandils Tidende, periódico de la colectividad danesa en Tandil, disponibles en la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata.

Memorias, biografías y autobiografías (publicadas) de daneses:

BÆKHØJ, Lars (2011) *Adolf Hendrik Waldemar Petersen (1845-1921) Un inmigrante danés emprendedor*. 1ª Ed. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

ENGWALD, Nina Raben de (2014 [1938]). *Eldorado. 20 años en Sudamérica*. Traducido por Alicia Dick Engwald. 2da Edición. Editor: Raúl Wals Engwald, Argentina.

FUGL, Juan (1989 [1884]). *Memorias de Juan Fugl. Vida de un pionero danés durante 30 años en Tandil – Argentina*. Traducción de los manuscritos en danés existentes en la Biblioteca Real de Copenhague por Larsen de Rabal, Alice.

FUGL, Juan (1959) *Abriendo surcos. Memorias de Juan Fugl 1811-1900*. Selección y traducción de Baekhøj, Lars Buenos Aires: Edición Altamira.

JOHANSEN, Oluf (2009[1934]) *Pionero*. Misiones: Alicia Aerni Editora, Argentina.

MADSEN, Andreas (2005 [1948]) *La Patagonia vieja*. Ushuaia: Zaguier & Urruty Publications, Argentina.

MADSEN, Andreas (2003) *Nuevas historias de la Patagonia vieja*. Traducido por Karen Mikkelsen y Compilado por Martín Adair. Ushuaia: Zaguier & Urruty Publications, Argentina.

Memorias, biografías y autobiografías (inéditas) de daneses:

BUUS, Knud Christian (2000 [1947]) *70 años de lucha. Et Livs kamp gennem 70 aar*. Traducido por Holger Buus; recapitulado y corregido por Svend A. Buus. Sin publicar. Gentileza de S. A. Buus.

CHRISTENSEN, Pedro (circa 1927). *Memorias*. Tandil, Argentina. Sin publicar. Gentileza de Ana María Andersen.

LAURING, Magnus H. (2007 [1985]) *A Caballo por Argentina (På Hesteryg i Argentina)*. Traducción de Svend A. Buus (Sin publicar). Dinamarca: Lindhardt Forlaget.

MEULLENGRADT, Oscar (2001 [1923]) *Memorias del Pastor Meullengradt*. Traducidas por Norberto F. Rabal, Tandil, Argentina. Sin publicar.

Entrevistas realizadas a descendientes daneses:

Albeck, Ricardo - Andersen, Ana María - Andersen, Baldomero - Andersen, Eva - Bidán, Aldo - Boll, Hugo y Sonia - Buus, Svend A. - Caroni, Marcelo - Christensen de Rabal, Blanca - Christensen, Daniel - Dam, Eduardo - Eseverri, María - Ferreyra, Consuelo - Flensburg, Judith - Hansen, Elba - Hansen, Else - Hansen, Iris - Hoffman, Adolfo - Hvid, Ingrid - Jensen, Elly - Jensen, Jytte - Karen Sparhold - Kisbye, A. Beatriz - Larsen, Alicia - Lerfeldt, Steen - Lopez, Sergio - Lund, Lilia - Madsen, Inge - Marta Steffensen - Mikkelsen, Esther - Mikkelsen, Pablo - Nielsen, Iris - Nor, Nelly - Olesen, Martín - Pedersen, Lis - Pedersen, Poul - Rabal, Norberto - Rasmussen, Dorthe - Rasmussen, Nicolás - Roppel, Ernestina - Sildrup, Ana - Sorensen de Knudsen, Sara - Sparholt, Karen - Steffensen, Marta - Vazquez, Carlos.

REFLEXIONES FINALES

Trabajar sobre experiencias de vida

Cada colectividad construye sobre si misma una idea, una imagen compartida sobre lo que afirma que es su identidad. Sin embargo, la memoria colectiva está llena de imágenes que mientras más lejos en el tiempo encuentren su referente, más fragmentadas aparecen y entonces se hace cada vez más difícil saber cuál de ellas nos habla realmente del grupo y cuál de la propia historia familiar o personal que, por esas trampas de la subjetividad, suele plantear los éxitos y los sinsabores como cosas que “eran así”.

Tomar muchas de estas imágenes para componer una global, en vez de elegir la más representativa de ellas, ayuda a comprender el contexto en que fueron tomadas, las razones por las que son rescatadas y saber dónde falta información para buscar en otras fuentes qué esconden esos silencios.

El planteo de la introducción era justamente ese: que en mis relatos familiares sobre los inmigrantes daneses encontraba muchos silencios y que, al contrario de lo que había creído durante largo tiempo, tal percepción era compartida. Pero la historia de mi familia no es la historia de la colectividad y tuve que acercarme a ella para comprobar que la historia de la colectividad tampoco es la de mi familia. Por esto, la búsqueda de esas “otras fuentes” que componen la imagen global aquí propuesta no debía circunscribirse sólo al relato de aquellos que —eventualmente y como resultado de causas que trascienden la nacionalidad—, habían conformado una colectividad, sino que para seguir las huellas de los primeros encuentros de estos escandinavos con la Argentina tenía que indagar también, en la medida de lo posible, sobre aquellas historias más dispersas en el territorio nacional, reconocer los fracasos de la inserción y asimilación con lo local, las estrategias irrelevantes y las tácticas afortunadas que significaron el progreso aunque sea temporal de cada pequeña comunidad.

La lista de limitaciones que esto significaba incluía la certeza de que tal búsqueda difícilmente sería exhaustiva porque muchos de los grupos que se asentaron primero en determinados lugares del país no dejaron rastros ni descendientes y apenas se conoce su existencia por breves comentarios en biografías e investigaciones previas. Por otro lado, pocos de esos relatos son lo suficientemente certeros como para contrastar los datos que aportan y el que aparezcan de forma tan aislada no facilita esta tarea. Finalmente, como se detalló en torno a la construcción del objeto de esta investigación, los relatos biográficos son indagaciones sobre temas puntuales, y a su previsible carencia de detalle (que se atribuye a que son contadas en tercera persona, por las sucesivas generaciones que siguieron a los pioneros), se le suman las alteraciones —también previsibles—, de aquello

que se cuenta sobre lo relatado, el refuerzo de lo que se tiene más presente y el desinterés intencional de lo que se quiere olvidar.

Las memorias e historias de vida no escapan del todo a estas circunstancias, pero por otro lado compensan su escasez con la minuciosidad de sus descripciones, sus percepciones sobre los hechos vividos según cada contexto y la exposición de ideas y sentimientos que sólo pueden ser dichos en primera persona. Además, el hecho de que parte de las biografías publicadas en castellano —y aún menos las inéditas— no pertenezcan a pioneros de comunidades que luego se convirtieron en colectividades, habilita a pensar que estos escritos no se publicaban bajo el criterio de si pertenecían o no a una de ellas sino por mérito de las trayectorias propias de sus autores.

En este marco, las biografías contadas desde la perspectiva del conocimiento producido, organizado y comunicado por los primeros inmigrantes daneses en Argentina son, según la época y el lugar en el que se asentaron, testimonios de un encuentro cultural más o menos programado, conflictivo o negociado, pero que en cualquier caso incorpora a determinados saberes como parte de sus historias de vida. Son especialmente saberes técnicos, soluciones prácticas a problemas de la misma índole, resultado de una acumulación de experiencias propias sometidas a reflexión, de conocimientos adquiridos o aprendidos con otros y siempre expresados de alguna forma: las herramientas adaptadas, las construcciones novedosas, los programas educativos, las técnicas mejoradas, las cartas, los artículos en los diarios, el intercambio personal en reuniones y espacios predeterminados, la forma de reunirse y organizarse, los profesionales intermediarios, los valores colectivos y transmitidos oralmente para reforzar cómo se hacen las cosas...

Como se dijo oportunamente, también las memorias y biografías destinadas a los connacionales y descendientes podrían ser tomadas aquí como materiales de comunicación del conocimiento, sin pretender que ése haya sido su principal objetivo, pero entendiendo que incorporaron en ellas descripciones y explicaciones de procesos cercanas a materiales educativos a los que probablemente no tuvieran gran acceso en su época. Si consideramos además, que los daneses que llegaron luego de la masificación de los *højskole* en Dinamarca ya traían incorporado ese sentido de la educación que la vincula a una vivencia colectiva antes que a la certificación de contenidos aprendidos, sumado a los muchos testimonios de descendientes que cuentan que una de las lecturas preferidas eran los libros de viajeros, es comprensible entonces que al momento de escribir sus memorias los pioneros eligieran contar lo que sabían, lo que aprendieron, lo que construyeron y de qué manera llegaron a esos resultados, antes que redundar en reflexiones valorativas sobre problemas personales. Este perfil de los escritos da mayor sustento a la hipótesis de que se trata de materiales para educar sobre lo que es ser danés en la Argentina y, en ese sentido, mostrar posibles caminos para el progreso de una comunidad que no necesariamente reflejaba a Dinamarca. En la misma línea es legítimo

recordar que los contenidos de las autobiografías fueron transmitidos por “bocetos” de estas publicaciones (artículos en diarios, cartas-instructivos, transmisión oral de las experiencias allí relatadas, etcétera) antes de que fueran editadas desde los años 30 en adelante; que se trata mayormente de experiencias de pioneros que salieron de un país empobrecido que termina de levantarse después de la Segunda Gran Guerra; que ninguna de las colectividades dano-argentinas conformadas en este período lleva por nombre referencia alguna al país escandinavo sino que se reservan ese uso para sus propias instituciones (iglesias y clubes); y que Dinamarca recién en los años 60 adoptó formalmente modificaciones constitucionales por las que crecieron y se desarrollaron del modo que puede percibirse en la actualidad.

Por todo lo argumentado, se puede decir que los pioneros daneses no conformaron sus colectividades en torno a una idea de conquista nacionalista, sino que se agruparon conforme a los recursos (humanos y materiales) que iban necesitando para constituir una idea de comunidad. El que dicha propuesta sea tanto material como ideológica posibilita analizar los consensos y disensos expresados en clave de luchas por los capitales y en especial, aquél que se vincula con la forma particular en que un grupo social construye su vida cotidiana: el capital cultural.

Producción, organización y comunicación de conocimientos

Las once situaciones que se eligieron son aquellas que aparecen en todas las biografías, o en algunas de ellas, pero con marcado detalle en términos de construcción del conocimiento como bien cultural en alguno de sus tres sentidos: incorporado, objetivado o institucionalizado (Gutiérrez, 1994). Aunque, como se ha dicho ya, puede no haber sido éste el objetivo final (la construcción de conocimiento por el conocimiento en sí), el percibir en todas ellas la disputa por el saber muestra al menos la conciencia sobre los procesos que llevan a su producción y en este sentido se las abstrae como disputas por el capital cultural.

Tal vez el caso más paradigmático en este sentido sea el de la constitución de cooperativas ya que en ellas el capital cultural puede estar al principio como conocimiento incorporado (de una manera de organizar el trabajo, sus ventajas, limitaciones y valores allí representados), pero también objetivado en normas y estatutos; puede estar en el medio, bajo la forma de una institución típica que se origina en la reunión de determinado capital social y simbólico (productores agropecuarios daneses), pero que tiene fines económicos; y puede estar al final porque uno de los requisitos de las cooperativas es que destinen parte de sus ingresos al fomento de la cultura local. Lo que sucede es que en esta situación “la cultura” es un bien objetivado (en una biblioteca, una sala de cine,

etcétera) pero no es el conocimiento como bien cultural lo que está en disputa sino que, en el mejor de los casos, se intenta imponer un concepto de qué es cultura y qué no lo es.

En el resto de las situaciones, cuando el conocimiento profesional o técnico es el bien que se disputa y por ende es comprendido como capital cultural, forma parte de una cadena en la que también se lucha por otros bienes capitales (simbólicos, económicos y sociales), y el lugar que ocupe en ella será indicativo de la importancia relativa que le otorgaron los daneses al tipo de conocimiento que interesa a este trabajo.

Planteamos ya que en ningún caso fue la finalidad de estas situaciones generar conocimiento en sí; por ende, en este esquema el capital cultural nunca ocupa el último lugar de la cadena. Ahora bien ¿en qué casos ocupa el primer lugar, es decir, en qué situaciones este capital era, o bien algo que se tenía, o bien la primera cuestión a disputar?

La primera de estas opciones está representada en la conformación de espacios educativos (única vez en que aparece el conocimiento como algo que los pioneros traen institucionalizado, bajo la forma de certificaciones que los acrediten como maestros), mientras que tenían incorporados ciertos saberes (en particular “modos de hacer”) en la construcción de las primeras casas (de los pobres, ya que los ricos contrataban a profesionales daneses para hacerlas), aserraderos y molinos. La segunda opción, es decir, cuando el conocimiento era lo primero que había que disputar, la forma más común es encontrarlo objetivado en los libros, revistas y manuales que consultan para hacer construcciones más complejas como el molino de agua, armar radios o aprender cómo se maneja la nueva maquinaria de campo, así como en las técnicas que utilizan otros actores para cultivar yerba mate o producir lácteos.

Siempre estamos considerando que ésta es la “primera versión” del conocimiento, es decir, cuando es suficiente para ponerlo en juego o disputarlo como capital cultural antes que cualquiera de los otros capitales. Esto no implica descartar su combinación posterior con las otras formas en que aparece el saber según Gutiérrez. Se reconoce, por ejemplo, que cuando Fugl construye el segundo molino ya tiene incorporado el proceso que resultó del primero, pero esto no es suficiente para encarar mayor empresa, por lo que antes incluso de conseguir dinero, socios o cualquier otro tipo de apoyo, debe armarse de conocimientos especializados en hidráulica, dinámica, etcétera, a través de libros y consultando a profesionales. A su vez, aquel primer molino representa saberes objetivados, donde las modificaciones hechas para tener una harina más limpia son resultado de las soluciones prácticas que aplicó en su experiencia de construirlo. Todo este cúmulo de conocimientos conforman el capital cultural que, sumado al capital simbólico, social y económico por los que también se lucha en el proceso de edificar el molino, darán como resultado una construcción que tendrá igualmente, un valor cultural (el conocimiento objetivado en dispositivos o técnicas novedosos), simbólico (el

reconocimiento de autoridades y vecinos de Fugl como productor de esa tecnología), social (nuevas alianzas con estos actores, aunque también nuevas competencias) y económico (incremento de ganancias).

Lo mismo podría analizarse en relación a la producción láctea, donde —al igual que en las construcciones de viviendas y espacios educativos— también habría que considerar diferencias: así como la disputa de capitales para hacerse la casa contrasta entre pobres y ricos, y la lucha por el modelo educativo dependía de los contextos y las épocas, en el caso de los lácteos es distinta la situación de los que sólo ordeñaban y vendían a la de aquellos que la pasteurizaban o producían derivados. Los primeros podían o no tener algún conocimiento incorporado sobre la tarea (recordemos que muchos de ellos venían de realizar tareas del campo en Dinamarca), pero más que nada aprendían observando a los locales y en ese sentido el conocimiento estaba objetivado en los usos y técnicas que expresaban los modos de hacer de otros. En el segundo caso, lo que traían del país escandinavo eran saberes certificados, que también iban acompañados de la experiencia práctica surgida de haberse dedicado a ello en su país natal. Pero lo interesante aquí es que en ese sentido los últimos contaban con el doble de capital que los primeros (tenían más que ofrecer que lo que tenían que buscar) y eso los habilitaba para dedicarse rápidamente a conseguir otros capitales necesarios (socios para la empresa, por ejemplo, o dinero para hacer las primeras inversiones) y posicionarse en roles más jerarquizados por su capacitación dentro de este sistema productivo.

Un caso particular dentro de las situaciones que expresan una lucha inicial por determinado conocimiento es el que representa el grupo de experiencias vinculadas a la producción de saberes para la administración nacional. Allí la cadena de luchas por los distintos capitales se da en el marco de la política local, y por ende los espacios en donde se encuentran pioneros y autoridades son simbólicos, en torno al reconocimiento a los Madsen tanto como la visita del Juez de Paz a los campos de trigo de Fugl luego de la cual se compromete a proteger la agricultura regional. Se trata de menciones y palabras, pero en ambos casos hay un trabajo previo de los pioneros que queda objetivado en los registros meteorológicos de uno y la modificación de una norma en el otro. Si acaso el Estado nacional o municipal acrecentó sus conocimientos geográficos o productivos se debe al aporte del saber objetivado que se transmitió a través de canales formales con referentes en las respectivas áreas. Sin embargo, sería pretencioso establecer que por esta causa la finalidad de ambas acciones era generar conocimiento en sí mismo: en el caso de Fugl, su intención era preservar una fuente de ingreso económico y en el de los Madsen era un poco la continuidad de un lazo establecido por largo tiempo, que le aseguraba sobre todo un capital social ya que, claramente, si hubieran hecho esas mediciones sólo para sí mismos no habrían tenido necesidad de comunicárselas a las autoridades.

Como última opción cabe preguntarse qué sucede cuando la lucha por el conocimiento como capital cultural queda en medio de la disputa por otros capitales, qué tipo de situaciones representan esta cadena (si acaso pueden establecerse características comunes entre las mismas) y qué lugar se le otorga al saber en cada una de ellas.

Aunque pueda resultar llamativo, la primera situación que hay que mencionar es la construcción de espacios educativos, pero considerando esta vez la segunda etapa. Es decir, que el conocimiento profesional y técnico no era ni la principal disputa ni el fin último cuando los daneses llegaban a una Argentina que empezaba a ampliar sus espacios de educación formal y oficial, y a la vez las casas dejaban de ser el lugar de enseñanza particular porque ya se había conformado una comunidad danesa que requería y podía aprovechar otros espacios. En este sentido los colegios dano-argentinos surgen en una época en la que los beneficios para los agricultores se habían acrecentado y los espacios sociales —entre ellos la escuela—, conformaban una estrategia de autoreconocimiento y refuerzo de los valores de la colectividad. Aquí, los contenidos vinculados a Dinamarca eran más valiosos por su simbolismo que por su utilidad, con lo cual, al revés de lo que pasaba en la primera etapa, el conocimiento más urgente era el incorporado, antes que el institucionalizado.

Tampoco es esta experiencia educativa la única en la que los capitales económico y simbólico preceden al cultural. La construcción de las casas para aquellos que podían abordar grandes gastos implicaba conseguir principalmente a un danés que además supiera arquitectura y pudiera hacer una estancia acorde al estatus adquirido (y también por este mismo juego, acorde al estatus por adquirir al usar esas viviendas). Recordemos que en el caso de los que no contaban con el dinero para hacer esta inversión inicial, el capital económico es algo que se adquiere luego, cuando la experiencia en la construcción adquirida a lo largo de determinado tiempo los convierte en expertos que pueden explotar ese conocimiento comercialmente, como hizo Fugl.

Fuera de estas dos situaciones en las que eventualmente los daneses cuentan con dinero para invertir, siempre que el saber como bien cultural está en el medio de la disputa por otros capitales le antecede inmediatamente la cuestión social o simbólica. Lo más común es que el capital social sea el motivo por el que los daneses pudieron incrementar su capital cultural, en el sentido de que el poseer una posición consolidada (socios, vecinos con los que tienen una buena relación, empleados, lazos provechosos con las autoridades), les facilitó el encuentro con otros a los que demostrarles su conocimiento (como en el caso de la atención de enfermedades) o con los que aprender trabajando nuevas técnicas, como el cultivo de la yerba mate y el uso de instrumental o maquinaria específica. Pero también puede suceder que sea el capital simbólico el que se ubique por delante de la lucha por tener o imponer determinado conocimiento. Entre estos casos la producción de medios masivos propios es elocuente, porque allí el interés de visibilizar una

identidad colectiva danesa, tanto como el querer instalarse como referente comunicador en la misma, son objetivos simbólicos que tienen que ver con el reconocimiento que le puedan otorgar miembros internos y externos a la colectividad. Otra situación la presentan los espacios laborales donde generalmente el empleador prefería a alguien con determinada “moral de trabajo”, por encima de personas que hubieran llegado con un título y no pudieran adaptarse al medio.

El capital simbólico es particularmente relevante para analizar el aspecto comunicacional de estas once situaciones porque generalmente cuando hablamos de comunicación pensamos en los espacios en los que se produce un encuentro real (interpersonal), virtual (intermediado por las NTIC) o imaginario (como la idea de lector a la que se dirige lo que escribe el autor). La segunda no se aplica a estos casos por una cuestión de contemporaneidad entre esas Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación, y las experiencias de los pioneros daneses en Argentina; también hemos hablado ya de los sentidos que se producen respecto del destinatario imaginado de las biografías; pero nos detendremos ahora en el tipo de comunicación más usual en las situaciones relatadas, que es justamente el intercambio de sentidos sobre el conocimiento que se produce de manera interpersonal: a quiénes recurrían cuando necesitaban saber algo, quiénes producían conocimiento y de qué manera (si eran ellos mismos) lo comunicaban.

Es necesario aclarar que los bienes que han sido considerados capital simbólico (el priorizar lo que es de origen danés, el asumir formas de ser y de trabajar propias de la colectividad, los premios a la labor de años por parte de la administración nacional, la consulta de los vecinos por los medios para conseguir objetivos, técnicas o tecnologías alcanzados previamente por los daneses, el reconocimiento —por normas explícitas o a través de pautas de conducta—, del espacio y la producción de estos pioneros, etcétera), interesan aquí porque restringir el significado del conocimiento a su valor comercial, social o cultural no explica las relaciones que establecieron los daneses para construirlo ni las decisiones sobre cómo debe ser comunicado.

Por ejemplo, la construcción de una estancia para aquellos que podían invertir dinero en contrataciones tiene una connotación negativa si sólo se evalúa lo económico (la importación de materiales específicos y arquitectos daneses sería injustificada); en términos sociales tiene la única función de reforzar un estatus que ya se posee; y en lo cultural no hay una construcción novedosa porque justamente lo que se intenta es replicar la estancia danesa y además se encarga a un profesional para que lo haga. Sin embargo, en términos simbólicos, el proceso que implica desde el planeamiento de la disposición y diseño del jardín hasta la inclusión de una estufa hogar indispensable para el frío de Dinamarca pero no tanto para el de las pampas, evidencia que todo es importante por tener su origen en la tierra natal. Frente a eso, no importa el dinero que se gaste ni el

exceso de alianzas que se deba movilizar (con el consecuente costo en favores adeudados), o si la estancia finalmente no se adapta al paisaje local: lo valen porque son marcas identitarias propias y de la colectividad.

En ese sentido, es interesante cómo aquellos que no contaban con este capital económico inicial hacían jugar mucho más los otros: construyen la casa mezclando el estilo local con el danés, aprovechan los recursos materiales y humanos que tienen cerca y en ese camino conforman un conocimiento nuevo, un estilo danés-casero, una forma de hacer “copiable”, sobre lo que se puede consultar y de lo que se pueda “aprender haciendo”, porque no es algo que los criollos perciban como danés (que los margina), sino como un aporte de su cultura a la nuestra.

Si seguimos esta hipótesis podemos decir que aquellas experiencias donde hubo un conocimiento construido desde el encuentro de elementos locales con los extranjeros expresan mayores vías de comunicación que aquel que sólo permite la copia del saber objetivado (en forma de estancia danesa). Lo mismo puede decirse, pero a la inversa, del espacio de divulgación que ofrecen los museos locales y que los daneses, al no otorgarles prácticamente relevancia o no considerar que cumplirán adecuadamente estas funciones, no lo ponen en disputa y por ende, es un bien que no puede ser percibido como capital.

Siguiendo estas lógicas, lo que aparece más claramente en las once situaciones es que cuando necesitaban saber algo recurrían a las experiencias de otros daneses (con los que se tiene contacto –capital social- o porque desarrollan un oficio como saber incorporado), tal como se ve en las situaciones del trabajo de campo, el evento de los “8 Días”, la construcción del aserradero y la venta de leche; a profesionales daneses (capital cultural institucionalizado) en el caso de atenderse por enfermedades, mandar a construir sus casas o solicitar consejos para la planificación del molino de agua; imitan el trabajo de gente local o de otras nacionalidades (esto es, buscan el conocimiento objetivado en sus técnicas), cuando trabajan el campo, construyen sus casas y especialmente cuando cultivan yerba mate; y buscan libros o fuentes teóricas para saber cómo se edifica el molino de agua o cómo se arma una radio.

¿Quiénes eran los daneses que producían conocimiento? Básicamente, los que tenían una formación certificada que los habilita para insertarse en el ámbito educativo o la producción láctea; los empleadores (estancieros) que transmitían su saber incorporado y los que aportaban datos para administración nacional.

¿De qué manera comunicaban el conocimiento (específicamente técnico y profesional)? Si hubiera que ajustarlo a los tres conceptos presentados oportunamente, en efecto aparecen espacios de educación formal e informal que plantean la enseñanza de las ciencias, con intermediarios docentes (daneses) que instruyen sobre determinados conocimientos específicos a sus alumnos o a un público interesado en aprenderlos; hay difusión en los casos en que intervienen profesionales o integrantes de la colectividad que

cuentan con un saber incorporado de oficio —tales como los profesores, maestros lecheros (*mejerimand*) y estancieros—, pero también en aquellos en los que los “emisores” son miembros de otras colectividades o gente local (en estos casos, mayormente, se los consulta por su experiencia y no por sus títulos); y finalmente hay también divulgación de saberes particularmente técnicos en el caso de las publicaciones y cursos consultados por los daneses, sin ser ellos ni sus productores ni sus receptores específicos.

Como aproximación a una caracterización general de los procesos que se analizaron, esta equiparación entre situaciones y conceptos puede ser válida, pero no explica su complejidad ni se adapta del todo a los sujetos y contextos aquí investigados. Para potenciar su uso habría que, en cambio, hacer algunas observaciones.

En primera instancia, debería reemplazarse el término de “ciencia” por el de “conocimiento” tal como fue descripto (técnico, profesional, práctico...), ya que esto habilita a pensar en prácticas sociales que implican una construcción de saberes más allá de que esa no sea su fin último y de que, por supuesto, no estén contenidos en instituciones generadas para ello (tales como las academias, laboratorios, etcétera).

En este camino seguramente sea pertinente considerar el intercambio de conocimiento por vía interpersonal, a veces mediada por “emisores” o “productores” de estos saberes hacia los “receptores”. Tales categorías, por supuesto, también debieran ser reemplazadas, no sólo porque remiten a marcos funcionalistas del esquema de la comunicación social, sino porque las personas involucradas rara vez se ubican intencional o explícitamente en esos roles. Al concebir la construcción del conocimiento en el encuentro entre ambas partes —y aprovechando el marco teórico bourdiano—, lo que se valora es su capacidad de agencia y su predisposición a contribuir o disputar conocimiento antes que la portación del mismo, ya que, si no lo pusiera a disposición de alguna manera, tampoco podría hablarse de “construcción del conocimiento”. Además, la asimetría que caracteriza estas relaciones de disputa por el capital requiere que uno tenga los saberes que otro necesita, por lo que es indispensable entrar en el juego de la oferta y la demanda.

En este marco, es posible redefinir los roles de estos agentes que, en los contextos estudiados, han sido referidos como expertos, profesionales, *bricoleur*, amateur e inventores, que serán entonces “la contraparte” comunicacional de otros expertos, profesionales, *bricoleur*, amateur e inventores, pero también de los estudiantes, aprendices, observadores curiosos o competidores, oyentes y lectores de publicaciones y de biografías; su presencia habilita a la necesaria prevalencia de la asimetría (los estudiantes pueden llegar algún día a ser profesores, pero se requiere que siempre haya estudiantes para que la docencia tenga sentido) y permite analizar la comunicación del conocimiento en el momento en que el agente demandante lo incorpora. Sin ello, difícilmente podemos leer cómo se organiza posteriormente ese conocimiento, esto es, de

qué manera se reflexiona sobre experiencias pasadas, se acumulan evidencias o se incorpora la información ofrecida por diversas fuentes.

La cuestión del lenguaje (universal, adaptado, no académico) es interesante sólo si se consideran los extremos: el lenguaje técnico que puede usarse entre profesionales y el interpretativo cuando el conocimiento se encuentra objetivado.

Finalmente, la propuesta o finalidad no debería definirse por el ámbito (científico, extraescolar, etcétera) sino por la forma de conocimiento (incorporado, objetivado o institucionalizado), porque en definitiva la pregunta por la comunicación del conocimiento es sobre qué tipo de conocimiento se está generando.

De esta manera, los modelos de enseñanza de la primera etapa proponían generar un conocimiento institucionalizado (querían formar estudiantes escolarizados), mientras que en la segunda prima el incorporado (querían formar dano-argentinos); en la atención de enfermedades se buscaba que el paciente incorporase pautas de higiene, prevención, etcétera; los que generaron novedades en sus producciones (casas, molinos) y los que buscaron insertarse en una producción que era nueva para ellos (el cultivo de yerba mate, la construcción de un aserradero hidráulico), vieron objetivados sus saberes en los resultados de esos procesos.

De igual manera pueden analizarse el resto de las situaciones, pero también incluirse en este esquema los objetos materiales y entre ellos las biografías que, sin ser informes, facilitan la información que hasta aquí pudo presentarse. De esta manera, el esquema de investigación presentado inicialmente podría verse de la siguiente manera:

Situación	Concepto	Agente ofertante	Agente demandante	Lenguaje	Conocimiento generado
Carta-instructivo del estanciero	Difusión del conocimiento	Experto	Aprendiz	Adaptado	Incorporado (nueva actitud o habilidad del peón)
Fundación de escuelas (1era época)	Enseñanza del conocimiento	Profesional	Estudiantes	Adaptado	Institucionalizado (niños escolarizados)
Armar una radio (1920)	Divulgación del conocimiento	Técnico o profesional	Amateur	Técnico	Objetivado (la radio)

Algunas cosas, sin dudas, excederán los límites siempre estrechos de un cuadro: podemos reconocer ahora que el saber es tan importante para mostrar éxitos (saber objetivado) como para enseñar valores (saber incorporado), y al mismo tiempo el conocimiento institucionalizado puede ser solamente utilizado como capital social (pienso por ejemplo en el caso que se mencionó de Fugl y su encuentro con el Inspector de escuelas).

Por ello es valioso ver el conocimiento allí donde no se lo busca porque está eclipsado tras los intereses económicos, sociales o simbólicos que movilizan luchas cotidianas. Es sin dudas un juego de abstracciones que sus protagonistas no han querido (o siquiera necesitado) explicitar antes, pero que vale la pena expresar y objetivar en esta investigación para ayudar a comprender un poco más las formas de producción, organización y comunicación de conocimiento en los contextos y condiciones que vivieron y forjaron nuestros antepasados inmigrantes.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- ADAI, Martín Alejandro (comp.) (2003) *Nuevas historias de la Patagonia vieja. Escritos olvidados de un pionero de la Patagonia profunda*, Ushuaia: Zaguier & Urruty Publications, Argentina.
- BÆKHØJ, Lars (1923) "De Danske Nybygder I Argentina". En *Danmarksposten*, Año 4, págs. 194-202.
- BÆKHØJ, Lars (1948) *Danske i Argentina*. Traducción de Svend A. Buus (Sin publicar). Copenhagen: Det Danske Forlag.
- BENNIKE, Johannes (1936) "Bellona og Manuelita", En: *Danske Episoder ved la Platafloden*. Copenhagen: Nyt Nordisk Forlag · Arnold Busck, pág. 47.
- BERTUCCI, Carlos (2014) Chacra Experimental Integrada Barrow, disponible en el sitio del Ministerio de Asuntos Agrarios de la República Argentina (www.maa.gba.gov.ar/2010/subsecretarias/chacras/barrow.php), Consultado en febrero de 2016.
- BJERG, María Mónica (1995) "Sabiedo el camino o navegando en las dudas. Las redes sociales y las relaciones impersonales en la inmigración danesa a la Argentina, 1848-1930", en BJERG, María y OTERO, Hernán (comp.) *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*. Tandil: Instituto de Estudios Histórico Sociales de la Universidad Nacional del Centro y CEMLA.
- BJERG, María Mónica (2001) *Entre Sofie y Tovelille. Una historia de los inmigrantes daneses en la Argentina (1848-1939)*, Buenos Aires: Biblos.
- BJERG, María y OTERO, Hernán (comp.) (1995) *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*. Tandil: Instituto de Estudios Histórico Sociales de la Universidad Nacional del Centro y CEMLA.
- BOURDIEU, Pierre (2000 [1997]) "Los usos sociales de la ciencia" Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión SAIC.
- DE CERTEAU, Michel (1980). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana. México 1996
- DREJER, A. Axelsen (1941) "El cooperativismo en Dinamarca. Lo que es y lo que significa". En: revista *Dinamarca. Publicación de la "Liga Pro Ayuda a Dinamarca"*, Febrero, Nº 8, pág. 12-15. Buenos Aires, Argentina.
- FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, J. Manuel (2004) *Interdisciplinariedad en ciencias sociales: perspectivas abiertas por la obra de Pierre Bourdieu*. En: Cuadernos de trabajo social, ISSN 0214-0314, Nº 17, pags. 169-193 Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- GERMANI, GINO (1955) *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico*. Buenos Aires: Editorial Raigal. Edición facsimilar de Ediciones Solar, Buenos Aires, 1987.

- GORI, GASTÓN (1964) *Inmigración y colonización en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires
- GUTIERREZ, Alicia B. (1994) *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- HALVORSEN, Patricia (1999 [1997]) *Entre el río de las vueltas y los hilos continentales*, Buenos Aires: Editorial Vinciguerra.
- HAZEN, Robert y TREFIL, James (1997) *Alfabetismo científico*. En: MARTINEZ, Eduardo y FLORES, Jorge (Comp.) "La popularización de la ciencia y la tecnología. Reflexiones básicas", México, Fondo de Cultura Económica.
- IBARBIA, Diego Joaquín (1940) "Los daneses en las Colonias del Instituto de Colonización de la Provincia de Buenos Aires". En: revista *Dinamarca. Publicación de la "Liga Pro Ayuda a Dinamarca"*, Octubre, Nº 4, pág. 4. Buenos Aires, Argentina.
- KIERKEGAARD, Preben (1966) "Bibliotecas". En: *Dinamarca. Manual oficial dispuesto por la Sección de Prensa e Información del Real Ministerio de Relaciones Exteriores de Dinamarca, Palacio de Christiansborg*. Copenhagen: Krak.
- KORNBLIT, Analía; VERARDI, Malena y BELTRAMINO, Fabián (2009) "El uso de las metodologías cualitativas en los estudios sobre drogadicción", en MERLINO, Aldo (coord.) *Investigación cualitativa en Ciencias Sociales. Temas, problemas y explicaciones*. Buenos Aires: Cengage Learning Argentina.
- LEVI-STRAUSS, Claude (1997 [1962]) *El pensamiento salvaje*, Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- MARCO Roberto y LIZCANO Jesús (2003) *Entrevista con Manuel Calvo Hernando*. En: Encuentros multidisciplinares, Numero 13, Volumen V. Disponible en: <http://www.manuelcalvohernando.es/articulo.php?id=36> (consultado en mayo de 2013)
- MAZZARO, Cecilia (2012) "Relaciones institucionales para la comunicación pública de la ciencia", en: Segundo Congreso Internacional de Comunicación Pública de la Ciencia (COPUCI) (ISBN: 978-950-609-074-6), Institución: Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y Universidad Nacional de San Luis, San Luis, Argentina.
- MAZZARO, Cecilia (2010) "Comunicar la ciencia. Perspectivas, problemas y propuestas", en: *Psiencia. Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica* (ISSN 1851-9083), COBAND – AACP (Asociación para el Avance de la Ciencia Psicológica), Buenos Aires, Argentina, pág. 122-127. Disponible en: www.psiencia.org/index.php/psiencia/article/view/66/104 (Consultado en marzo de 2016).
- MAZZARO, Cecilia (2008) *Fronteras de papel. La ciencia expuesta a la comunicación pública*, tesis de grado publicada accesible en CDM – Biblioteca, Facultad de Perio-

dismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina.

MONRAD-HANSEN, K. (1940) "La inmigración danesa en la República Argentina". En: revista *Dinamarca. Publicación de la "Liga Pro Ayuda a Dinamarca"*, Julio, Nº 1. Buenos Aires, Argentina.

PASQUALI, Antonio (1980) *Comprender la comunicación*. Caracas: Monte Ávila Editores. Segunda Edición.

PRIETO, Adolfo (1982 [1966]) *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

RAMELLA, FRANCO (1995) "Por un uso fuerte del concepto de red en los estudios migratorios", en: BJERG, María y OTERO, Hernán (comp.) *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*. Tandil: Instituto de Estudios Histórico Sociales de la Universidad Nacional del Centro y CEMLA.

SARLO, Beatriz (1997 [1992]) *La imaginación técnica*. Buenos Aires: Nueva visión.

SARRAMONE, Alberto (2009) *Inmigrantes y criollos en el Bicentenario*, 1edición, Buenos Aires: Ediciones B., Colección No Ficción | Historia.

SCHRØDER, Ludvig (S/D) "Vore Noeringsveje og deres Udvikling". En: *Danmarks Folk*. Copenhagen: Det Nordiske Forlag, Bogforlaget: Ernst Bojesen.

Documentos Oficiales:

Base de Emigración del Archivo Estatal de Dinamarca (Data from DDD Emigration Database, disponible on-line)

Primer Censo de la República Argentina verificado en los días 15, 16 y 17 de septiembre de 1869. Buenos Aires: Imprenta del Porvenir, 1872.

Segundo Censo de la República Argentina. Mayo 10 de 1895. Buenos Aires: Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1898.

República Argentina. Tercer Censo Nacional. Levantado el 1º de Junio de 1914. Buenos Aires: Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía, 1916.

Diarios y publicaciones de la colectividad:

1908-1983. *Nicanor Olivera. Est: La Dulce* (S/D). [Monografía], disponible en la Biblioteca de La Dulce.

Revista Dinamarca. Publicación de la "Liga Pro Ayuda a Dinamarca", editada en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Skandinavia. Danskernes Album (1922), editado en la Ciudad de Buenos Aires.

Syd og Nord, periódico de la colectividad danesa editado en la Ciudad de Buenos Aires, disponibles en el Archivo de la Iglesia de Tandil.

Tandils Tidende, periódico de la colectividad danesa en Tandil, disponibles en la Biblioteca Pública de la Universidad Nacional de La Plata.

Medios audiovisuales:

Urbani, Nazareno (Director) (2014). *Lille Danmark* [Documental]. Argentina: CINEFERICO.

Sitios de Internet:

Base de Emigración del Archivo Estatal de Dinamarca (Data from DDD Emigration Database): www.emiarch.dk/search.php?l=en

Cámara Argentino-Danesa de Industria y Comercio: www.camaradanesa.org.ar

Dinamarca y su gente (sitio del programa de radio que se transmite por Necochea Radio City): www.necochearadiocity.com.ar/dinamarca-y-su-gente-2/

Iglesia Dinamarquesa en Buenos Aires: iglesiadanesa.com.ar/

Observatorio de Colectividades (sitio del gobierno de la Ciudad de Buenos Aires): www.buenosaires.gob.ar/derechoshumanos/observatorio/

Pueblos de Santa Fe: www.geocities.ws/pueblos_de_santa_fe/colonias-pueblos.html

Suecia en Argentina (sitio oficial construido por la Embajada de Suecia en Buenos Aires junto con la Cámara de Comercio Suecia-Argentina y la Asociación Sueca): sueciae-nargentina.com

Memorias, biografías y autobiografías (publicadas) de daneses:

BÆKHØJ, Lars (2011) *Adolf Hendrik Waldemar Petersen (1845-1921) Un inmigrante danés emprendedor*. 1ª Ed. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

ENGWALD, Nina Raben de (2014 [1938]). *Eldorado. 20 años en Sudamérica*. Traducido por Alicia Dick Engwald. 2da Edición. Editor: Raúl Wals Engwald, Argentina.

FUGL, Juan (1959) *Abriendo surcos. Memorias de Juan Fugl 1811-1900*. Selección y traducción de Baekhøj, Lars Buenos Aires: Edición Altamira.

FUGL, Juan (1989 [1884]). *Memorias de Juan Fugl. Vida de un pionero danés durante 30 años en Tandil – Argentina*. Traducción de los manuscritos en danés existentes en la Biblioteca Real de Copenhague por Larsen de Rabal, Alice.

JOHANSEN, Oluf (2009[1934]) *Pionero*. Misiones: Alicia Aerni Editora, Argentina.

MADSEN, Andreas (2003) *Nuevas historias de la Patagonia vieja*. Traducido por Karen Mikkelsen y Compilado por Martín Adair. Ushuaia: Zaguier & Urruty Publications, Argentina.

MADSEN, Andreas (2005 [1948]) *La Patagonia vieja. Relatos en el Fitz Roy*, Ushuaia: Zaguier & Urruty Publications, Argentina.

Memorias, biografías y autobiografías (inéditas) de daneses:

- BUUS, Knud Christian (2000 [1947]) *70 años de lucha. Et Livs kamp gennem 70 aar*. Traducido por Holger Buus; recapitulado y corregido por Svend A. Buus. Sin publicar. Gentileza de S. A. Buus.
- CHRISTENSEN, Pedro (circa 1927). *Memorias*. Tandil, Argentina. Sin publicar. Gentileza de Ana María Andersen.
- LAURING, Magnus H. (2007 [1985]) *A Caballo por Argentina (På Hesteryg i Argentina)*. Traducción de Svend A. Buus (Sin publicar). Dinamarca: Lindhardt Forlaget.
- MEULLENGRADT, Oscar (2001 [1923]) *Memorias del Pastor Meullengrad*. Traducidas por Norberto F. Rabal, Tandil, Argentina. Sin publicar.

ANEXO

“Los lugares biográficos” de los daneses

Capital Federal

Algunos daneses se asentaron en barrios porteños de Belgrano, Núñez, San Nicolás, San Telmo, Montserrat, Barracas²⁰. Además, en Capital Federal se encuentran la Cámara Argentino-Danesa de Industria y Comercio y la Iglesia Dinamarquesa de la Ciudad Autónoma.

Buenos Aires

“Según los censos nacionales de 1895 y 1914 y las fuentes de *Vejviser over Danske i Argentina*, figuraban: Tandil, Coronel Dorrego, Tres Arroyos, Necochea, Bahía Blanca, Lobería, Juárez, La Plata, Tornquist, Chascomús, Pringles” (Bjerg, 2001: 74). En el último censo mencionado la totalidad de dinamarqueses en el país era de 1417 (cuando en Dinamarca había para 1895, 1804 argentinos).

1779

Chascomús fue fundada en 1779 como Fortín de San Juan Bautista. Lars Bækhøj menciona el caso Christian Olsen, quien hacia 1900 instaló una lechería en la zona (1948: 221). El Censo Nacional de 1914 muestra que para ese año había en este partido 22 daneses, casi todos varones asentados en la zona rural.

1823

Tandil (partido homónimo) fue fundada en 1823 bajo el nombre de Fuerte Independencia; en 1895 fue declarada oficialmente con su nombre actual. “Tandil tenía entonces 5-6000 habitantes y de ellos 2-3000 eran daneses, de los cuales 60-70 eran niños. La mayor parte eran campesinos y vivían fuera del pueblo, pero en el mismo habitaban operarios y comerciantes dinamarqueses. Entonces los compatriotas procedían muchos de una sola región (por lo menos las tres cuartas partes) de Magleby en Moen, además había unos de Lolland y Jutlandia, pocos de Selandia y Fionia” (Meullengrødt, 2001:18). A pesar de ser el centro original de la colectividad en la Provincia de Buenos Aires, su población se fue reduciendo lentamente, por el crecimiento de Tres Arroyos y Necochea.

1867

²⁰ Según la información obtenida en el Observatorio de Colectividades (sitio del gobierno de la Ciudad de Buenos Aires), disponible en: www.buenosaires.gob.ar/derechoshumanos/observatorio/colectividad-danesa

El partido de Benito Juárez se crea en 1867, luego de lo cual empieza a poblarse hasta alcanzar dos años después a 1610 habitantes (Censo Nacional de 1869). Era una población rural que recién en 1885 se conecta con Tandil por el FF.CC Sud, y con Tres Arroyos al año siguiente. Pero diez años antes de que existiera esta conexión, el pionero Juan Fugl cuenta lo siguiente:

Recibí una nota de la municipalidad del vecino pueblo de Juárez en la que me pedían aconsejarles la mejor manera de atraer agricultores al lugar. Reconocían que los dinamarqueses eran los más hábiles agricultores y la municipalidad me prometió que si entre mis connacionales habían hombres dispuestos a trasladarse a Juárez, a quienes yo pudiera recomendar, les darían no sólo lotes de tierra gratuitamente sino que, además, les ayudarían con todo lo necesario para que se radicaran (Fugl, 1959:162).

Entre la revolución que finalizó recién en 1880 con la asunción de Nicolás Avellaneda y el hecho de que Fugl se encontraba abocado a la construcción de las últimas casas que edificaría en Tandil antes de su viaje a Dinamarca, las gestiones no fueron exitosas.

1872

La primera mención oficial de la región de Tigre data de 1580, en un documento firmado por Juan de Garay, quien otorgó las tierras a otro español, Gonzalo Martel de Gusmán. En el Tigre funciona hasta el día de hoy el Club Remeros Escandinavos fundado en 1912 por migrantes de esa zona.

1881

Necochea (ciudad del partido homónimo) nació en 1881 y es actualmente uno de los centros neurálgicos de la colectividad dano-argentina, contando entre sus instituciones particulares una iglesia, un club y un colegio, fundadas en las décadas de 1910, 1920 y 1960 respectivamente.

1882

El partido de Coronel Pringles se creó este año con la división del Partido de Tres Arroyos en los distritos de Coronel Suárez, Tres Arroyos y Coronel Pringles. Hacia mediados de la década de 1920 su geografía y desarrollo cerealero lo ubica entre los partidos de mayor producción de trigo (130.000 toneladas anuales). Para ese entonces el último Censo Nacional (1914) indicaba la presencia de 31 daneses, 28 de ellos en la zona rural.

La Plata se fundó en 1882 y, aunque no se evidencia la consolidación de un grupo danés de trascendencia, las fuentes indican a este partido como uno de los que más migrantes de esta nacionalidad recibió en la Provincia de Buenos Aires: según el Censo Nacional de 1914 había 64 daneses (7mo orden de mayor concentración poblacional), ubicados mayormente en la ciudad. Es, además, uno de los partidos donde se indica una notable presencia de mujeres, que conformaban un tercio de ese total e incluso Lars Bækhoj nombra a Margrethe Heiberg, una danesa casada con el alemán Emil Bose, ambos profesores de Física, que trabajaron en la Universidad de La Plata hacia 1911 (1948: 223).

1883

La ciudad de Tornquist (partido homónimo) fue creada este año a partir de la pujante colonia agrícola-ganadero alemana que se desarrollaba en el lugar. Como la mayoría de las localidades bonaerenses, se vio favorecida por la conexión del ferrocarril con otras ciudades y con el puerto. Al igual que La Plata, aunque en el Censo Nacional de 1914 la presencia de daneses de daneses era importante (135), no se conocen indicios de que las experiencias de tal comunidad hayan prevalecido a través de instituciones o relatos biográficos.

1884

Tres Arroyos (cabecera del partido homónimo) fue fundada en 1884 y tuvo entre fines del siglo XIX y 1914 un gran flujo de grupos migratorios, entre los que el danés figura como uno de los más importantes: 410 daneses, lo que constituye el número máximo de daneses en un mismo partido para este último año. “La Provincia de Buenos Aires ha tenido la iniciativa de ensayar una empresa de colonización oficial mediante la creación del Instituto Autárquico de Colonización. Dos de sus primeras colonias han sido establecidas en el Partido de Tres Arroyos donde, como es sabido, existe una numerosa colonia dinamarquesa, y un grupo importante y calificado de ellos figuró entre los primeros adjudicatarios de lotes. Resulta altamente satisfactoria esta comprobación, ya que, dado el severo régimen de selección adoptado por la entidad provincial, solo los pobladores destacados por sus condiciones intelectuales, morales y de trabajo logran la preferencia que exige la ley pertinente” (Ibarbia, 1940:4).

1887

El partido de Coronel Dorrego se funda en 1887. M. Bjerg lo refiere al contar que hacia fines del siglo XIX “en Tandil vivían 250 daneses y en los partidos de Tres Arroyos, Necochea, Coronel Dorrego y Bahía Blanca en su conjunto había cerca de 150” (2001: 65). En el Censo de 1914 esa relación se invierte drásticamente, ya que para entonces

Dorrego contaba con 377 daneses, y si se le suman los que habían llegado a los otros tres partidos la cifra asciende a 1164, superando ampliamente a Tandil, que tenía 229.

1888

Gowland (partido de Mercedes) se creó por la extensión de la estación ferroviaria inaugurada en aquel lugar en 1888 para cargar cereales, hacienda y pasajeros. Es el lugar donde funcionó una de las escuelas dano-argentinas más importantes del país entre la década de 1940 y 1960.

1891

Irene (partido de Coronel Dorrego) surge también por la apertura de la estación del Ferrocarril Sud lo que, sumado al impulso de la actividad agropecuaria resultó en la conformación del pueblo y una Cooperativa Agrícola Limitada que centraliza la actividad comercial. Aquí se ubica la renombrada Estancia de Blas Ambrosius (La Jutlandia).

Aparicio pertenece al mismo partido y se origina por las mismas causas que Irene. Entre sus instituciones más representativas se encuentra el Club Danés del Sud (que estuvo sin funcionar mucho tiempo, hasta que reabrieron sus puertas en 2013).

Aunque el partido de Lobería ya había sido fundado en 1839, el pueblo es de 1891. En el Censo de 1914 figuraba apenas un danés menos que La Plata (63), pero la importancia de este partido se debe a que en uno de los pueblos que lo conforman, Pieres, se inició la tradición de las Romerías danesas, en 1897.

1892

Micaela Cascallares (partido de Tres Arroyos) es otro de los pueblos que se fundaron por esta época con la intención específica de que se conformaran como centros agrícolas. La construcción del ramal de FFCC Tres Arroyos-Bahía Blanca impulsó el movimiento laboral y demográfico de esta localidad en la que los daneses establecieron el segundo Colegio dano-argentino más antiguo de la colectividad, en 1917.

1895

Bahía Blanca (partido homónimo) fue declarada ciudad en 1895 gracias al crecimiento demográfico y al poblamiento masivo de inmigrantes de la época. La presencia de daneses en la localidad parece estar bastante dispersa, pero en 1914 los datos del Censo Nacional indican que compartía el 7mo lugar de importancia en cuanto a la concentración de población danesa en la Provincia de Buenos Aires.

1907

San Mayol (partido de Tres Arroyos) sigue los pasos de las colonias agrícolas que se ven impulsadas con la habilitación del ramal ferroviario (en este caso, el de Tres Arroyos – Lobería). También contó con una Cooperativa Agrícola en la década de 1930. Como en los casos de Copetonas y Cascallares, conforma el conglomerado de pueblos de Tres Arroyos donde más daneses se asentaron en el período estudiado, hasta la actualidad.

1908

La Dulce (originalmente, Nicanor Olivera) pertenece al partido de Necochea, y se originó al establecerse la estación ferroviaria La Dulce como parte de un ramal que une Tres Arroyos con Tamagüeyú. Entre los primeros compradores que disputaban las 17500 hectáreas que subastó la firma Bullrich y Cía muchos provenían de Tres Arroyos y eran daneses, italianos y gallegos.

Lumb es hoy un paraje perteneciente al partido de San Cayetano, nacido luego de que en octubre de 1908 se inaugurara la Estación de FFCC del mismo nombre. Desde 1924 funciona allí la Sociedad Deportiva Dinamarquesa Dannevirke.

1911

Copetonas pertenece al partido de Tres Arroyos y se formó por la extensión de la línea férrea de Coronel Dorrego hacia el Este y la línea del Ferrocarril del Sud en 1911. Sus primeros pobladores eran vecinos de Tres Arroyos, muchos de ellos daneses que siguieron teniendo un vínculo con la cabecera del partido a través del cercano Colegio de Cascallares.

Santa Fe

1871

Colonia La Hansa (departamento Iriondo, Santa Fe), fue fundada en 1871 por Engelbert y Woltje Tietjen²¹, de la casa Tietjen Hnos. de Rosario, en un campo de su propiedad, cerca de Cañada de Gómez, “no admitiéndose pobladores que no fueran alemanes, dinamarqueses o suecos” (Sarramone, 2009: 134).

1878

Con las mismas condiciones, la Colonia Germania²² se creó en 1878, por el cónsul alemán Federico Guillermo Nordenholz, también cerca de Cañada de Gómez y con familias

²¹ Dato obtenido del sitio www.geocities.ws/pueblos_de_santa_fe/colonias-pueblos.html

²² Otro dato sobre la Colonia La Germania (departamento Gral. López), dice que fue fundada en 1870 por F. G. Nordenholz y Schorffy (www.geocities.ws/pueblos_de_santa_fe/colonias-pueblos.html). En cualquier caso, el Censo de 1914 muestra a este partido como el cuarto en orden de importancia por la concentración de daneses en la provincia.

dinamarquesas, alemanas, suecas, inglesas y suizas. Según Sarramone, aquí tampoco se admitían familias que no fueran de las nacionalidades indicadas (Sarramone: 134).

1887

El primer censo general de Santa Fe, realizado en junio de 1887 dice que la población de Colonia de López estaba constituida por: Argentinos: 64; Franceses: 3; Alemanes: 2; Italianos: 227; Austriacos: 1; Suizos: 15; Dinamarqueses: 2 (Total: 314 habitantes, siendo 64 los argentinos y 250 los extranjeros).

1913

El temprano desarrollo de las actividades agrícola-ganaderas en Santa Fe —en particular por el impulso precursor de la colonia Esperanza—, motivó el origen de pequeñas poblaciones que vivían y trabajaban en torno a las grandes fábricas del lugar, como Fidela (fundada en 1913) y Saguier, que estaba vinculada a la producción de manteca y crema, en la que los daneses participaban notablemente²³.

Misiones

Eldorado (departamento homónimo, provincia de Misiones) fue fundada en 1919 por el alemán Adolfo Julio Schwelm, siendo desde su origen pensada como centro de colonización europea para desarrollar la agricultura y la industria. Allí se asentaron, principalmente, alemanes, suizos, holandeses, ucranianos, daneses y polacos bajo los criterios que una pionera en el lugar sintetiza de la siguiente manera: “Una de las decisiones que tomaron allí, era de colonizar las tierras con daneses en la primera fase, y para que la colonización tuviese éxito era de vital importancia encontrar pronto a las personas dispuestas con el cometido, y mi marido²⁴ estaba firmemente convencido que no se podían encontrar mejores campesinos que los daneses para la colonización. Por lo general son competentes, firmes en el trabajo y luchadores para avanzar día a día. Schwelm le pidió a mi marido que se encargase de la publicidad y le prometió que la primera colonia que se estableciera sería de daneses y que los terrenos serían ofrecidos a un precio económico y con condiciones interesantes para que la gente con un modesto capital pudiesen comprar” (Engwald, 2014:92-93). Además de la señora de Enwald, son de este lugar las experiencias autobiográficas de Oluf Johansen.

Mendoza

Aunque se conoce del asentamiento de algunos daneses en la provincia de Mendoza desde la década de 1890 —trabajadores en viñedos que incluso llegaron a armar

²³ Así lo cuentan Else Hansen, hija de daneses nacida en la mencionada zona, y Lars Bækhoj (1948: 222).

²⁴ Se refiere a Carl Emil Engwald.

cooperativas—, es hacia finales de 1920 que se intenta conformar una colonia, Elena. Para el año 1933 había 70 personas (17 familias) pero la crisis económica de esos años impidió que tuvieran un mayor desarrollo e institucionalización y diez años más tarde la población se había reducido a siete familias (Bækhøj, 1948: 205-207).

Río Negro

La presencia de daneses en esta provincia se reconoce desde la primera década del siglo XX, aunque son casos aislados de viajeros que se asentaron temporalmente en Río Negro adaptándose a la producción de alimentos locales (por ejemplo, Christian Nielsen con las manzanas en General Roca y el chacarero Peder Martensen en Viedma). En la década de 1940 se identifica mayor presencia de daneses por la llegada de un constructor a la ciudad de Bariloche (fundada en 1902), quien hizo casas y fue atrayendo otros connacionales a la zona. No se establece una colonia bajo el sistema de producción agrícola-ganadero, pero se identifica una comunidad dano-argentina que incluso llegó a fundar un club danés en ese mismo año (Bækhøj, 1948: 208).

Santa Cruz

La zona de Lago Viedma es el lugar de referencia para un gran porcentaje de biografías editadas en danés y en castellano. La pequeña localidad que lleva ese nombre se ubica en la desembocadura del lago Viedma y existen alrededor varias Estancias, algunas de las cuales son mencionadas en los relatos de Madsen (1948), Adair (2003), Luring (1985), Halvorsen (1999). También hay menciones de un danés en Río Gallegos que fue enviado por el Gobierno Nacional como agrimensor del Territorio de Santa Cruz.

Fuera de esto, las entrevistas hablan de daneses que han pasado por Santiago del Estero, y hay artículos en los que figuran estancias de daneses en Tucumán (Bækhøj, 1923: 199), pero ninguno de estos casos refiere mayores datos que faciliten la comprensión de dichas experiencias migratorias.

Para citar este documento

Mazzaro, C. (2016). Saberes migrantes. Análisis de la producción, organización y comunicación de conocimientos profesionales y técnicos sobre la experiencia migratoria danesa en la República Argentina entre 1840 y 1930. (Tesis de posgrado). Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Argentina